

A dramatic, high-contrast image of a stormy sky. Dark, heavy clouds are illuminated from within by bright, jagged lightning bolts, creating a powerful and intense atmosphere. The colors range from deep purples and blues to bright whites and yellows where the lightning strikes.

PODER, POLÍTICA Y CAMBIO

¿Cómo puedo ayudar a hacer
del mundo un lugar mejor?

OSHO

LIFE ESSENTIALS



PODER, POLÍTICA Y CAMBIO

¿Cómo puedo ayudar a hacer
del mundo un lugar mejor?

VIVIR MEJOR

OSHO

PODER, POLÍTICA Y CAMBIO

¿Cómo puedo ayudar a hacer
del mundo un lugar mejor?



VERGARA

Barcelona · México · Bogotá · Buenos Aires · Caracas
Madrid · Montevideo · Miami · Santiago de Chile

Título original en inglés: *Power, Politics and Change, What Can I Do to Help Make the World a Better Place?*

OSHO® es una marca registrada de OSO INTERNATIONAL FOUNDATION. Para mayor información favor de dirigirse a osho.com/trademark

El material de este libro es una selección de una serie de charlas de OSO, que responden a las preguntas formuladas por una audiencia en vivo. Todos los discursos de OSO han sido publicados íntegramente en inglés y están también disponibles en audio. Las grabaciones originales de audio y el archivo completo de textos se pueden encontrar online en la BIBLIOTECA OSO: www.osho.com.

Poder, política y cambio.

¿Cómo puedo ayudar a hacer del mundo un lugar mejor?

Primera edición en México, mayo de 2015

D.R. © 2010 OSO INTERNATIONAL FOUNDATION, Suiza.

www.osho.com/copyrights

D.R. © Fernando Martín García, México por la traducción
traducción de Fernando Martín García

ISBN 978-607-480-840-7

Hecho en México | *Made in Mexico*

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

INTRODUCCIÓN

¡Osho, siento una gran desesperación por salvar este increíble y hermoso planeta, y estoy aterrado porque las posibilidades en nuestra contra parecen altísimas y me siento demasiado insignificante e impotente para hacer algo! ¿Hay algo que se pueda hacer?

Entiendo tu desesperación, tu impotencia. Es probable que así se sienta cualquier ser humano consciente de la crisis actual. Pero no eres consciente de un gran poder: la destrucción pertenece a una categoría baja de poder, la creación pertenece a una categoría alta de poder. La destrucción nace del odio, la creación nace del amor.

Has visto adónde puede conducir el odio a la humanidad, a su suicidio final, pero no has visto la posibilidad de que el amor, creciendo a su altura, simplemente, puede evitar que esta crisis se produzca. Nadie es insignificante, porque todo el mundo tiene corazón, amor y sensibilidad y conciencia, y puede llegar hasta la cima suprema de la existencia. Si un solo individuo puede evitar esta gran crisis, ¿qué decir de millones de personas llenas de amor, alegría y silencio?

Recuerdo una historia del Antiguo Testamento que trata de dos ciudades, Sodoma y Gomorra. En estas ciudades, la gente se había vuelto totalmente pervertida; prevalecía toda clase de perversión. La historia es muy hermosa; te dará valor, hará desaparecer tu desesperación. Te hará levantarte como un individuo representante de la vida y el amor, que no puede ser destruido por ninguna arma nuclear ni por ningún político. Ni siquiera Dios pudo destruir Sodoma y Gomorra.

Debo recordarte que según la versión del Antiguo Testamento, sí destruyó las ciudades. Era imposible que esas personas cambiaran; se habían habituado demasiado a las conductas perversas. Pero hay otra versión de la historia que toma un giro muy especial, y ése es el punto que quiero destacar. En las religiones judaicas existe una pequeña corriente de rebeldes, revolucionarios llamados *hassids*. No son reconocidos por la ortodoxia, porque son contrarios a todo lo ortodoxo, a una tradición que no le resulta atractiva al corazón humano, a la razón, a la sensibilidad, a la conciencia. Ellos escribieron su propia interpretación.

Según su historia, había un hombre, un *hassid*, un místico, que vivía meses en Gomorra y meses en Sodoma. Este hombre se acercó a Dios y le preguntó:

—¿Tienes en cuenta la posibilidad de que quizá haya cien personas absolutamente

naturales y sabias en esas dos enormes ciudades? ¿Vas a destruirlos a ellos también, porque los demás sean pervertidos? Eso sería una gran injusticia, pura injusticia, y una deshonra para ti. ¡Así que reconsidéralo!

Dios no había pensado en la posibilidad de que en esas dos grandes ciudades, casi como Hiroshima y Nagasaki, podría haber cien personas inteligentes, naturales, alertas. Ellos también serían destruidos, y eso no sería propio de la divinidad de Dios, sería muy desconsiderado de su parte. Así que respondió:

—Si puedes demostrar que hay cien personas buenas, no destruiré esas dos ciudades.

El *hassid* planteó:

—Y si sólo hubiera cincuenta, ¿destruirías las ciudades?

El místico *hassid* sorprendió a Dios con la guardia baja, que le contestó:

—Aunque encuentres cincuenta...

Y el místico insistió:

—¿Y si sólo hubiera veinticinco? ¿Qué más da? ¿Te preocupa la cantidad o la calidad? ¿Qué es lo importante para ti, el número o la calidad?

Dios dijo:

—Por supuesto, la calidad.

Y el *hassid* continuó:

—Si lo que importa es la calidad, para ser sincero, yo soy el único hombre no pervertido, que lleva una vida feliz y natural. Pero vivo seis meses en Gomorra y seis meses en Sodoma. ¿Vas a destruir esas dos ciudades?

Dios nunca se había encontrado con una persona tan hábil. Le había rebajado de cien a uno. ¡Sólo un judío puede hacer eso! Saben regatear, y él regateó. En la versión ortodoxa de la historia, Dios destruye esas dos ciudades; pero en la del místico, no. Las ciudades se salvan, porque Dios no puede destruir ni a una sola persona de calidad, ni a una sola persona de sabiduría, únicamente porque el resto de la gente sea perversa.

Es necesario estar alerta. No hace falta sentirse desesperado ni aterrado. Si un hombre pudo persuadir a la existencia de que proteja dos ciudades, aquí, entre nosotros, hay miles de *hassids*. Cada *sannyasin* es un *hassid*. La existencia no puede permitir que unos cuantos políticos idiotas destruyan este mundo.

Pero eso no significa que tengas que quedarte callado. Debes crear una gran atmósfera de amor en torno a ti mismo, te protegerá. Y debes aprender a bailar y cantar. Deja que los políticos se enteren de que este mundo está lleno de gente hermosa; tantas canciones, tanta música, tanta creatividad y tantas personas meditando... se lo volverán a pensar.

Por nuestra parte, no necesitamos armas nucleares más grandes para parar la guerra; ése es el problema. Necesitamos algo completamente distinto. El amor proporcionará la

energía, la meditación te brindará una fuerza enorme. Y no te sentirás tan insignificante, te sentirás dignificado e importante, porque tu amor, meditación y felicidad salvarán al mundo.

Y no te preocupes por ser impotente para hacer algo. La idea de la impotencia ha surgido porque nunca te han informado de los recursos de los que dispones: tu amor, silencio, paz, compasión y alegría. Nunca te has fijado en toda esta inagotable potencialidad de tu ser. Y si miles de personas florecen en amor, música y danza, y toda la tierra se convierte en una celebración, ningún político chiflado destruirá este mundo. Se sentirá impotente; se sentirá culpable si destruye a una gente y a un planeta tan hermoso.

Me preguntas: «¿Hay algo que se pueda hacer?».

Tu amor, silencio y alegría son suficientes. No se precisa nada más; más te mantendría preocupado sin necesidad. Y la preocupación es como una mecedora: ¡te mantiene en movimiento pero no te lleva a ninguna parte! No hace falta preocuparse ni sentirse desesperado, impotente. Unos pocos idiotas han preparado la muerte del planeta; hay millones de personas inteligentes que pueden evitarlo con su amor, alegría, belleza y éxtasis. Esas experiencias son mucho más poderosas; porque la energía atómica, o energía nuclear, forma parte del mundo material. Es la explosión del átomo, la partícula de materia más ínfima, más pequeña.

Todavía no entendemos que la naturaleza mantiene un perfecto equilibrio. Si la explosión de un pequeño átomo puede causar tanta destrucción... ¿Alguna vez has pensado en un átomo viviente de tu ser y su explosión? Eso es, en otras palabras, lo que llamamos iluminación. No es otra cosa que la explosión de tu ser en luz. Y luego, de repente, tienes un poder mucho más elevado y superior que no necesita luchar con lo inferior, pues su mera presencia lo convierte en impotente.

No se ha intentado a gran escala, sólo de vez en cuando. Pero, sin duda, esos escasos ejemplos son una prueba de que si se consigue, cada ser humano puede ser una explosión de conciencia, que es una energía muy superior, y hacer completamente impotentes y culpables a las armas nucleares y a todos los que las tienen.

Unos pocos ejemplos te ayudarán. Parece que no son reales por su rareza, porque no mucha gente lo ha logrado.

Un seguidor de Gautama Buda, Devadutta —su propio primo—, estaba celoso de la inmensa gloria, la imponente presencia y el impacto que Gautama Buda causaba en la gente. Quienes lo visitaban nunca se iban igual. Algo cambiaba en su propio ser. Buda plantaba una semilla; el hombre regresaría a su debido tiempo, cuando las nubes dejaran caer sus primeras lluvias. Pero eso era invisible para el ciego Devadutta, no ciego física, sino espiritualmente. No podía entender qué ocurría. Él era tan esbelto como Gautama

Buda, su propio primo, tan educado, tan culto en las artes de aquellos tiempos. No veía que Gautama Buda fuera superior a él en nada, porque era incapaz de sentir el aroma superior que rodeaba a Gautama Buda.

Finalmente, le dijo:

—Me gustaría ser declarado tu sucesor.

—Me sucederá quien sea capaz de hacerlo —contestó Buda—, no lo designaré yo. Y, en todo caso, todavía estoy vivo, en la plenitud de mi vida. ¡Y elegir no va conmigo! ¿Quién soy yo para elegir un sucesor? La propia existencia elegirá.

Devadutta se sintió tan dolido que abandonó la comuna y llevó a cabo varias acciones contra la vida de Gautama Buda. Esos atentados parecen de ficción, porque no conocemos el poder del amor, de la conciencia, de la belleza del éxtasis y su gran capacidad para proteger.

Buda solía meditar sobre una pequeña roca a los pies de una enorme montaña. Devadutta intentó hacer caer una roca encima de Gautama Buda, para que lo matara y no se pudiera acusar a nadie, ni siquiera se sospecharía que alguien lo hubiera asesinado. La roca bajaba por la montaña y los presentes se sorprendieron, no podían creer que estuviera ocurriendo: justo a medio metro de Buda, la roca se detuvo y cambió de dirección, apartándose de él. Luego, siguió cayendo. La piedra se comportó de un modo muy extraño; nadie podía creer que hiciera eso. Hasta Devadutta estaba perplejo.

Devadutta era rey de un pequeño feudo, y tenía un peligroso elefante loco. El animal siempre estaba encadenado en una jaula porque mataba a la gente. Devadutta vio otra oportunidad. Llevaron al elefante cerca de Buda y lo soltaron. Corrió hacia Gautama Buda, como lo hubiera hecho hacia cualquiera. Pero cuando estaba cerca, se detuvo de repente y, con lágrimas en los ojos, se inclinó ante Gautama Buda y tocó sus pies con la cabeza.

Nadie podía creer que un elefante loco... ¿cómo supo distinguir? ¡Pero los ciegos son ciegos! Devadutta no podía ver lo que la roca y el elefante loco vieron; una sutil e invisible aura de amor.

Si hay millones de personas llenas de amor y meditación no hay por qué sentirse desesperado o impotente. La naturaleza te ha dado un enorme poder capaz de anular cualquier arma nuclear.

Y eso es lo que estoy intentando hacer: preparándolos para amar de manera incondicional; para la amistad incluso con desconocidos; para que abandonen sus religiones organizadas, porque generan conflicto; para que abandonen incluso la pertenencia a sus naciones. Expresamente, tienen que llevar su pasaporte, pero eso es sólo una formalidad. En el fondo de tu ser no deberías ser hindú ni indio, no deberías ser alemán ni cristiano.

Si esta ola se expande, y tengo toda la esperanza de que lo hará, puedes olvidarte por completo de la Tercera Guerra Mundial; la segunda fue la última. La tercera sólo será posible si no hay suficiente amor y energía meditativa que la impida.

UNO

LAS VARIEDADES DEL PODER

El poder en sí es neutral. En manos de una persona buena, será una bendición. En manos de una persona inconsciente, será una maldición. Llevamos miles de años condenando el poder, sin darnos cuenta de que lo que hay que hacer no es condenar al poder, sino limpiar a las personas de todos los feos instintos ocultos en su interior.

¿Existe algo llamado poder personal, diferente al poder sobre los demás?

El poder personal y el poder sobre los demás son dos cosas por completo distintas. No sólo son distintas, sino diametralmente opuestas.

La persona que se conoce a sí misma, que entiende su propio ser, que entiende el significado de su vida, de repente, tiene una explosión de poder. Pero se parece más al amor, a la compasión. Se parece más a la luz de la luna, fresca, calmada, hermosa, que a la luz del sol. Dicho hombre no tiene ningún complejo de inferioridad. Está tan satisfecho, tan contento, tan plenamente feliz, que no tiene ninguna razón para sentir la más mínima ambición de tener poder sobre los demás.

Yo lo llamo el poder del místico.

El poder sobre los demás es político, y las personas interesadas en tenerlo sobre los demás sienten un profundo complejo de inferioridad. Están continuamente comparándose con los otros y sintiéndose inferiores. Quieren demostrarle al mundo, y a ellos mismos, que no es así; que ellos son seres superiores. Todos los políticos padecen complejo de inferioridad, necesitan tratamiento psicológico. Son personas enfermas, y por esas personas enfermas el mundo entero ha padecido un inmenso sufrimiento. ¡Cinco mil guerras en tres mil años!

Y no hay fin para el que busca poder sobre los demás, porque siempre quedará gente fuera de su esfera de influencia. Eso hace que siga sintiéndose inferior. Si no fuera así, ¿qué necesidad tendría alguien de convertirse en Alejandro Magno? Pura estupidez. El hombre murió cuando tenía sólo treinta y tres años. No pudo vivir ni un momento, no pudo amar ni un instante. Durante la primera parte de su vida de treinta y tres años estuvo preparándose para convertirse en conquistador del mundo, y el resto lo pasó luchando, matando, quemando. La única idea en su mente era convertirse en conquistador del mundo.

Cuando se dirigía a India, al cruzar Grecia, en su camino se encontró con uno de los hombres más raros de la historia, Diógenes. Diógenes vivía desnudo; era tan hermoso que para él parecía perfectamente apropiado vivir desnudo. La ropa se usa por muchas razones relacionadas con el clima o la cultura, pero esas no son las razones fundamentales. Todos los animales pueden vivir sin ropa en todos los climas del mundo; ¿qué pasa con el hombre? ¿Acaso es el animal más débil del mundo? No, la ropa se inventó porque no todas las personas tienen cuerpos hermosos. A las personas se les reconoce por su cara. De hecho, si vieras una foto de tu propio cuerpo desnudo sin la cabeza, ni tú mismo serías capaz de darte cuenta de que es tu cuerpo.

Diógenes era un hombre muy bello; no necesitaba ropa. Vivía a la orilla de un río. Era por la mañana, temprano, y estaba tomando el sol. Su única compañía era un perro y su única posesión una vieja linterna.

Cuando cruzaba Grecia, Alejandro oyó que Diógenes estaba muy cerca. Pensó: «He oído hablar mucho de ese hombre. Al parecer, es un poco extraño, pero me gustaría conocerlo». Así que Alejandro fue a ver a Diógenes, que estaba descansando. Su perro estaba sentado a su lado.

—Diógenes, Alejandro Magno ha venido a verte —dijo el gran conquistador—. Y es un gran honor, es único; nunca antes había ido a ver a nadie.

Diógenes ni siquiera se sentó. Se quedó tumbado en la arena, riendo, miró a su perro y le preguntó:

—¿Has oído? Un hombre que se llama a sí mismo «magno»; ¿qué te parece? Tiene que padecer una gran inferioridad. Esto es una proyección para ocultar alguna herida.

Era verdad. Ni Alejandro podía negarlo.

—No tengo mucho tiempo; si lo tuviera, me sentaría aquí a escuchar algo sabio de ti —afirmó Alejandro.

—¿Qué prisa hay? —respondió Diógenes—. ¿Adónde vas, a conquistar el mundo? Pero te has detenido a pensar alguna vez si, por casualidad, consigues conquistar el mundo, ¿qué harás después? Porque sólo hay un mundo, no hay más. De momento, mientras luchas e invades, quizá te olvides de tu inferioridad. Pero cuando hayas tenido éxito, tu inferioridad retornará, volverá a emerger a la superficie.

—Cuando vuelva vendré y me quedaré aquí unos cuantos días, e intentaré entender —propuso Alejandro—. Lo que estás diciendo duele, pero es verdad. De hecho, la simple idea de que no haya otro mundo me entristece. Es cierto, si conquisto todo el mundo, ¿qué voy a hacer luego? Entonces, seré inútil, y todo lo que oculto dentro de mí saldrá a la superficie.

—Nunca regresarás —repuso Diógenes—, porque este tipo de ambición es interminable. Nadie regresa.

Y, extrañamente, Alejandro nunca volvió. Murió cuando regresaba, antes de llegar a Grecia. Y desde entonces se ha contado una hermosa historia, porque Diógenes murió el mismo día. Es sólo una historia, pero es muy significativa.

Según la mitología griega, antes de entrar en el paraíso hay que cruzar un río. Diógenes iba unos metros por delante de Alejandro. Al ver a Diógenes, encontrar al mismo hombre hermoso, desnudo. Y ahora también Alejandro estaba desnudo, pero no con esa belleza. Para cubrir su vergüenza, Alejandro dijo:

—Ésta es una extraña coincidencia, ¡el encuentro de un conquistador del mundo y un mendigo!

Diógenes se rio y agregó:

—Tienes razón. Pero estás equivocado en un punto: no sabes quién es el conquistador y quién el mendigo. Mírame a mí y mírate a ti mismo. Yo nunca he conquistado a nadie, no obstante, soy un conquistador; un conquistador de mí mismo. Tú has intentado conquistar el mundo entero y, ¿qué has conseguido? Tan sólo desperdiciar toda tu vida. ¡No eres más que un mendigo!

El poder personal pertenece al místico; aquel cuya flor de conciencia ha florecido, que ha derramado su fragancia, su amor su compasión por todas partes. Es un poder muy sutil. Nada puede contenerlo; simplemente, alcanza tu corazón. Te sintoniza con lo místico; es una especie de sincronía, de armonía. No te transforma en un esclavo, te convierte en un amante. Surge en ti una gran amistad, una enorme gratitud. La mera presencia de lo místico produce una inmensa aura. En esa aura, cualquiera que esté abierto, disponible, receptivo, empieza a sentir de inmediato unas ganas incontenibles de ponerse a cantar y bailar.

El poder político, el poder sobre los demás, es feo. Es inhumano, porque tener poder sobre alguien significa reducirlo a mercancía. Se convierte en una posesión tuya.

Por ejemplo, en China, durante siglos, el marido tenía poder sobre su esposa incluso para matarla. La ley lo permitía, porque la esposa no era más que una posesión; igual que una silla, y si querías destruirla, no era un delito; la silla era tuya. Y si matabas a tu esposa, era tu esposa... Hasta el siglo pasado, ningún hombre en China había sido castigado por matar a su esposa.

El poder sobre alguien reduce la individualidad de esa persona, su espiritualidad, hasta convertirla en un utensilio, un objeto. Durante siglos, hombres y mujeres han sido vendidos en los mercados como cualquier otra mercancía. Cuando comprabas un esclavo, tenías todo el poder sobre él. Esto puede satisfacer a alguna psicología enferma y demencial, pero no es sano. Ningún político está sano; quiero decir, en lo espiritual.

Cuando atraparon a Nixon interviniendo las llamadas de otras personas y tuvo que dimitir como presidente, el comentario de Mao Zedong fue notable. Dijo: «Todos los

políticos lo hacen. No tiene nada de especial, ¿a qué viene tanto escándalo? Lo que pasa es que al pobre Nixon lo han sorprendido haciéndolo».

Incluso después de la renuncia de Nixon a la presidencia, Mao envió un avión especial para llevar a Nixon a China; para consolarlo, insistió en que todo eso era una estupidez: «Lo que tú has hecho se hace en todo el mundo. Todos los políticos lo hacen. El error fue que te descubrieran. Fuiste un aficionado».

Lo que los políticos han estado haciendo en todo el mundo, durante toda la historia, es simplemente inhumano, horrible. Pero la razón, la razón básica, es que albergan un profundo sentimiento de inferioridad, y se quieren demostrar a sí mismos que no es así. «Fíjate, tienes tanto poder, tanta gente en tus manos, que puedes dejar vivir o destruir con tantas armas nucleares en tus manos. Puedes destruir todo el planeta sólo apretando un botón».

Siempre el poder sobre los demás es destructivo, siempre. En un mundo mejor, a cualquiera que fuera ambicioso, que quisiera ser más importante que los demás o estar por delante de los demás, se le pondría en tratamiento psicológico.

Sólo la humildad, la sencillez, la naturalidad, no comparase con nadie... ¡Cada persona es única, la comparación es imposible! ¿Cómo vas a comparar una rosa con una caléndula? ¿Cómo vas a decidir cuál es superior o inferior? Ambas poseen su propia belleza, y ambas han florecido, danzado al sol, al viento, bajo la lluvia, han vivido su vida con plenitud.

Cada ser humano es único. No tiene sentido que nadie sea superior o inferior. Sí, las personas son diferentes. Déjame recordarte algo; si no, me malinterpretarás. No estoy afirmando que todo el mundo sea igual, como dicen los comunistas. Estoy en contra del comunismo por la sencilla razón de que su filosofía es contraria a la psicología y a todas las investigaciones psicológicas.

Nadie es superior ni inferior, pero tampoco es igual. Sencillamente las personas son únicas, incomparables. Tú eres tú, yo soy yo. Yo tengo que contribuir con mi potencial a la vida; tú tienes que contribuir con tu potencial a la vida. Yo tengo que descubrir mi propio ser; tú tienes que descubrir tu propio ser.

Es absolutamente correcto ser poderoso como místico. Pero sentir el más mínimo deseo de tener poder sobre los demás es horrible, asqueroso, apestoso.

Estoy confundido sobre cuál es la fuerza y el poder del amor. Te he escuchado decir que el amor y el odio son uno; pero yo veo más odio que amor en el mundo. Al mismo tiempo, afirmas que la iluminación no es ni amor ni odio. ¿Estás hablando de dos diferentes cualidades de

amor? Si es así, ¿cuáles son?

Amor y odio son sólo dos caras de la misma moneda. Pero en el amor ha ocurrido algo drástico, y es increíble que este paso drástico haya sido dado por personas que tenían las mejores intenciones del mundo. Quizá ni siquiera sospeches qué fue lo que destruyó al amor.

Lo que destruyó al amor fue su continua enseñanza. El odio todavía es puro, el amor no lo es. Cuando odias, tu odio es auténtico. Pero cuando amas, es sólo hipocresía.

Esto ha de ser entendido. Durante miles de años, todas las religiones, los políticos y los pedagogos han predicado una cosa, y esa cosa es amor: ama a tu enemigo, ama a tu vecino, ama a tus padres, ama a Dios. ¿Por qué iniciaron esta extraña serie de enseñanzas sobre el amor? Temían a tu auténtico amor, porque el auténtico amor escapa a su control. Eres poseído por él. Tú no eres el poseedor, eres el poseído, y todas las sociedades quieren que tengas el control. La sociedad le tiene miedo a tu naturaleza salvaje, a tu naturalidad, así que, desde el principio, empieza a cortarte las alas. Y lo más peligroso en ti es la posibilidad de amar, porque si eres poseído por el amor puedes enfrentarte incluso al mundo entero.

Un hombre insignificante poseído por el amor se siente capaz de hacer lo imposible. En todas las antiguas historias de amor, aparece este hecho de un modo muy sutil; y nadie se ha interesado por ello o debatido acerca de por qué este factor entra de manera inevitable en las antiguas historias de amor. Por ejemplo, en Oriente tenemos la famosa historia de Manju y Laila. Es una historia sufi. No importa si es verídica o no, eso no nos interesa. Lo que nos interesa es su argumento, que es el mismo que el de todas las historias de amor de todo el mundo. La segunda historia más famosa de amor es la de Siri y Farhad; pero el argumento es el mismo. La tercera historia más famosa es la de Soni y Mahival, y el argumento sigue siendo el mismo.

El argumento es que al amante se le pide que haga algo imposible; si es capaz de hacerlo, conseguirá a la amada. Por supuesto, los padres y la sociedad no están dispuestos a aceptar esta relación. Ninguna sociedad está dispuesta a aceptar ninguna relación amorosa, pero decir “no” parece de mala educación. Cuando alguien viene con una propuesta de amor, no puedes simplemente decir que no, aunque quieras decirlo. Pero dirás “no”, encontrarás un modo; y el modo es el siguiente: pedir al amante que haga algo imposible, algo que sabes que no puede hacer, una tarea humanamente imposible. Si no lo consigue, tú no tienes la culpa; ha sido él quien ha fracasado.

Es una forma civilizada de decirlo. A Farhad le dicen que podrá tener a Siri si él solo es capaz de construir un canal a través de las montañas que llegue hasta el palacio del rey; Siri es la hija del rey. Y el canal tenía que llevar leche, no agua. Es obvio que se trata

de algo absurdo. En primer lugar, aunque se tratara de un simple canal de agua, un hombre joven, sin ayuda y... ¿desde las montañas, a cientos de millas? Necesitaría miles de años para llevar el canal hasta el palacio. Y aunque, de manera hipotética, aceptáramos que fuera posible, ¿cómo conseguiría que el canal llevara leche? ¿De dónde iba a manar suficiente leche para que fluyera a través del canal? El rey quería que los jardines de su palacio se regaran con leche; sólo entonces Farhad estaría capacitado para pedir la mano de la hija del rey.

He repasado cientos de historias de amor de todo el mundo, pero, de una forma u otra, este factor aparece de manera constante: se pide algo imposible. Tal como yo lo entiendo, esto no sucede porque sí. En algún lugar del inconsciente, existe el convencimiento de que el amor puede hacer posible lo imposible.

El amor está loco. Una vez poseído por el amor, dejas de pensar en términos de razón y lógica, de realidad. Vives en un mundo de sueños donde todo está a tu alcance. Mi único interés en estas historias de amor ha sido descubrir algo esencial sobre el amor, y lo que he encontrado al respecto es que el amor te vuelve tan loco que no hay nada imposible.

Cuando le piden a Farhad que cumpla esta tarea de hacer un canal desde las montañas a miles de millas de distancia, él empieza. Ni siquiera se enfada, ni siquiera dice: «¿Estás loco? ¿Qué me estás pidiendo? Me lo estás poniendo imposible desde el principio. ¿Por qué no dices simplemente que no? ¿Por qué dar tantos rodeos?». No, él no pronuncia ni una sola palabra; toma una espada y parte a las montañas.

La gente de la corte le dice al rey:

—¿Qué has hecho? Sabes perfectamente que eso no es posible. Tú mismo no podrías hacerlo, nosotros no podríamos; nadie podría. Ni con todo tu ejército, ni con todas tus fuerzas podrías llevar ese canal hasta el palacio. Y, ¿de dónde saldría la leche? La leche no brota de los manantiales en las montañas. Podrías conquistar el mundo entero, conocemos tu poder y el de tus ejércitos, pero esto es diferente. No se pueden cambiar las formas de la naturaleza.

»En primer lugar, ese pobre muchacho solo... le has dicho que no puede pedir ayuda a nadie; se trata de excavar un canal desde las montañas hasta tu palacio. Le tomaría millones de años y, aunque consiguiera hacerlo, ¿de dónde saldrá la leche para el canal?

—Ya sé todo eso —responde el rey—. No lo hará. Por eso se lo he pedido, de esta forma, le he pasado toda la responsabilidad a él. Así, si no puede hacerlo, el responsable será él. Y yo habré evitado tener que decirle “no” a alguien.

Pero la gente de la corte se queda incluso más intrigada con el joven Farhad. Salen tras él, lo alcanzan y le preguntan:

—¿Estás loco o qué? ¿Adónde vas? Eso no es posible.

—Todo es posible —les contesta Farhad—. Sólo que mi amor ha de ser auténtico, sincero.

La existencia no puede negar el amor. La existencia puede cambiar su naturaleza, sus leyes, pero no puede negar el amor porque el amor es la ley más elevada de la naturaleza. Las leyes inferiores pueden ser derogadas, anuladas por una ley superior.

Esos sabios consejeros del rey se quedan estupefactos por la respuesta, pero el argumento es muy significativo. Lo que dice el loco joven tiene sentido. La historia cuenta que Farhad acaba consiguiéndolo. Él solo consigue crear un canal y, por su autenticidad, su sinceridad, su confianza en la existencia, el agua se convierte en leche.

No es más que una historia; yo no creo que la existencia o naturaleza vaya a cambiar sus leyes. Pero hay algo que es verdad: muy pronto la sociedad se dio cuenta de que el amor es loco. Y una vez que un hombre es poseído por el amor, queda fuera de tu control, entonces, no puedes convencerlo de nada. En tal caso, no hay ninguna razón aplicable, ninguna lógica tiene sentido para él; su amor es la ley superior. Todo lo demás tiene que someterse a ella.

No estoy diciendo que se someta, ni que la naturaleza vaya a cambiar sus formas, ni que el amor vaya a hacer posible los milagros. No, de lo que estoy hablando es del miedo a que el amor sea capaz de volver tan loco a un hombre que pueda empezar a creer en cosas como ésta; entonces, está fuera de tu control. Para mantener a una persona bajo dominio tienes que crear una falsa idea del amor desde una edad muy temprana, e ir reforzándola continuamente para que esa persona nunca sea poseída por el verdadero amor, para que nunca se vuelva loca y que siempre se mantenga cuerda. «Cuerdo» significa esclavo de las reglas de la sociedad, cuerdo es aquel que sigue los juegos de la sociedad.

El amor puede hacerte rebelde.

El falso amor te convierte en obediente.

Por eso, te enseñan a amar a Dios. Ahora bien, decirle a un niño pequeño que ame a Dios es un gran disparate. El niño no sabe quién es Dios, y sin conocer el objeto, ¿cómo puedes esperar que alguien ame a Dios? Pero tú le rezas a Dios con las manos unidas hacia el cielo, y el niño empieza a imitarte. Dios está aquí, arriba, en el cielo, aunque todo el mundo sabe que la tierra es redonda. Lo que en Estados Unidos es «arriba» no lo es en India; está por debajo de ellos, nosotros estamos por debajo de ellos. El cielo que está sobre nosotros no está sobre ellos. Pero en todo el mundo la gente mira al cielo y al Dios que vive allí arriba. Ahora bien, conociendo el hecho de que la tierra es redonda, el cielo está en todas partes por arriba. Y cada persona tiene sobre ella un trozo de cielo diferente, y eso tampoco es fijo porque la Tierra se mueve continuamente sobre su eje, así que lo que estaba sobre ti hace unos minutos, ya no lo está.

Lo que había sobre ti hace unas horas ya no está sobre ti; puede estar debajo de ti. Tu dios tendrá que hacer un verdadero número de circo para satisfacer tu deseo de que se quede sobre ti. Le has impuesto tal tarea que, aunque le concediéramos omnipotencia, no podría realizarla. Sencillamente no es posible.

Pero el niño pequeño comienza a imitar, simplemente; el niño empezará a hacer todo lo que hagan los padres. Si van a la iglesia, el niño va a la iglesia. Si van a la sinagoga, él va a la sinagoga. Esta forma de educar es contra natura. Porque una persona que puede amar a Dios es una persona que nunca sabrá qué es el amor.

Piénsalo: una persona que puede amar a Dios sin saber siquiera quién es éste, dónde está, si existe o no, y si existe, si es digno de ser amado. ¿Siente él algún interés por ti y por tu amor? Sin saber ninguna de esas cosas, las personas aman a Dios, a Jesucristo, sin saber siquiera si ese hombre fue un personaje histórico o no. Si las historias cristianas sobre Cristo son verdad, Cristo no puede ser histórico.

Esto es una paradoja. Si las historias sobre Jesús son verdad, Jesús no puede ser real. Jesús sólo puede ser real con una condición: que las historias que los cristianos cuentan sobre él sean falsas. Ahora bien, ésta es una cuestión peliaguda, porque si todas las historias que cuentan los cristianos de Cristo resultaran ser falsas, a los cristianos no les interesaría un Cristo así. Sólo les interesaba por esas historias que han resultado ser falsas. Esas historias eran lo único de Jesús que significaba algo para ellos: que naciera de una virgen, que caminara sobre las aguas, que convirtiera el agua en vino y las piedras en pan; que sanara a los ciegos, a los mutilados, a los parálíticos; que regresara de la muerte a la vida. Para los cristianos, todas estas historias son los fundamentos de la fe.

Estoy diciendo que si todas esas historias son reales, Jesús es un personaje mitológico. No puede ser un hecho histórico porque los seres humanos reales no caminan sobre el agua. No hay forma de convertir el agua en vino ni las piedras en pan. En la propia vida de Jesús encontrarás pruebas suficientes de que esos hechos no pueden ser reales, porque había días en que él y sus discípulos tenían hambre y dormían con el estómago vacío porque no fueron bienvenidos en los pueblos por los que habían pasado. No le dieron cobijo ni pan. Pero si ese hombre era capaz de convertir las piedras en pan, ¿cuál era el problema?

De hecho, suministrando alimentos a todos podría haber cambiado por completo la situación de la humanidad y los judíos no lo habrían crucificado. En el mundo hay suficientes piedras; ¡montañas! Podría haber convertido el Himalaya en un gran pan, así los indios podrían haber comido durante siglos y siglos. Podría haber convertido los océanos en vino para que no hubiera que preocuparse por ello; la gente pobre podría permitirse incluso el mejor vino, el vino más añejo, el vino más delicado.

Si era capaz de resucitar a los muertos, en vez de resucitar a Lázaro, que no servía

para nada... Yo no veo qué valor tenía resucitarlo. Debería haber elegido a Moisés, Abraham, Ezequiel; entonces, en vez de crucificarlo, los judíos lo habrían adorado. Si hubiera resucitado a todos los antiguos profetas, los judíos lo habrían aceptado como el único hijo de Dios sin ninguna duda. ¿Qué sentido habría tenido discutir? Con sus acciones podría haber demostrado quién era. Pero esas historias no son más que historias. Para que Jesús sea histórico, debe ser despojado de todos esos milagros. Pero en cuanto le quites todos esos milagros, los cristianos dejarán de estar interesados en Jesús. ¿Qué queda de él? ¿Por qué habrían de creer en él?

En realidad, nunca creyeron en él. Por eso digo que mi religión es la primera y la última en la Tierra, porque no están aquí conmigo porque yo haya realizado algún milagro. No están aquí conmigo porque haya algo especial en mí. Yo no tengo ninguna autoridad de Dios, no tengo el apoyo de las escrituras. Soy tan común como ustedes. Esto es algo que no había ocurrido nunca antes. La gente amaba a Jesús por sus milagros; si le quitas sus milagros, su amor desaparece. Lo que los atraía eran las cualidades mágicas, Jesús no les importaba en absoluto. A la gente le interesa Krishna porque era la reencarnación de Dios y realizó muchos milagros. ¡Si le quitas esos milagros, Krishna está acabado!

Conmigo no puedes acabar. Puedes quitarme lo que sea pero no puedes acabar conmigo, porque yo no he intentado, en modo alguno, influir en ti, impresionarte haciendo algo sobrehumano. Pueden quitármelo todo, pero tu relación conmigo seguirá igual; no puede ser cambiada, porque, en primer lugar, es una relación sencilla. En las relaciones entre cristianos y Cristo Jesús, judíos y Moisés, e hindúes y Krishna, no existe ningún interés por los individuos. Si te encuentras con Jesús en la calle y te dice: «Yo soy Jesucristo», lo primero que le pedirás es que camine sobre las aguas.

A mí no puedes pedirme eso. Ni siquiera puedes pedirme que camine sobre las aguas, ¡porque nunca he realizado ni siquiera ese milagro! Caminar sobre las aguas... no puedes pedírmelo porque parecerías tonto. Pero a Jesús sí puedes pedirselo, y sería totalmente lógico. Si se metiera en el agua, simplemente se hundiría. Es contrario a las leyes físicas: se hundiría. Entonces, ¿cuál sería tu relación con un Jesús que se hunde? ¡Si tuvieras que salir corriendo y saltar para salvarlo y aplicarle respiración artificial! ¿Cuál sería tu relación con ese hombre? Piénsalo. No, no tienes ninguna relación con Jesús, Mahavira, Buda, Krishna; no, en absoluto. Tu atención está desviada.

Te enseñan a amar a Jesús. ¿Por qué? ¿Porque convirtió el agua en vino? Que convirtiera el agua en vino no lo hace merecedor de tu amor. En realidad ha cometido un delito, debería estar entre rejas. Convertir el agua en vino sin licencia es ir en contra de las leyes, del gobierno, de la sociedad. Debería ser castigado; no me parece que merezca tu amor. Y es una vieja historia. Hoy convertiría una verdura en marihuana, hachís. Los

políticos citan constantemente a Jesús, sin saber nada del hombre, sin darse cuenta de que si estuviera aquí e hiciera un milagro —y tendría que hacer un milagro, porque sin ese milagro no sería nadie— sería el mayor traficante de drogas de Estados Unidos. Ése sería el único milagro que entenderían. No convertiría piedras en pan, hay pan de sobra en el país, convertiría las piedras en LSD.

No, nunca hizo ninguna de esas cosas. Pero entonces, tu amor y tu fe desaparecen. Desde la infancia te han estado diciendo que ames a Dios, a quien no conoces de verdad; ni siquiera estás seguro de que exista. Tu amor ha sido desviado en una dirección que es absolutamente imaginaria, no se corresponde con la realidad. Tu amor por Jesús no es por Jesús, sino por cosas que impresionan a cualquier mente mediocre.

Si tienes un poquito de inteligencia puedes darte cuenta de que todo esto es un disparate.

Desde que eres pequeño están desviando tu amor a dimensiones irreales. Se trata de una ingeniosa estrategia basada en darle a tu amor un modo, una determinada dirección, que sea irrealizable; de esta forma, todo aquello que sea realizable no te resultará atractivo. Una persona a la que se le ha enseñado a amar a Dios, cuando ame a una mujer o a un hombre, sentirá que está cayendo muy bajo. Dios está ahí, muy arriba, en los cielos; ¡y éste es un hombre corriente, una mujer corriente! Le han dado a tu amor un objeto tan imposible que convierte a todo lo posible en algo que está por debajo de ti. Incluso si por tu naturaleza, tu biología, te enamoras, una parte de ti seguirá diciendo: «Hay algo malo en ello». Seguirás sintiéndote culpable. Ésta es una de las cosas que le han hecho a tu amor.

Lo segundo que le han hecho ha sido decir: «Ama a tu madre —¿y por qué?—, porque es tu madre». ¿Es eso suficiente para que exista amor? ¿Tienes que amar a alguien porque ese alguien sea tu madre, tu padre, tu hija, tu hermano, tu hermana? Estas relaciones no pueden crear amor. Pueden crear cierto tipo de respeto; ella es tu madre y puedes respetarla. Él es tu padre, puedes respetarlo; él te ha criado. Pero el amor no es algo que puedas controlar. El respeto está en tus manos, pero el amor no.

El amor es algo que cuando viene es como un ciclón, te rodea, te atrapa en sus garras. Tú ya no estás ahí. Algo más elevado, más grande, más profundo que tú ha tomado posesión de ti.

Para evitar esto, te han enseñado hipocresía bajo el nombre del amor: «Ama a tu madre». Sólo por esta enseñanza —ama a tu padre, a tu madre, a tu hermano, a tu esposa, a tu marido, a tus hijos—, como te lo han repetido tantas veces, nunca se te ha ocurrido preguntar: «¿Es posible eso? ¿Está dentro de la capacidad humana amar a alguien?». Una pregunta muy básica que se ha olvidado por completo.

Si te dicen que ames a alguien, ¿cómo vas a hacerlo? Sí, puedes actuar, fingir, repetir

bonitos diálogos de las películas que has visto, de las novelas que has leído. Puedes decir cosas hermosas, pero nada de eso sale de ti. No estás enamorado, estás representando un papel, simplemente. Y la tragedia es que la mayoría de nosotros nos pasamos toda la vida ensayando, ni siquiera en la representación. La hora de la representación nunca llega, sólo seguimos ensayando y ensayando. Y aunque para algunas personas llegue el drama, ese drama también es tan irreal como algo pueda serlo, porque tu corazón no está en él. Está muerto, no respira. No tiene ningún calor, ni vivacidad ni danza. Lo haces porque te han enseñado a hacerlo. Es una especie de ejercicio, gimnasia, formalidad, cortesía, lo que sea; pero no amor.

Ésa es la manera en que han deteriorado tu autenticidad respecto al amor.

Tu pregunta es: si yo digo que el amor y el odio son la misma energía, ¿por qué existe tanto odio en el mundo y tan poco amor? Es porque nadie te ha enseñado a odiar; por eso el odio se ha conservado puro, sin adulterar. Nadie se ha preocupado por ti, nadie te ha dicho cómo odiar, a quién odiar. Al permanecer intacto por tus padres, profesores y sacerdotes, en el odio hay pureza, sinceridad.

Cuando alguien te odia, puedes estar seguro de que te odia. Pero cuando te ama, no puedes estar seguro. Sabes perfectamente que cuando odias a alguien hay una fuerza tremenda y que cuando amas a alguien no hay tal fuerza. Recuerdas a tus enemigos más que a tus amigos. Puedes olvidar a tus amigos pero no puedes olvidar a tus enemigos.

¿Qué está ocurriendo? Es porque tu amor ha sido distorsionado y a cambio te han dado algo irreal, algo que no es amor. Y has estado jugando con ese juguete llamado amor, inconsciente de que tienes un potencial de amor dentro de ti. Así que cuando amas, sólo lo haces a medias, de manera superficial. Si escarbas un poquito desaparecerá. Pero cuando odias, odias desde tus vísceras. No es superficial, te sale de las entrañas.

Me ha sorprendido la gran pureza de su odio, su gran autenticidad, naturalidad, espontaneidad. Y sólo por su espontaneidad, naturalidad, autenticidad y pureza, veo en él cierta belleza que su amor no tiene. Su amor es insustancial.

Ésta es la razón por la que no se ve tanto amor y se ve tanto odio en el mundo.

Oímos hablar demasiado sobre el amor en el planeta. Todo el mundo ama a todo el mundo, todos hablan de amor, pero son sólo palabras: ¡bla, bla, bla! En todas partes. Todo el mundo habla del amor, hermosos diálogos pero, en realidad, lo que se ve por todas partes es odio.

Las religiones se odian las unas a las otras. Las naciones se odian las unas a las otras. Los partidos políticos se odian los unos a los otros. Las clases se odian las unas a las otras. Si te fijas, te sorprenderán las muchas fuentes de odio que existen. Y cada diez o doce años, necesitamos una guerra mundial; demasiado odio, y todavía sigue acumulándose. Cada día seguimos expresando odio, se va acumulando tanto que, cada

diez o doce años, estalla en una guerra mundial. En tres mil años se han librado cinco mil guerras en el mundo. ¿Quién es responsable?; los hacedores de bien que están continuamente tras de ti hablándote de amor, de amabilidad, de compasión. Nadie te habla del odio, así que todavía está ahí, mucho más fuerte, mucho más vibrante, joven y fresco.

Me gustaría que llegara un tiempo en el que nadie te predicara sobre el amor. Deberían dejarte en paz. Deberían decirte que estuvieras más atento a lo que te ocurre; odio o amor, eso no importa. Lo que importa es que si odias, odies conscientemente.

Si yo tuviera que enseñarte, no te diría a quién amar, ni cómo hacerlo. Todo eso es un disparate. El amor es tu cualidad intrínseca. Naces con él, igual que con el odio, también está ahí. Yo te enseñaría a ser consciente. Antes de que te ocurra cualquier cosa—amor u odio, ira, pasión, compasión, lo que sea— sé consciente. Deja que todo salga de tu conciencia.

Y el milagro de la conciencia es que sin que digas nada, sin que hagas nada, simplemente disuelve todo lo feo que hay en ti en todo lo que hay hermoso.

La conciencia es una fuerza transformadora.

Por ejemplo, si eres consciente de la ira, desaparecerá; si eres consciente del amor, se hará más fuerte. Si hay odio, y eres consciente de él, desaparecerá, se disipará. Pronto verás que esa nube de odio ha desaparecido, y en su lugar ha dejado tras de sí, como un aroma, una cualidad totalmente opuesta, una mezcla de compasión, amabilidad y cariño.

Para mí, el criterio es el siguiente:

Virtud es todo aquello que profundiza tu conciencia. Pecado es todo aquello que desaparece con tu conciencia. Ésta es para mí la definición. Yo no etiqueto ningún acto como pecado o virtud, correcto o incorrecto; los actos carecen de esa cualidad. Es tu conciencia.

Inténtalo y te maravillarás de que hayan cosas en ti que no pueden mantenerse ante la conciencia, desaparecen, simplemente.

La conciencia funciona casi como la magia.

Y puedes experimentar lo que estoy diciendo. No estoy diciéndote que creas en ello, porque creer no sirve de nada. Tendrás que experimentarlo. Tendrás que verlo con las diferentes cosas en ti, qué se queda y qué desaparece.

Sólo tú puedes descubrir qué es para ti lo correcto y lo incorrecto. Luego, si mantienes el hilo de conciencia a través de todas tus acciones, no encontrarás en tu vida ni odio, ni ira, ni envidia alguna. No es que los hayas superado, ni que los hayas reprimido, ni que te hayas deshecho de ellos de alguna forma, tampoco que hayas puesto algo en práctica para eliminarlos. No, tú no has hecho nada, ni siquiera los has rozado. Esto es lo hermoso de la conciencia: no reprime nada, pero hay cosas que a la luz de la

conciencia se funden y cambian, simplemente. Y hay cosas que se vuelven más sólidas, más integradas, más profundas, más fuertes: el amor, la compasión, la amabilidad, la amistad, la comprensión.

Hasta ahora, todas las religiones han centrado las mentes de las personas en la acción. Han etiquetado: esto es malo, esto es bueno, tienes que hacer esto, no tienes que hacer aquello. Yo quiero cambiar todo el énfasis.

Las acciones no tienen nada que ver con lo correcto o lo incorrecto. Lo decisivo eres tú, tu atención. Con conciencia, cualquier acción puede volverse hermosa; esa misma acción, sin conciencia, puede ser horrible. Con tu conciencia, la misma acción en una situación puede desaparecer y, en otra situación, puede volverse sólida, más fuerte. Así que no es una especie de cualidad fija de los actos, de las emociones; todo depende de mil y una cosas. Pero tu conciencia toma nota de todo, no tienes por qué preocuparte. Es como una luz bajo la que todo se aclara para ti, puedes verlo.

Había un monje zen que durante toda su vida estuvo entrando en prisión una y otra vez. Era un maestro con miles de discípulos. Incluso los jueces lo amaban, lo respetaban. Y le preguntaban: «¿Por qué hace esas cosas tan extrañas? No logramos entenderlo, supera nuestra comprensión»; porque robaba pequeñas cosas a sus propios discípulos y, claro, la ley tenía que tomar su curso.

Los magistrados lo interrogaban: «Sabemos que tiene que haber algo más. ¿Para qué ibas a robar un zapato a alguien?; no sirve para nada, no puedes usarlo. Y, ahora, tenemos que mandarte a la cárcel». El maestro zen siempre se alegraba mucho de oírlo y le pedía a los magistrados: «¿Pueden condenarme por un poco más de tiempo?; porque, de todos modos, cuando salga, volveré a hacerlo y tendrán que volver a condenarme. ¿Por qué no me imponen una condena más larga y me ahorran tener que hacer todas esas cosas?».

Sólo al final, cuando se estaba muriendo, sus discípulos le dijeron:

—Al menos ahora, déjanos saberlo, porque nunca volveremos a tener la oportunidad de conocer la razón por la que robabas cosas, cosas sin importancia alguna para ti. Nosotros siempre hemos estado dispuestos a proporcionarte cualquier cosa que hubieras querido, pero nunca dijiste nada, nunca pediste nada.

Él se rio y respondió:

—La verdadera razón era que quería pasar todo el tiempo posible en la cárcel porque allí hay más de tres mil personas, y en esas tres mil personas he encontrado seres humanos más inocentes y más naturales de los que he encontrado fuera de prisión. Además, fuera de la cárcel hay muchos maestros y muchas religiones, y están haciendo su trabajo. Nadie se ocupa de esas pobres personas que están dentro. Cuando estoy allí, les enseño meditación, aprenden a estar conscientes ¡La cárcel se ha convertido en un

monasterio! La hemos cambiado por completo. Todos los prisioneros meditan. Los carceleros no pueden detectarlo porque sólo se trata de hacerlo todo con conciencia. Continúan haciendo el mismo trabajo que antes: si están cortando leña, cortan leña; si están rompiendo piedras, rompen piedras, haciendo carreteras. Ahora, hacen lo mismo que hacían antes, pero con una gran diferencia.

»Y el mejor monasterio que conozco en este momento es la cárcel en la que he estado entrando constantemente, porque en esta prisión hay personas condenadas a cadena perpetua; a veinte, a treinta años. Por otra parte, también es una gran oportunidad: pueden meditar durante cuarenta años, sin molestia alguna del mundo exterior. ¿En qué otro lugar podría encontrar a gente así? Y estoy muy feliz porque en esa cárcel dejo tras de mí un hilo que continuará durante siglos. Esa cárcel seguirá siendo por completo diferente a las demás. Todo el que entre allí acabará involucrándose en la meditación porque siempre habrá algunos veteranos.

Claro que, visto desde fuera, un hombre que roba está haciendo algo malo, y un hombre que entra de manera continua en la cárcel, que está siendo declarado culpable una y otra vez es, sin duda, un delincuente. Pero si te fijas en la conciencia de ese hombre y los actos que salían de esa conciencia, es algo muy distinto.

Nunca juzgues a alguien por sus actos, porque lo importante no es el acto sino la conciencia a través de la cual el acto ha sido realizado. Pero todos juzgamos por los actos porque los actos están disponibles en el exterior, como los objetos. La conciencia no la conocemos.

En un monasterio zen había dos secciones, una izquierda y una derecha; el edificio estaba hecho así. En cada ala vivían quinientos monjes y la casa del maestro estaba justo en medio de ambas.

El maestro tenía una gata, una gata preciosa, y todos los discípulos le tenían un gran afecto a la gata. Pero, de vez en cuando, había una disputa porque los del parte izquierda querían tener a la gata —rompía la monotonía, les proporcionaba una pequeña diversión— y los de la derecha no estaban dispuestos permitir que se quedaran con el animal en ese momento. La gata acabó convirtiéndose en objeto de constantes disputas, discusiones. Un día, el maestro llamó a todos los discípulos y les pidió que trajeran a la gata. Les dijo: «Ambas secciones aman a la gata, pero la gata es sólo una. —Así que cortó a la gata en dos, los discípulos se quedaron estupefactos, y continuó—: Ahora cada ala puede quedarse con una mitad. A partir de ahora, no más disputas en este monasterio».

Se quedaron en silencio. No podían entender cómo una persona tan pacífica había podido cortar a la gata en dos. Todos estaban intrigados, preocupados y dándole vueltas en la cabeza. La historia llegó al rey, quien también era discípulo del maestro. No pudo

contener su curiosidad; llegó al día siguiente. Le comentó:

—He oído decir que has matado a tu queridísima gata.

—No he matado a la gata —contestó el maestro—, he matado un conflicto, una disputa que iba creciendo día tras día de forma desproporcionada. Y si no hubiera tomado una medida drástica, estos necios no lo habrían entendido. No he matado a la gata, porque nadie muere. Por esos necios la gata ha quedado libre de este cuerpo. Y, de todas formas, iba a morir; ya había vivido bastante; como mucho, le quedarían uno o dos años de vida.

»Así que antes de matarla, entré en silencio total, en plena conciencia, y me pregunté a mí mismo: “¿Qué va a hacer esta pobre gata en esos dos años? Nada. Sin embargo, esos necios harían mucho en dos años”.

»No he matado a la gata por ira, no la he matado por odio. La amaba y ahora la amo más porque me ha ayudado a resolver un problema. Y fue una buena conmoción para esos idiotas, porque, sin conmoción, su inteligencia no funciona. De vez en cuando, hay que golpearlos.

Y desde aquel día desaparecieron todas las disputas, porque los discípulos se dieron cuenta de que era un hombre peligroso, capaz de matar a alguien; las riñas pueden ser muy peligrosas. Toda discusión cesó.

Y el rey quedó completamente satisfecho:

—Ésa ha sido siempre tu enseñanza —afirmó—, que lo importante no es el acto sino la conciencia. Sólo podemos ver el acto; no sabemos con qué conciencia lo hiciste. Eso sólo lo sabes tú. ¿Quiénes somos nosotros para decirlo? Nunca juzgues a nadie por el acto.

Espera. Intenta descubrir su conciencia; si no, no juzgues en absoluto. Es más seguro no juzgar. Y respecto a ti mismo, recuerda, hagas lo que hagas, sólo has de tener una cosa en mente, que lo estás haciendo con plena conciencia. Entonces, te concedo total libertad.

Ninguna religión te ha concedido libertad. Yo te concedo libertad total. Ninguna religión te ha dado responsabilidad sobre ti mismo, ninguna te ha dado el derecho a decidir qué está bien y qué está mal. Yo te doy el derecho, la responsabilidad, porque para mí todo surge de una sola fuente: la conciencia.

El interpelante dice que he hablado del amor, que mi mensaje es de amor y que también he afirmado que el hombre iluminado no tiene ni amor ni odio. En lugar de preguntarme, ya eres lo suficiente maduro como para deducir cosas simples. Es muy sencillo: a través de la conciencia toda la energía del odio se convierte en amor, es un fenómeno completamente nuevo; necesita un nuevo nombre. ¿Qué le vamos a hacer? Las lenguas son pobres, así que tenemos que utilizar las mismas palabras, dándoles

diferentes significados, definiciones.

Mi mensaje de amor no se refiere a ese amor que es el polo opuesto del odio. Mi mensaje de amor se refiere a ese amor que es capaz de absorber el odio y transformarlo.

Surge entonces la siguiente pregunta: si ya no hay odio, ¿cómo y por qué esta nueva energía debería llamarse amor?

En nuestras mentes, el amor es lo opuesto al odio. Pero el amor no tiene opuesto. Por eso, de vez en cuando, te he estado recordando que el hombre iluminado no tiene ni amor ni odio; eso es negar tu odio y tu amor. El amor y el odio son polaridades, el hombre de iluminación no tiene ni lo uno ni lo otro. Eso no significa que sea indiferente, aunque quizá a ustedes les parezca. Es por eso que hablo de la pobreza del lenguaje.

Que el hombre iluminado no tenga amor ni odio no significa que sea indiferente, neutral; no, no significa eso. Su nuevo tipo de amor, su nueva cualidad de amor no es opuesta al odio. Pero no hay un nombre para ello; así que o bien tengo que decir que no tiene ni odio ni amor de la forma que tú lo tienes, o bien tengo que decir que su amor es un tipo de amor totalmente nuevo; un amor que está más cerca de la compasión que de la pasión, que está más cerca de una relación que de un romance; un amor que es más dar sin pedir nada a cambio, que tu llamado amor, que es un trato en el que cada parte está intentando sacar más y dar menos.

El hombre iluminado da, simplemente. No porque quiera sacar algo de ti; tú no tienes nada para darle. ¿Qué tienes tú que le puedas dar? Él da porque tiene mucho que dar, lleva una sobrecarga. Da porque es una nube cargada de lluvia, tan llena de lluvia que tiene que llover. No importa dónde, sobre qué: las piedras, el suelo fértil, los jardines, el mar; eso da exactamente igual. La nube sólo quiere descargarse.

El hombre iluminado es como una nube de lluvia.

Él no te da amor para conseguir algo a cambio. Lo comparte y te está agradecido por haberle brindado la oportunidad; por haber estado lo suficientemente abierto, disponible, vulnerable; por no haberlo rechazado cuando estaba dispuesto a derramar sobre ti todas sus bendiciones; por haber abierto tu corazón y recibir todo lo que tu capacidad te permitía.

El mundo puede estar lleno de amor, del amor al que me estoy refiriendo. Y ése es el único amor que transformará el odio del mundo; no el amor que te han enseñado. Ése no ha hecho que el mundo sea más amoroso, ha logrado que sea más odioso; ha hecho su odio más real y más auténtico, y su amor más hipócrita.

Me gustaría un mundo lleno de amor. Pero recuerda, ese amor no tiene un opuesto. Eso es así porque tú, dentro de ti mismo, has sido capaz, por medio de la conciencia, de transformar tu odio en amor. Incluso decir que has sido capaz de transformarlo no es exacto, pero ¿qué más se puede hacer con este lenguaje? Digas lo que digas, hay algún

error, algo que no encaja cuando lo dices.

Lo cierto es que quien transforma tu odio en amor es la propia conciencia, no eres tú quien lo transforma. Tu única tarea y función es mantenerte consciente. No dejes que en tu vida ocurra nada sin conciencia.

Les estoy dando la religión más simple y natural posible. Por eso digo que es la primera y la última, porque no puede simplificarse más. Por debajo de la conciencia ya no hay nada; hemos llegado a la última raíz. No hay forma de ir más allá, de ir más lejos. ¡Esto es todo!

Sigue haciendo todas las cosas que estabas haciendo, pero mantente consciente. Convierte en un recuerdo permanente que ningún acto ocurra sin conciencia.

Llevará algo de tiempo. Cada día se te pasarán muchas cosas; más tarde, recordarás: «¡Dios mío! Me he vuelto a olvidar». Pero no hay por qué preocuparse. No te preocupes por ello; si no, se te pasará otra cosa. Lo que se ha ido, se ha ido; no malgastes ni un solo momento en ello. Es bueno que te hayas acordado. Utiliza ese recuerdo para estar consciente, ahora mismo, en lo que sea que estés haciendo.

Te olvidarás muchas veces, te acordarás otras tantas. Poco a poco, te irás olvidando menos y recordando más. Y un día... —cuando la balanza se incline más hacia el lado del recuerdo, siempre que pese más que tu olvido— de manera instantánea, ocurre la revolución, la transformación. De repente, eres una persona por completo distinta; ha nacido el hombre nuevo. Y ese hombre nuevo encontrará este mundo totalmente nuevo, porque tendrá ojos nuevos con cualidades de visión nuevas, oídos nuevos con nuevos modos de oír, manos nuevas para sentir y tocar las cosas de una forma nueva. Y una persona de esa conciencia empieza a provocar el proceso de conciencia en otros. No esforzándose para ello, no se trata de que tengas que hacer algo para provocar el proceso —ese hacer ha sido nuestro deshacer—, sólo tienes que seguir viviendo la vida a tu manera, seguir siendo a tu manera, y empezará a ocurrir por sí solo. De algún modo tu presencia inicia algo en las personas que están cerca de ti... el advenimiento de una nueva energía, el origen de una nueva llama. Tú no haces nada, tampoco la otra persona: ocurre. Lo único que hace falta es un poco de cercanía, de amistad.

Y ésa es la función del maestro: reunir amigos a su alrededor. No hay ninguna meta que alcanzar, ninguna actividad en concreto que realizar. La función del maestro es únicamente mantenerse disponible. Nunca sabemos cuándo alguien está en el borde desde el que puede dar el salto. Nunca sabemos en qué momento uno está abierto, y con una simple mirada del maestro las cosas nunca volverán a ser iguales.

Pero como todos esos momentos son impredecibles, uno tiene que esperar silenciosamente en conciencia.

Lo máximo que puedes hacer es no poner barreras, no poner obstáculos. No te

mantengas tenso, a distancia. Estate relajado... y acércate. No tienes nada que perder; sólo que ganar.

¿Podrías decirnos algo sobre el poder de la ciencia y de la responsabilidad que éste conlleva? Por ejemplo, te he oído hablar acerca de científicos que eligen a la gente del futuro por medio de sus análisis genéticos de esperma. Yo no confío en los científicos ni en los doctores, ni en nadie cuyo conocimiento no se extienda más allá de su cabeza. De manera intuitiva tengo la impresión de que la genética desempeña un papel muy poco determinante en lo que, al final, pueda acabar siendo una persona. Es probable que un jardinero podría haberse convertido en músico; un soldado podría tener el potencial para ser científico. Seguramente, lo que un hombre es no constituye un buen indicador de lo que podría haber sido en circunstancias diferentes. ¿Quién podría predecir que del esperma de tu padre y el óvulo de tu madre saldría un Osho? Por favor, ¿podrías comentar algo más sobre la visión que subyace en tu sugerencia?, yo no la visualizo por mi miedo a los regímenes totalitarios.

Puedo entender tu preocupación, y la comparto. Pero hay que comprender muchas cosas. La primera es nunca actuar desde el miedo. Si el hombre hubiera actuado desde el miedo no habría habido progreso posible.

Por ejemplo, los que inventaron las bicicletas... ¿puedes imaginarte algún peligro? Es simplemente inconcebible que las bicicletas puedan ser peligrosas. Pero más tarde, con piezas de bicicletas, los hermanos Wright construyeron la primera máquina voladora. Todo el mundo estaba contento; porque nadie podía predecir que esos aeroplanos serían utilizados en una guerra para aniquilar ciudades y millones de personas. Pero los mismos aeroplanos transportan a millones de pasajeros por todo el mundo. Ellos han hecho el mundo pequeño, han hecho posible que se le llame aldea global. Han creado más puentes entre las personas, han unido a más gente de distintas razas, religiones e idiomas que ningún otro invento. Por lo tanto, lo primero que hay que recordar es que actuar desde el miedo no es la forma correcta.

Actúa con cautela, con conciencia, consciente de las posibilidades y los peligros, y creando la atmósfera para evitar esos peligros. Pues bien, ¿qué puede ser más peligroso en manos de los políticos que las armas nucleares? Han puesto la cosa más peligrosa en sus manos.

Pero en realidad no hay por qué tener miedo; incluso las armas nucleares pueden ser usadas con creatividad. Y yo tengo tal profunda confianza en la vida que creo que serán utilizadas de manera creativa. La vida no puede permitir que la destruyan con tanta facilidad, ofrecerá una feroz resistencia. En esa resistencia se oculta el nacimiento de un hombre nuevo, de un amanecer nuevo, de un orden nuevo, de toda la vida y la existencia.

Tal como yo lo veo, las armas nucleares han hecho que una gran guerra sea imposible. Gautama Buda no pudo evitarlo, ni tampoco Jesucristo. Todos los santos del mundo se han manifestado en contra de la violencia, de la guerra; y no pudieron evitarlas. Sin embargo, las armas nucleares han cumplido su tarea. Conscientes de que el peligro es tan grande, todos los políticos están temblando por dentro, porque si empezara una Tercera Guerra Mundial, toda la vida sería destruida; y ellos estarían incluidos. No podrán salvarse. Nadie podrá salvarse. Ésta es una gran oportunidad para todos aquellos que aman la creación. En este momento, podemos dar un giro hacia la creatividad a la tendencia de la ciencia.

Recuerda esto: la ciencia es neutral. Ella sólo te proporciona poder. Pero depende de ti cómo lo uses, depende de toda la humanidad y de su inteligencia. En lugar de prevenir los aspectos positivos por miedo a que algún poder totalitario haga mal uso de ellos, hay que tener en cuenta que la ciencia nos proporciona más poder para crear una vida mejor, una vida más confortable, seres humanos más sanos.

Todo puede ser mal usado. Y el postulante es médico; él mismo está dentro de la categoría de los científicos. Deberías entender algo: todo lo que puede hacer daño también puede ser muy beneficioso. No condenes nada; sólo eleva la conciencia de los seres humanos. Si no, estarás cayendo en la misma falacia que cometió Mahatma Gandhi.

Una vez que empieces a actuar desde el miedo, ¿dónde te detendrás? Mahatma Gandhi usaba la misma lógica, y se detuvo en la rueda. Debe haberse inventado hace miles de años, y Gandhi no quiso sobrepasar ese punto. Él quería que todo lo inventado después de la rueda fuera destruido. Estaba en contra del ferrocarril, porque en India fue utilizado para esclavizar a todo el país. En India, el tren no fue construido para comodidad y servicio de la gente. Fue construido para mover ejércitos, para poder transportarlos de un extremo a otro del país en horas. India es un país muy extenso. Hay lugares a los que incluso en tren se tarda seis días en llegar. Es casi un continente; y para controlarlo, los británicos construyeron una gran red de ferrocarriles. Su principal objetivo era el ejército y su transporte.

Pero ésa no es razón para decidir que el ferrocarril tenga que ser destruido. Eso significaría reducir el movimiento del hombre y su retroceso a la Edad de las Tinieblas. A

Mahatma Gandhi ni siquiera le parecían bien cosas tan inocentes como el telegrama, el telégrafo o los correos, porque, al principio, en India, todas ellas se utilizaron para controlar al país. Poco a poco, se fueron convirtiendo en servicios públicos. En sus comienzos, todos los inventos han sido desarrollados con fines militaristas, belicistas, y luego, acaban siendo utilizados por la gente.

Ir hacia atrás no es lo que hay que hacer; de ese modo, destruirías a toda la humanidad. Lo que hay que hacer es ir hacia delante y aprender algunas lecciones del pasado: para que, según se vaya desarrollando la tecnología científica, se desarrolle al mismo tiempo la conciencia humana. Eso evitaría que la tecnología fuera usada de forma perjudicial.

Mi desacuerdo básico con Mahatma Gandhi es que él hacía retroceder a la humanidad. Al principio, los soldados utilizaban caballos. ¿Significa eso que nunca más deberían usarse caballos? De hecho, en primera instancia, todo vehículo ha sido utilizado al servicio de la muerte. Hoy en día existen toda clase de medicinas; y los medicamentos alopáticos, que representan a la ciencia oficial del mundo en lo que a medicina se refiere, son en su mayoría venenos. Están en manos del poderoso.

En la actualidad hay una gran preocupación porque los militares están desarrollando un rayo al que llaman El rayo mortal. Se puede extraer de los rayos del sol; a nosotros no nos alcanza por la capa de ozono que cubre la Tierra, que evita que entren. El ozono refleja los rayos mortales. Pero no se descubrieron hasta que se enviaron los primeros cohetes a la luna. Éstos hicieron unos agujeros en la capa de ozono por donde entraron los rayos mortales. Inmediatamente las tasas de cáncer se elevaron tanto que parecía increíble; ¿qué había ocurrido? Entonces se descubrió que estaban llegando a la Tierra algunos rayos que nunca antes habían llegado. La Unión Soviética intentó reproducir esos rayos mortales. En lugar de enviar armas nucleares, misiles y aviones sin pilotos, controlados por control remoto, cargados con bombas, intentaron encontrar un sistema mucho más refinado simplemente enviando rayos... unos rayos contra los que no se puede hacer nada, pues ni siquiera son visibles. Y no destruirán nada, los edificios y las carreteras quedarán intactos. Sólo destruirán seres vivos; hombres, aves, animales, árboles, todo aquello que tenga algún tipo de vida. En cuanto El rayo mortal la toque, la vida desaparecerá. En realidad producirá una tremenda pesadilla. Las casas se salvarán, las calles se salvarán, las tiendas se salvarán, todo seguirá ahí, lo único que no se salvará será la vida.

Pero, a pesar de todo, yo no diría que no se investiguen los rayos mortales. En cuanto los soviéticos empezaron a ocuparse de los rayos mortales, los estadounidenses empezaron a trabajar, de inmediato, en cómo evitarlos, cómo detectarlos, cómo devolverlos, cómo producir otros rayos que los anulen. Y existe la posibilidad de que,

quizá en el futuro, aunque el hombre no utilice esas cosas, la capa de ozono empiece a resquebrajarse, los rayos mortales comiencen a entrar en la atmósfera y seamos capaces de producir rayos que los rechacen. A lo mejor, podemos crear otra capa de ozono más cerca de nosotros.

Así que uno no debería actuar desde el miedo; uno debería tener una perspectiva completa. Si hay miedo, está claro que no es al poder que genera la ciencia, sino al hombre inconsciente. En sus manos, todo se vuelve venenoso, peligroso.

Cambia al ser humano, no detengas el progreso de la ciencia. Por ejemplo, esos comentarios míos son sobre los últimos descubrimientos en ciencia genética. Hasta ahora, hemos vivido de manera accidental, en manos de la biología ciega. No sabes cómo será el niño que vas a tener; si es ciego, retrasado, inválido o feo, sufrirá toda su vida. Y, de un modo inconsciente, tú eres el responsable, porque nunca te molestaste en considerar la posibilidad de que no naciera un niño sano, ni ciego, ni sordo, ni mudo, ni retrasado, ni demente. Y la ciencia genética tiene la capacidad de saber con exactitud unas cuantas cosas: por ejemplo, si el niño nacido de una determinada combinación de energía masculina y femenina será saludable o no.

Antiguamente, en el Tíbet solían utilizar un método muy extraño, muy primitivo; pero no puedes enfadarte con ellos, tenían que practicarlo. Era un método muy bárbaro. Cuando nacía un niño, de inmediato lo sumergían siete veces en agua helada. Nueve de cada diez niños morían. ¡Nada más nacer, lo primero que le hacen es sumergirlo en agua helada! Antes de la séptima inmersión debía estar azul; tendrían que estar sumergiendo un cadáver. Pero era del todo necesario, porque el Tíbet es la tierra a mayor altitud del mundo, sobre El macizo del Himalaya. La vida es muy dura, exige personas muy fuertes, y el frío es mortal. Si un niño no es capaz de soportarlo, es mejor que muera. Lo hacían por compasión, no por crueldad. Es mejor que muera a que esté sufriendo toda su vida. No podría funcionar, no podría trabajar. Y la tierra exige personas que puedan tolerar ese frío y seguir trabajando, produciendo. Era un antiguo sistema de ingeniería genética.

Estaban eligiendo; aunque no tenían ni idea de cómo hacerlo. Pero de algún modo se las arreglaron para escoger a las personas más sanas; y el resultado ha sido que los tibetanos fueron los más longevos, porque todos aquellos que habrían muerto a mitad de camino eran eliminados en cuanto venían al mundo. ¡Eran devueltos sin abrir! Y los que quedaban eran realmente fuertes, duros de verdad. Vivían una vida larga y muy sana, porque eliminaban a los más débiles desde el principio. Y era un acto compasivo. ¿Por qué dejar vivir a una persona que va a sufrir durante toda su vida todo tipo de enfermedades, dolencias y debilidades? No podrá disfrutar de la vida en absoluto.

La ciencia genética no puede concretar hasta el punto de saber si un hombre será médico o ingeniero o jardinero, pero hay algunas cosas que sí puede saber con toda

certeza y otras cosas que pueden ser posibles. En lo que respecta a la salud, puede predecir, con toda seguridad, ciertos tipos de enfermedades que el niño podría padecer, así que pueden tomarse precauciones y evitar que el pequeño padezca esos males. Pueden saber, con certeza, el tiempo que el niño podría vivir, y pueden tomarse medidas para prolongar su vida. En el campo de las probabilidades, pueden saber si el niño tiene el potencial para ser músico. Eso no significa que no pueda ser médico; sólo significa que si se le dan las oportunidades necesarias, acabará siendo músico, no médico, y si no se hace músico y acaba siendo médico, nunca se sentirá realizado. Su ser interior siempre añorará algo.

Así, si la ciencia genética puede predecir las posibilidades existentes, la sociedad, los padres y la comunidad, pueden proporcionarle al niño las oportunidades adecuadas. En la actualidad, no sabemos cuál es su potencial. Tenemos que decidir; los padres tienen el dilema de dónde enviar a su hijo: ¿a un colegio de ingeniería, a uno de medicina? ¿A un taller de carpintería o de mecánica de automóviles? ¿Dónde enviarlo, y cómo decidir? Su fallo es producto de consideraciones económicas. Ésa es su única forma de decidir que el hijo pueda tener éxito económico, comodidades, prestigio. Y ése quizá no sea el potencial del hijo, pero los padres no lo saben.

Los expertos en genética pueden, simplemente, indicarte las posibilidades. No dicen que sea algo seguro, que hagas lo que hagas este niño será músico. No dicen eso, porque la naturaleza puede ser desviada por la educación. Si le cierras todas las posibilidades de ser músico y lo obligas a hacerse médico, se hará médico; pero toda su vida será un médico sin vocación, sin ninguna alegría.

La educación es importante, pero si conocemos las posibilidades con exactitud, podemos ayudar al niño proporcionándole el tipo de formación adecuada. Entonces, la naturaleza y la educación pueden funcionar juntas en armonía y producir un ser humano mejor, más contento consigo mismo, más alegre, que haga un mundo más hermoso a su alrededor.

Sólo has estado acertado en un punto: la genética es capaz de predecir el potencial de cualquier cosa, excepto de la iluminación, porque la iluminación no forma parte del programa biológico. Por eso la ciencia genética no tiene forma de saber si una persona se iluminará. Como mucho, podrán determinar que la persona tendrá cierta inclinación hacia la espiritualidad, el misticismo, hacia lo desconocido. Pero conociendo esas inclinaciones, podremos proporcionar la nutrición adecuada para ese niño, y el mundo tendrá más personas iluminadas de las que haya podido tener jamás.

El interpelante teme que la genética caiga en manos de gobiernos totalitarios y empiecen a elegir niños que vayan a ser obedientes al *statu quo*, que no vayan a ser revolucionarios, que nunca serán rebeldes, que siempre estarán dispuestos a convertirse

en esclavos sin oponer resistencia.

Ese miedo existe, pero ese miedo puede ser dirigido. ¿Por qué dar el poder a gobiernos totalitarios? Estoy sugiriendo un programa completo para la sociedad. Mi idea principal es que las naciones deberían desaparecer. Debería haber un gobierno mundial que sólo fuera funcional. No tendría por qué temer a la revolución porque serviría a la gente; además, los funcionarios del gobierno del mundo rotarían de manera continua, se cambiarían cada año. Nadie estaría en el poder durante más de un año, y después de haber servido ese año, nadie podría volver a tener poder en el gobierno. Sólo una vez, durante un año, ¿qué puede hacer? Y su poder no sería totalitario. La gente que lo eligiera tendría el derecho de destituirlo en cualquier momento. Con el 51 % de los votantes que lo hubieran elegido, podrían presentar una petición al gobierno para que lo destituyan —por estar yendo en contra de los intereses de la gente—, y esa persona perdería todo el poder. No se le concedería el poder durante cinco años más sin ninguna vigilancia. De cualquier modo, estaría fuera del poder al final del año, y dado que nunca más volvería a tocar el poder, haría todo lo posible por hacer algo para que lo recordaran. Y si intentara hacer algún daño, tendríamos la posibilidad de destituirlo. Sólo sería necesario que el 51 % de los votantes firmen una petición para hacer que la persona deje su puesto.

Mi plan es completo, para toda la sociedad; no es fragmentario. Poco a poco, las grandes ciudades deberían ir desapareciendo; comunas pequeñas deberían ir tomando sus lugares. Las familias deberían desaparecer, de este modo, no existiría la lealtad a la familia, ni a la nación. Los niños serían criados por la comuna, no por los padres. Y la comuna debería decidir el número de niños necesarios, porque a medida que se vaya alargando la vida de la gente, precisaremos menos niños. Si los mayores van a quedarse más tiempo, no habrá espacio para nuevos invitados.

En el pasado era posible. Produce más y más niños, tantos como puedas. Las mujeres estaban casi siempre embarazadas, hasta que dejaban de ser fértiles. Producían hijos como si fueran fábricas porque el tiempo de vida de la gente era muy corto. Hace cinco mil años, nadie vivía más de cuarenta años. Cuando un hombre moría, no tenía más de esa edad; y, sin duda, ése sería el límite, no la media. Cuando la gente moría a los treinta y cinco o cuarenta años, había cantidad de espacio para que vinieran nuevas personas y tomaran el relevo.

Pero los expertos en genética también dicen que, por naturaleza, todo el mundo es capaz de vivir al menos trescientos años y seguir siendo joven. La vejez puede ser abolida. Y será una gran revolución, porque si un Albert Einstein pudiera seguir trabajando, si un Gautama Buda pudiera seguir predicando, si todos los grandes poetas, místicos, científicos y artistas pudieran seguir creando, refinando sus métodos, sus

idiomas, su poesía, sus técnicas y su tecnología durante trescientos años, el mundo sería inmensamente rico.

Tal como es ahora, es un desperdicio. Cuando un hombre llega a la madurez, la muerte empieza a llamar a su puerta. Es extraño; trae nuevas personas que no saben nada. Primero, críalas, edúcalas, enséñales, disciplínalas, y cuando sean maduras, retíralas. Cuando en verdad son capaces de hacer algo, llega el momento de su jubilación. Y después de la jubilación no viva más de diez o quince años, porque después de la jubilación se vuelven absolutamente inútiles y empiezan a sentirse como una carga para los niños, para la sociedad. Pierden toda su respetabilidad, su prestigio y su poder. Se convierten en extraños, en huéspedes indeseados que se resista a morir.

A lo mejor, no sabías que la brecha generacional nunca antes había existido. Es un fenómeno nuevo, ha empezado a existir ahora porque la gente vive más tiempo. Hoy en día, un patriarca de noventa años aún vive, y en ese tiempo han venido a la existencia otras tres generaciones. Su hijo tiene setenta años, su nieto tiene cincuenta años y su bisnieto tiene treinta años. Hay tanta distancia que el bisnieto no tiene ninguna conexión: ¿quién es este viejo, y por qué sigue por aquí?; una molestia innecesaria, y siempre irritado, siempre enfadado, siempre dispuesto al berrinche. ¿Qué sentido tiene? En el pasado, nunca se veían cuatro o cinco generaciones juntas; por lo tanto, no había brechas generacionales. Yo ni siquiera sé el nombre de mi bisabuelo. Le pregunté a mi padre. Él me contestó: «Yo tampoco lo sé. Conozco los mismos nombres que tú. Ninguno más».

Si seguimos viviendo de manera accidental, la situación empeorará. Es mejor que la sociedad adopte una nueva formulación, un programa totalmente nuevo. Los viejos esquemas han fracasado. La comuna es la nueva unidad del mundo. No más familia, no más nación; comunas y una humanidad internacional.

La comuna será decisiva para producir lo necesario, porque, en la actualidad, se precisan médicos pero no hay médicos. Los ingenieros están desempleados porque hay demasiados; o necesitas ingenieros y no los hay. No hay planificación de la vida, lo que se hace es simplemente ir en zigzag, de manera accidental. Por eso hay tanta gente desempleada; si no fuera así, no habría ninguna necesidad, no tendría por qué haber ni una sola persona desocupada. No deberían nacer más personas de las que se puedan emplear.

A medida que las máquinas vayan siendo más capaces de hacer el trabajo del hombre—de forma más eficiente, no piden aumentos de sueldo, no hacen huelga, no tienen cambios de turno y producen las veinticuatro horas; una sola máquina puede hacer el trabajo de mil obreros— habrá cada vez más personas sin empleo.

Es mejor planear, para tener sólo la gente que se necesita. Y ¿por qué no tener a los

mejores? ¿Por qué no deshacerse de la masa de gente que se extiende por toda la Tierra? La masa es lo más peligroso que existe, porque es un juguete en manos de cualquier político astuto.

La masa no tiene mente propia, inteligencia propia. Podemos crear individuos con una gran inteligencia e independencia, y cada generación será mejor que la anterior. La evolución avanzará a pasos agigantados, si no, seguiremos estancados. Llevamos miles de años detenidos, lo único que avanza son las cosas; mejoran los automóviles, los aviones, las bombas, pero los seres humanos no mejoran.

Que el hombre esté estancado y todo lo demás siga avanzando es una situación peligrosa. El hombre será lastrado por su propio progreso, por su propia tecnología, por su propia ciencia. El hombre también debería avanzar; el hombre debería mantenerse siempre a la cabeza.

Entiendo la preocupación del interpelante pero no la comparto. Siempre veo un rayo de luz en la noche más oscura. Siempre existe la posibilidad de que el amanecer esté muy cerca. Estoy a favor de todos los adelantos científicos, pero el progreso debería estar en manos de personas creativas, el progreso no debería estar en manos de belicistas. Hoy en día se podría detener la guerra y desaparecerían los belicistas. Por primera vez en la historia del hombre, eso es posible. Por lo tanto, no temas a la gente totalitaria.

A no ser que cambiemos todo el programa genético de hombres y mujeres, no tendremos un nuevo mundo. Debemos deshacernos de todos los miedos. Y repito, no actúes nunca desde el miedo. Cualquier acción desde el miedo nos hará retroceder.

Actúa con conciencia, con cautela. Toma todas las medidas preventivas para que no pueda hacerse mal uso de lo que hagas, pero no mires hacia atrás. La vida está delante, en el futuro. En India, este punto hizo que todos los seguidores de Gandhi se enfadaran conmigo; de no haber sido por eso, seguirían siendo seguidores míos. Incluso el presidente del partido en el gobierno, los ministros y el primer ministro solían asistir a mis centros de meditación. Pero el día que empecé a hablar en contra de Mahatma Gandhi, les dio miedo: «No deberías hablar en contra de Mahatma Gandhi».

Yo les decía: «No estoy hablando en su contra, pero lo que propone es un paso hacia atrás, es hacer retroceder al hombre a tiempos primitivos, hacerlo más bárbaro. El hombre ya es bárbaro».

Pero la gente que actúa desde el miedo piensa que quizá sería bueno que todo el progreso científico se detuviera, que toda la tecnología científica se hundiera en el mar y el hombre regresara a los tiempos en los que ni siquiera existía la lámpara de petróleo, ni la tela; tú mismo tendrías que tejerte tu propio vestido.

Si te pasas ocho horas al día tejiendo tu propia tela, en un año tendrás suficiente para tu ropa y para tu cama, pero, entonces, ¿qué vas a comer? Y si algún día caes enfermo,

¿cómo comprarás los medicamentos? ¿Y cómo vas a alimentar a tus hijos, a tus ancianos padre y madre y a tu esposa? ¿Cómo vas a darles una educación a tus hijos? ¿Quién pagará sus cuotas y sus gastos? Un hombre tiene que estar ocho horas tejiendo tan sólo para tener la tela que necesita.

Dicha sociedad sería muy pobre, sin educación. Pero Gandhi está en contra de la educación porque se está haciendo mal uso de ella, toda su filosofía se basa en el miedo: todo puede ser utilizado con perversidad; cualquier cosa puede usarse con malos fines. No hay ni una sola cosa en el mundo que no pueda pervertirse. Si se vive con paranoia, habría que renunciar a todo. Hay demasiados delincuentes en las prisiones. En Estados Unidos hay tantas cárceles y tantos criminales que los jueces le han comunicado al gobierno: «Si no construyes más prisiones, cierra los juzgados, no podemos encarcelar a nadie más; no hay más espacio. Cuando encarcelamos a alguien, tenemos que liberar a otro preso, aunque todavía le queden dos o tres años de condena. Tenemos que liberarlo y hacer espacio para el nuevo preso».

El mundo entero está lleno de cárceles, y esas personas solamente tienen el programa genético erróneo. Son víctimas de una fuerza biológica ciega. ¿Quieres continuar con esta humanidad accidentada, o quieres que esté bien planeada, con inteligencia y conciencia? Entiendo tu temor, pero eso puede evitarse. Debe evitarse. No se puede abandonar el progreso.

Podemos crear un hombre que sea realmente un superhombre en todos los sentidos; un superhombre que sólo ha existido en los sueños de los grandes poetas y los grandes místicos. Ese superhombre tiene que hacerse realidad. La ciencia y la ingeniería genética pueden ser muy útiles.

El pequeño Eddy estaba haciendo sus deberes de aritmética. Iba diciendo: «Tres más uno, el hijo de puta es cuatro. Tres más dos, el hijo de puta es cinco. Tres más tres, el hijo de puta es seis». Etcétera.

La mamá de Eddy se quedó horrorizada al escucharlo. Al día siguiente fue a ver qué clase de matemáticas enseñaba su profesor.

—No sé de dónde habrá aprendido esas expresiones —respondió el profesor—. Lo que yo les enseño a decir es: tres más dos, cuya suma es cinco^[4].

Pero no sólo le ocurre al pequeño Eddy, incluso los ciudadanos más ancianos del mundo viven malinterpretando todo, igual que él.

A pesar de los peligros, tenemos que dar los pasos necesarios para cambiar la

situación. La inteligencia del hombre depende por completo de su herencia genética. Podemos tener todos los Albert Einstein, todos los Rabindranath Tagore, todos los Nijinsky que necesitemos. El mundo puede ser un lugar muy hermoso. Pero es cierto que hay riesgos, peligros, de los que yo soy más consciente. Pero aun así, quiero que se asuman todos los riesgos porque el hombre no tiene nada que perder; no tiene nada, así que, ¿por qué tener miedo? Tiene todo que ganar y nada que perder.

El riesgo puede asumirse; sí, con conciencia, con cuidado. Aquí estoy enseñando todo el tiempo cómo ser más consciente, porque en cuanto tengamos una determinada porción de la humanidad alerta y consciente, habrá mucho que hacer. Ésos serán nuestros vigilantes, nuestros guardias contra cualquier mal uso —o uso con fines perversos— de la tecnología.

Podemos tomar todas las medidas de protección pero no podemos retroceder.

Cuando era niño siempre sentía que dentro de mí había un espíritu rebelde pero nunca se me permitió expresarlo, y poco después comenzó a desaparecer. Ahora empiezo a sentir que cada uno de nosotros lleva dentro un poder que podría traer una verdadera transformación al mundo. Y se parece mucho a ese espíritu rebelde que solía tener. ¿Puedes comentar algo sobre esto?

Todo el mundo nace inocente, pacífico, amoroso... sin saber nada de la despiadada competición en el mundo, ni de las armas nucleares que están preparando para darle la bienvenida, ni de la sucia política que lleva milenios torturando a la humanidad. Pero antes de que su paz, su amor y su confianza puedan convertirse en una fuerza rebelde, empezamos a destruir todo lo hermoso que hay en él y a remplazarlo por todo lo feo que hay en nosotros. Eso es lo que nos hicieron a nuestros padres y nosotros repetimos la función.

Generación tras generación, se han ido pasando las mismas enfermedades de unos a otros. Con las mejores intenciones del mundo, los padres, los profesores, los líderes, los sacerdotes, todos ellos van inculcando ideas de competición, comparación, ambición; preparando a cada niño para la dura lucha que tendrá que afrontar en la vida; en otras palabras, para la violencia, la agresividad. Saben que si no eres agresivo te quedarás atrás. Tienes que hacerte valer y hacerlo a la fuerza. Tienes que competir como si fuera una cuestión de vida o muerte. Éste es el marco de nuestro sistema educativo.

Yo solía ser el primero de la clase; no porque fuera estudioso ni porque asistiera con regularidad. Descubrí que, simplemente, los cursos que daban a los estudiantes no

merecían más de dos meses de tiempo, y que desperdiciábamos el resto del año. Así que los dos últimos meses de cada curso prestaba toda mi atención y el resto del tiempo disfrutaba de todo menos de la escuela. ¡Los profesores se quedaban estupefactos! Y cuando volvía a casa con las notas y le informaba a mi padre que había sido el primero, él siempre decía:

—Eso significa que debes estar en la clase de los tontos.

—Qué extraño —contestaba yo—. Cuando el primero es otro, sus padres se sienten felices. Pero tú, sin embargo, te lamentas de que esté estudiando con tontos. Crees que sólo he sido el primero por eso.

Él nunca me animaba: «Has hecho un buen trabajo, te mereces un premio». Nunca me recompensó; de manera sistemática su única respuesta era: «Lo extraño es que siempre te las arregles para encontrar la clase de los tontos para poder ser el primero».

Pero eso no es muy corriente. Los padres suelen ofrecer toda clase de incentivos: «Sé el primero y tendrás un premio. Sé el primero; eso honra a los padres, a la familia». Todo el mundo te enseña a estar por delante de los demás, a cualquier precio. Tarde o temprano, los niños se vuelven febriles y empiezan a correr más rápido. Incluso si tienen que herir a alguien para ponerse delante, lo harán. En una sociedad competitiva tiene que haber violencia.

En una sociedad competitiva, no tienes ningún amigo. Todos simulan ser amistosos, pero todos son tus enemigos porque están luchando por ascender en la misma escalera. Todos son tus enemigos porque pueden tener éxito y forzarte al fracaso. Y, en poco tiempo, la gente empieza a aprender el arte de poner la zancadilla, de usar medios sucios, porque esos medios sucios te ofrecen un atajo.

Cuando yo era profesor en la universidad había un estudiante, era tan energúmeno que en los días de exámenes ningún maestro quería vigilar en el aula donde él era examinado. Era casi un asesino; en cualquier momento podía matar a alguien. Lo que solía hacer era lo siguiente: entraba en el aula de los exámenes con una navaja y la dejaba sobre el pupitre para que estuviera bien a la vista y ningún profesor se le acercara. Se llevaba “acordeones” a los exámenes, y siempre sacaba las mejores notas. Ningún profesor quería vigilar en el aula de exámenes cuando asistía ese estudiante. El rector me pidió que lo hiciera.

—No hay ningún problema —le contesté.

—Pero, nadie quiere... —me informó.

—Es que ellos no entienden —concluí.

Recurrí a uno de mis amigos, era sij.

—Préstame tu *kripan* —le dije. Se trata de un tipo de espada especial, grande, mucho más peligrosa que cualquier otra espada. ¡Te puede cortar la cabeza!

—¿Qué vas a hacer con esa espada? —me preguntó.

—Voy a enseñarle a ese estudiante a ser un sij —le respondí.

—Eso está bien —repuso él—. *Vah guruji ki fatah. Vah guruji ka khalsa* —es el mantra de los sijes: «Éste es el camino de la victoria del maestro. Éste es el camino de la victoria de los seguidores del maestro».

Me llevé su *kripan* y entré en el aula de exámenes. Aquel chico estaba sentado con su pequeña navaja sobre la mesa. Me acerqué a su pupitre, y justo al lado de su navaja clavé mi espada en la madera. Me miró y le ordené:

—Deshágase de todos los “acordeones” que haya traído. Fíjese en mi *kripan*.

Retiró la navaja.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó.

—Si dices otra palabra, con un solo golpe del *kripan* perderás la cabeza —le contesté.

—Tiene que estar loco. ¡No he hecho nada malo y usted quiere matarme! —exclamó.

—No es una cuestión de bueno o malo —le expliqué—. Es una cuestión de quién tiene el cuchillo más largo. ¡El mío es más grande! Tengo todo el poder en esta aula de exámenes para llegar a expulsarte. Y en ese momento tiré su navaja por la ventana.

—Si no arrojas todos los “acordeones” que has traído, tu cabeza irá por la misma ventana —lo amenacé.

Entonces me dio todas sus notas y las tiré por la misma ventana.

El rector estaba observando desde la ventana de su despacho y pensó:

«¿Qué ocurre?; están saliendo cosas por la ventana del aula de exámenes. Primero una navaja, luego unos cuantos papeles... Parece que hay algún problema». Vino corriendo.

—No se preocupe —lo tranquilicé—. Sólo algo más... si este muchacho no se comporta, verá una cosa más salir por la ventana.

—¿Qué cosa? —quiso saber el rector.

—¡Su cabeza! —le contesté.

Me llevó fuera del aula.

—Siento haberle pedido que fuera el examinador aquí —comenzó—. ¡Olvídelo, no puede hacer algo así!

—Es la única forma de darle una lección a ese idiota —aseguré—. Como todos los profesores que ha enviado aquí se han acobardado por su navaja, ya nadie quiere venir. ¿Qué puede hacerte? Lo peor que puede hacer es matarte, así que me he traído una navaja más grande.

Pero lo que la sociedad le hace aprender a todo el mundo, tarde o temprano, es que tienes que ser más agresivo, si no, fracasarás. Que tienes que abrirte camino luchando

porque todo el mundo está intentando realizar la misma ambición.

—Queda usted relevado —me dijo el rector—. Nunca más será solicitado como examinador.

—¡Eso es magnífico! —repliqué—. Es lo que quería. Es innecesario, porque no quiero importunar a nadie. La vida los importunará a todos ellos; ¿por qué debería añadir yo más agravio a sus existencias? Pero tampoco puedo permitir que nadie me importune. Es muy amable por su parte haberme relevado de esta tarea para siempre.

Pero toda esta sociedad es violenta y tú tienes que ser más violento si quieres ser ambicioso.

Necesitamos personas no ambiciosas, no competitivas, personas sin deseos de poder, que sean rebeldes. Cada niño puede convertirse en un rebelde así; lo único que necesita es no ser distraído de su inocencia.

Tu sentimiento de que llevas un rebelde dentro es correcto. Todo el mundo lleva uno; pero la sociedad es demasiado poderosa. Te hace cobarde, taimado. No te ayuda a ser tu auténtico yo. No quiere que nadie sea su auténtico yo, porque entonces habría rebeldes por todas partes.

Pero recuerda, antes de convertirte en un rebelde, tienes que cumplir ciertas condiciones. Yo no quiero rebeldes a la antigua. Mi idea de un rebelde es totalmente novedosa, una nueva comprensión. Hasta que no tengas la compasión suficiente, el amor suficiente —los silencios del corazón, las meditaciones internas profundas que traigan más luz, más conciencia—, no habrás cumplido mis condiciones. Sólo bajo esas condiciones quiero que seas un rebelde. Entonces, no podrás hacer nada incorrecto. Desde ese momento todo lo que hagas será correcto.

Desde el amor, todo es correcto. El amor es la magia que convierte todo en correcto.

Yo quiero rebeldes iluminados. Es posible, porque la iluminación ya se ha producido, y rebeldes ha habido siempre. Lo único que necesitamos es una síntesis que integre ambas características. Rebeldía e iluminación, un Gautama Buda con la rebeldía de un Lenin; será el fenómeno más hermoso.

Un amigo de Japón me envió una figura de Gautama Buda. Era una figura rara, nunca había visto nada igual. En una de las manos había una pequeña lámpara de barro con una llama. Hay que poner aceite en la lámpara para reponer el combustible, para que la llama siga ardiendo. Mi amigo decía: «Hay una condición, recibí esa figura con la misma condición, que la llama debe estar encendida las veinticuatro horas del día sin interrupción». En la otra mano, la efigie sostiene una espada. Eso sólo es posible en Japón, porque Japón ha incluido la lucha de espadas y el tiro con arco entre las artes meditativas. La meditación es fundamental.

En India, no podemos concebir a Gautama Buda con una espada. Pero lo más bonito

de la figura era que la mitad de su cara, el lado que iluminaba la pequeña llama, estaba muy relajada, muy calmada y tranquila, en total serenidad; y del otro lado, su rostro era como la espada, tan afilada que sólo podía ser la de un gran guerrero. El artista que la creó realizó un gran trabajo. En el mismo semblante expresó una gran síntesis: una espada en manos de la paz.

Ésta es mi idea de la rebelión, del rebelde. Debe salir de tu amor por la humanidad; no de la ira contra el pasado, sino desde una compasión creativa por el futuro. No tienes que limitarte a demoler lo viejo. Tu ideal, tu propósito, es crear lo nuevo. Porque no se puede crear lo nuevo sin derribar lo viejo, lo derribas, pero sin ira. Es un proceso simple. Allanas el terreno y en su lugar construyes un nuevo edificio.

Tienes que hacer ambas cosas: llevar la paz, el silencio, la luz y las cualidades de tu ser interior y rebelarte contra toda injusticia, contra toda inhumanidad. Pero con un fin creativo: materializar el sueño de una auténtica sociedad humana que pueda dar igualdad de oportunidades, libertad y una educación no violenta a todos, una educación que no sea sólo informativa, sino que además sea transformadora. Una educación que te haga más individuo y que produzca el florecimiento de lo mejor de ti.

Todas las personas con las que estás sentado aquí tienen esos sueños. Y las personas del mundo exterior también tuvieron ese sueño alguna vez, cuando eran niños; son las mismas cualidades, pero han sido constreñidas, reprimidas. Su inhibición puede ser eliminada.

Mi gente se ha convertido en antorchas encendidas, que se mueven por todo el mundo para compartir su fuego con todo aquel que esté preparado. Y aunque te sorprenda, no existe nadie que nunca haya soñado con un hermoso futuro, experimentado un estado de inocencia o sentido algo de paz, algo de amor, algo de belleza. Pero todo eso ha sido destruido, distorsionado, contaminado, envenenado por una horrible sociedad.

Todo su poder procede de su antigüedad. Pero ahora se verá que ese poder, esa antigüedad, es su gran debilidad. Lo único que se necesita es un empujoncito. Es una sociedad ya muerta. Ha cavado su tumba con sus propias manos, y está justo al borde de la tumba. Sólo hay que darle un empujoncito y, de repente, verás todo lo viejo y podrido tendido en su tumba.

Tenemos que empezar desde cero. De nuevo, Adán y Eva, el jardín del Edén... De nuevo, el principio.

^[1] En inglés, *the son of a bitch* (el hijo de puta) y *the sum of which* (cuya suma) suenan muy parecido (N. del T.).

DOS

AHORA O NUNCA

Las épocas de desastres te hacen consciente de la realidad tal como es. La vida siempre es frágil; todo el mundo está en peligro siempre. Lo que pasa es que en las épocas corrientes no lo ves, porque estás profundamente dormido. Estás soñando, imaginando cosas hermosas para los días venideros, para el futuro. Pero en esos momentos en los que el peligro es inminente, de repente, te das cuenta de que quizá no existe un futuro, un mañana, y éste es el único momento que tienes.

Así que las épocas de desastres son muy reveladoras; no traen nada nuevo al mundo; simplemente hacen que seas consciente del mundo tal como es. Te despiertan. Si no entiendes esto, puedes volverte loco; si lo entiendes, puedes despertarte.

Cuando pienso en lo que el hombre tiene que depurar de sí mismo, parece complicado lograrlo. Yo creo que lo más difícil de soltar para el hombre es su supuesto poder, ya sea mundano o espiritual. Me parece que las personas que lo tienen harían explotar el mundo antes que soltar su poder. ¿Es así?

Sí, es así. Hay personas tan inconscientes que pueden hacer cualquier cosa para mantener su poder, su respetabilidad; aunque eso signifique explotar el mundo. Pueden poner en riesgo lo que sea para salvar su ego. Y, claro, éstas son las personas que alcanzan los puestos de poder, porque son las que lo persiguen.

Ninguna persona inteligente y creativa busca poder. Ninguna persona inteligente tiene interés en dominar a los demás. Su interés principal es conocerse a sí mismo. Así que las personas con las mejores inteligencias se inclinan hacia el misticismo y las más mediocres van tras el poder. Un poder que puede ser mundano, político, económico; puede ser ejercer el control espiritual sobre millones, pero la necesidad básica es dominar a más y más gente.

Esta necesidad surge debido a que no te conoces a ti mismo, y no quieres reconocer que no te conoces a ti mismo. Tienes demasiado miedo de hacerte consciente de la ignorancia que prevalece en el mismo centro de tu ser. Para escapar de esa oscuridad utilizas los siguientes métodos: codicia de dinero, de poder, de respetabilidad, de honor. Y un hombre que alberga oscuridad en su interior puede hacer cualquier cosa destructiva.

Para dicha persona, la creatividad es imposible porque la creatividad surge cuando

estás consciente, un poco alerta. La luz, el amor y la creatividad no tienen el más mínimo interés en dominar a nadie, ¿para qué? El otro es el otro; ni quieres dominar a nadie, ni quieres ser dominado por nadie. La libertad es el gusto de estar un poco alerta.

Pero esas personas están completamente dormidas. En su sueño, están haciendo bombas atómicas, armas nucleares, sin saber qué están haciendo. Sólo una cosa los mantiene en movimiento, la idea de conseguir más poder. Y si alguien se interpone en su camino tiene que ser destruido. No saben nada más. Son bárbaros que no han evolucionado a seres humanos. Sí, pueden destruir el mundo entero; ya están preparados para hacerlo.

Y me sorprende que en este mundo tan grande nadie más se ponga de mi lado, pero la gente teme a los poderosos; saben que ellos pueden destruirlos. Uno es osado cuando se sabe indestructible; podrás matarlo pero no podrás destruir su ser. Pero tales personas han ido desapareciendo lentamente de la tierra. No las hemos alimentado. Las matamos y luego las veneramos.

Esto es algo que también se debe entender, por qué todas las personas que hemos matado —por ejemplo, Jesús, Sócrates, Al-Hillaj Mansur, Sarmad— son tan respetadas después de haberlos asesinado. Cuando estaban vivas eran castigadas por todos, no sólo por los que estaban en el poder, también por los que no lo estaban. Los que no estaban en el poder los condenaban para decirle a los poderosos: «Estamos con ustedes». Y los poderosos los condenaban porque esas personas traían una visión que, si tuviera éxito, acabaría con la dominación en el mundo. Entonces sólo habría seres humanos, todos únicos, cada uno floreciendo a su manera.

Pero todas esas personas son veneradas cuando están muertas. Eso es debido a la culpa. Primero, los matan; los que los matan son los poderosos. Y los no poderosos, los dominados, son los que apoyan a los poderosos; de mala gana pero con gran fanatismo, porque lo que quieren demostrar a los demás es: «Estamos incluso más en contra de ellos que ustedes, estamos más a favor de los poderosos que ustedes mismos».

Pero en cuanto el hombre es ejecutado, crucificado, envenenado, esa gente empieza a sentirse culpable... porque en realidad, desde el principio, no estaban dispuestos a matar al hombre. No tenían ningún problema con el hombre; no atacaba sus intereses personales. Sólo apoyaron a los poderosos porque si no lo hacían, si no decían nada, temían ser sospechosos de apoyar a la persona que, finalmente, habían asesinado.

Un discípulo de Jesús estaba entre la multitud cuando Jesús fue crucificado, y le preguntaron —porque su aspecto era diferente al de los demás, no era del lugar, era forastero, y nadie lo conocía—, le preguntaron una y otra vez: «¿Quién eres tú? ¿Conoces a este hombre que está siendo crucificado?». Y él contestó: «No, nunca he oído hablar de él. Vi que mucha gente se dirigía hacia aquí y vine a ver qué ocurría». Ni

siquiera podía admitir que era un seguidor de Jesús porque sabía que el resultado sería otra cruz.

Así que, finalmente, cuando esa persona es crucificada, la gente que ha apoyado de mala gana la ejecución empieza a sentirse muy culpable: «¿Por qué le hemos hecho eso a un hombre inocente que no le había hecho daño a nadie? Además, todo lo que decía era verdad». Se dan cuenta de que los poderosos están explotando a todos.

Éste es un mundo muy extraño. Tú conoces a personas que ahora son reyes y reinas, pero si sigues su línea genealógica, descubrirás que sus primeros antepasados eran ladrones. ¿De dónde sacaron su reino? Proceden de un linaje de grandes ladrones que han matado a muchas personas, acumulado dinero y tierras, se han declarado a sí mismos señores de esas tierras y, ahora, tienen sangre real. Forman parte de un linaje de criminales; no de cualquier linaje, ¡de uno de grandes criminales! Pero tienen poder, tienen dinero; así que, naturalmente, su sangre es especial.

La gente común siempre ha sabido que está siendo oprimida, asesinada poco a poco. Trabajan duro y ni siquiera pueden permitirse una comida al día. Producen, pero todo va al bolsillo de los que están en el poder. Así que cuando apoyan a esa gente, lo hacen de forma reacia. Esa molestia, cuando el hombre ya está muerto, se transforma en culpa; empiezan a sentir que han sido cómplices de un acto criminal. Ellos no hicieron nada de forma directa, pero, en cierto modo, fueron cómplices; mostraron su apoyo a los poderosos.

Para quitarse esa culpa, surge la adoración. La adoración es simplemente la eliminación de la culpa, lavar la culpa. Fue de esa manera que religiones como el cristianismo se hicieron tan grandes... porque Jesús no era un genio que pudiera producir una religión tan grande. Había cientos de rabinos mucho más inteligentes, más ilustrados que él; él era un muchacho sin educación. Pero la crucifixión cambió por completo la situación. Después de crucificarlo, lo convirtieron en un dios; un dios para todos aquellos que habían apoyado la crucifixión. Empezaron a sentirse culpables.

Si lo analizas con cuidado puedes verlo. Por orden del emperador romano, Jesús fue ejecutado por su gobernador en Judea, Poncio Pilatos, con la confabulación del sumo sacerdote del templo de los judíos. Pues bien, Roma ha sido la capital del cristianismo durante veinte siglos, y la orden de ejecutar a aquel hombre vino de Roma. Un día, toda la civilización romana se transformó en la civilización cristiana. Ahora, el Papa sólo tiene un pequeño pedazo de tierra, unas dos mil hectáreas, pero es un país independiente. Se ha ido reduciendo lentamente; en una época ocupó toda Italia. Era una autoridad superior al estado.

Pero, en Roma, hace siglos se ejecutaba a la gente por ser cristiana. Cristo fue el primero, luego todo aquel que se convertía al cristianismo era ejecutado del mismo

modo; cientos de personas fueron crucificadas. Y todas estas crucifixiones produjeron tanta culpa en la gente que de ella surgió una gran religión. Pero una religión así sólo puede ser un encubrimiento psicológico; no puede ser una verdadera religión. Es sólo encubrimiento de la culpa. Cuanto más fanática sea una persona religiosa, su fanatismo mostrará más la dimensión de su culpabilidad, de lo que oculta tras ello.

El cristianismo se convirtió en la mayor religión del mundo por la sencilla razón de que Cristo y muchos otros que se convirtieron al cristianismo fueron ejecutados sin ningún juicio. Las masas apoyaban a los poderosos pero en el fondo sentían dolor: «Lo que está ocurriendo es totalmente inhumano, no debería pasar». Pero son pobres, no tienen poder; no pueden hacer otra cosa que adorar, cuando ya están muertos, a aquellos que fueron ejecutados.

Una verdadera religión es siempre de meditación. Una falsa religión es siempre de adoración. La adoración es un método psicológico para lavar la sangre de tus manos. Incluso Poncio Pilatos, lo primero que hizo después de ordenar la crucifixión de Jesús, fue lavarse las manos, porque no quería matar a ese hombre inocente. Había hablado con él, lo había escuchado en secreto cuando hablaba para sus discípulos, y ese hombre tenía algo que había empezado a amar: «Es inocente. Dice algunas locuras, pero las dice de una forma hermosa. No ha sido educado, pero habla poesía. No sabe mucho, pero lo que sabe lo presenta con una gran autoridad. Y no le hace ningún mal a nadie: si no quieres escucharlo, no lo escuches; si no quieres seguirlo, no lo sigas. No está predicando ninguna idea peligrosa a la gente».

Poncio Pilatos quería dejarlo ir. Intentó convencer a los sacerdotes de que debían dejarlo en libertad porque le parecía inocente. Pero los judíos no estaban dispuestos soltarlo, y resultó ser un grave error. ¡Ellos son los responsables de la aparición del cristianismo! Por lo tanto, en el fondo, los judíos son responsables de todo el derramamiento de sangre que ha causado el cristianismo. Y el cristianismo se ha tomado la revancha torturando a judíos, matando a judíos, convirtiéndolos en vagabundos. Ocurre desde hace siglos.

¿Quiénes fueron las personas que se hicieron cristianas? Unos cuantos judíos que sintieron la inocencia de la persona pero que temían al clero, a la jerarquía religiosa en el poder. Pero mucha más gente fue crucificada en Roma, y después muchos más se hicieron cristianos. Los romanos, que ahora son italianos, empezaron a sentirse culpables de que la gente fuera crucificada sólo por involucrarse con Jesús y sus enseñanzas. Al final, el Imperio Romano desapareció y todo su territorio se volvió cristiano. Y desde allí empezó a expandirse por todo el mundo.

El sentimiento de culpa es imprescindible para ser cristiano, para ser una persona religiosa falsa. La verdadera religiosidad no surge de la culpa sino del silencio, del amor,

de la meditación.

Es cierto que las personas que están en el poder son capaces de destruir al mundo con tal de no perder su poder. Yo puedo entender su lógica; puede que ellos no sean conscientes de ella. Su lógica es: «Como vamos a morir de todas formas, ¿qué más da que muera el mundo? Como nuestra muerte es segura, ¿a nosotros qué nos importa si después el mundo sobrevive o no? Mientras estemos aquí, estaremos en el poder, y no hay por qué preocuparse por lo que ocurrirá en el mundo si estalla una Tercera Guerra Mundial».

La lógica inherente es que el día que alguien muere, todo el mundo muere para él. Un día, tú no existías; que el mundo existiera o no, no suponía ninguna diferencia para ti. Un día, no existirás; que el mundo exista aquí o haya desaparecido por las armas nucleares, no supondrá ninguna diferencia para ti. Lo único que a ellos les importa es estar en el poder porque quieren demostrar al mundo entero que son los más poderosos.

En medio de todo este pesimismo sobre el futuro del mundo, y a riesgo de sonar ridículo, a mí, honestamente, me da igual si el mundo se acaba mañana. Por lo tanto, ¿qué sentido tiene hablar de ello y alimentar el ya masivo fuego de pesimismo que parece arder eternamente en la depresiva mente del ser humano? Ya está bien. Yo entiendo que es «ahora o nunca», así que hagámoslo ahora. ¡Bailemos!

Es fácil decir «honestamente, no me importa el mundo», pero deja que tu corazón lo sienta. El mundo no es algo que sólo esté fuera de ti; el mundo también está dentro de ti. Tú eres el mundo.

Para que tu elección sea «ahora» y dejes de posponer, este tema de la oscuridad que se va acercando más y más hay que tomárselo en serio. Es verdad, «ahora o nunca», pero hay muy pocas personas en el mundo que viven ahora. Siempre están viviendo, o bien en el ayer, o bien en el mañana.

¿Por qué estoy insistiendo en que por primera vez hay una posibilidad de que no exista un mañana? Hay un viejo proverbio que dice: «El mañana nunca llega». Pero es sólo un proverbio; y a pesar de él, el mañana ha seguido llegando. Puede que no llegue como mañana; siempre llegará como hoy; en ese sentido, el proverbio es cierto. Pero, en la actualidad, la situación es totalmente distinta: puede que en verdad no llegue el mañana.

Quiero que cale profundo en tu ser que hemos llegado al final del camino; y no queda

más que bailar. Lo estoy sacando de tu mente; que está muy involucrada con los mañanas. Aunque digas que entiendes que quizá el mundo se acabe mañana, en el fondo, tu mente sigue diciendo: «Ha habido miles de guerras, y el mundo ha sobrevivido. Una guerra más no cambiará mucho las cosas».

La mente es muy buena encontrando excusas, pensando que una cosa u otra impedirá la destrucción. Y no estoy diciendo que no se deba impedir la destrucción. Lo que estoy diciendo es que para que toda tu energía converja en el ahora, y no esté esparcida en el futuro, en tu mente no deberían quedar excusas para el aplazamiento. Y si toda la energía se concentra en el ahora, este momento puede convertirse en el momento de la iluminación.

La iluminación no es otra cosa que tu conciencia centrada en un único punto: aquí y ahora.

Tú dices: «Ya está bien». No. Conociendo la mente humana, nada es suficiente. La gente seguirá viviendo de la misma antigua forma inconsciente, esperando contra toda esperanza que aunque siempre haya habido gente como Jesús y Buda prediciendo el fin del mundo, el mundo todavía siga ahí.

Esta vez, la situación es totalmente distinta. Yo no auguro el fin del mundo; sólo se está volviendo tan seguro, de manera tan lógica, que no parece haber posibilidades de evitarlo. Pero yo no tengo interés en evitarlo —si puede evitarse, se evitará—, en lo que tengo interés es en dejarte muy claro que no puede evitarse y que no tienes ningún futuro en el que invertir, que tienes que hacer regresar toda tu energía al momento presente. Y en el momento en que toda la energía se congrega aquí y ahora, hay una explosión de luz y, por primera vez, eres absolutamente tú mismo; un ser eterno, un ser inmortal que no sabe nada de la muerte, que nunca se ha encontrado con ninguna oscuridad.

Dices: «Así que hagámoslo ahora. Bailemos». Sin embargo, tu danza tiene que ser total; porque puedes bailar y seguir pensando en el futuro; puedes bailar y seguir pensando que mañana volveremos a bailar.

Baila como si se tratara del último baile. Baila con abandono, poniéndolo todo. Eso traerá transformación a tu ser, y también posibilidades de transformación para otras personas.

En su discurso, un político dice:

—Queridos electores, tenemos que restablecer el *statu quo*.

—¿Qué significa «*statu quo*»? —grita un hombre desde el público.

El político, en un raro rasgo de honestidad, responde:

—En realidad, es latín y quiere decir: «el lío en el que estamos».

En la superficie parece que todo va a la perfección, pero por dentro hay una gran tormenta en las capas inconscientes de los seres humanos. Tú ni siquiera te das cuenta de tus pesadillas inconscientes, pero la humanidad está sufriendo como no ha sufrido nunca antes. Está más intranquila que nunca. Ha olvidado el lenguaje de la relajación, ha olvidado el lenguaje de la totalidad, ha olvidado el lenguaje de la intensidad. Y todas esas cualidades son necesarias para hacer que tu meditación sea una revolución en tu ser.

No es cuestión de moralidad, ni de carácter ni de virtud; las religiones llevan miles de años implicadas en esas cosas y no han conseguido cambiar al hombre. Es un enfoque por completo distinto, una dimensión diferente: la dimensión de la energía y la concentración de la energía.

La energía atómica es la explosión de un pequeño átomo en los electrones, protones y neutrones que lo constituyen —no es visible a los ojos, pero la explosión es tan gigantesca que puede destruir una gran ciudad como Nagasaki o Hiroshima—, la explosión interna de la célula viva es exactamente igual. La energía atómica es externa y destructiva, objetiva y destructiva.

La energía interna, la célula subjetiva de tu ser, posee las mismas cualidades, el mismo enorme poder cuando explota; pero es creativo. Es una reacción en cadena: dentro de ti estalla una célula y las demás empiezan a estallar. Toda la vida se convierte en un festival de luces. Cada gesto se convierte en una danza; cada movimiento, en pura dicha.

Mi énfasis en que no hay futuro no tiene nada que ver con el pesimismo; tiene que ver contigo. Si puedes deshacerte inmediata y totalmente de la idea del futuro, tu iluminación se vuelve posible. Y es una buena oportunidad para deshacerse de la idea del futuro porque el propio futuro está desapareciendo. Pero ni siquiera en algún rincón de tu mente conserves la idea de que quizá esto también sea una estratagema. Ésas son estrategias de la mente para que sigas siendo el mismo zombi.

La mente es muy lista. Si quieres levantarte temprano por la mañana, pones un despertador y oyes la alarma... La mente es tan lista que puede empezar a soñar que estás en una iglesia en la que están sonando las campanas. El pobre despertador no puede hacer más de lo que está haciendo; la mente ha creado un sueño y ha conseguido que puedas seguir durmiendo.

Las viejas religiones insistían básicamente en una cosa: en el futuro. Deberías tenerlo en cuenta; no sólo en el futuro en esta vida, sino incluso después de la vida; todo su programa consistía en utilizar tu energía como un proyecto para asegurar una vida futura, después de la muerte, en el paraíso, muy, muy lejos. Esta estrategia funcionó; le quitó toda la gracia a la vida humana. La gente sólo esperaba vivir en el paraíso; este lugar, esta tierra, se convirtió en una sala de espera de una estación en la que todo el mundo

está esperando el tren. Pero el tren nunca llega, y la gente sigue consultando la tabla de horarios.

Y la gente tampoco mejora la sala de estar, porque es sólo eso. He viajado muchísimo por India, he estado en cientos de salas de espera y me he dado cuenta de que la gente se comporta de forma diferente ahí que en una casa. Comen plátanos y tiran la cáscara en cualquier sitio; después de todo, es sólo una sala de espera; no van a vivir ahí. Su tren llegará y partirán. Las salas de espera están muy sucias, los baños están imposibles y nadie se preocupa de no ensuciarlos aún más; porque todos tienen los ojos pegados al futuro. Están consultando su tabla de horarios para ver a qué hora debería llegar su tren, y después se irán.

Todas las escrituras religiosas dicen que este mundo no es más que una sala de espera; tu verdadero hogar está lejos, sobre las nubes. *Allá* está la verdadera vida; aquí sólo se espera.

Yo estoy intentando cambiar por completo el patrón del pensamiento religioso. Estoy intentando decirte: *Éste* es tu hogar; este mismo momento es tu paraíso. Todo depende de ti. Para bailar con totalidad no necesitas ser virtuoso, ni culto, ni piadoso. Para bailar con totalidad, lo único que necesitamos es aceptar la realidad de este momento. Cuando llegue el momento siguiente, aceptaremos su realidad, pero no lo estaremos esperando.

Todas las religiones te han estado enseñando a esperar. Yo enseño a vivir, a amar, a bailar, a cantar; y no esperes.

Has hablado sobre el instinto, la inteligencia y la intuición como representantes de tres niveles de conciencia. ¿Puedes arrojar algo de luz sobre la política y dónde encaja en esos tres niveles?

El mundo de la política es, en lo básico, del nivel instintivo. Forma parte de la ley de la jungla: la ley del más fuerte. Y las personas que se interesan por la política son las más mediocres. La política sólo puede ser descrita de una forma: un profundo sentimiento de inferioridad.

La política casi puede reducirse a una regla matemática: política es igual a deseo de poder.

Friedrich Nietzsche incluso escribió un libro sobre esto, *En torno a la voluntad de poder*. Es muy significativo porque el deseo de poder se expresa de muchas formas. Así que por política tienes que entender no sólo la política que se conoce con ese nombre. Cuando alguien desea poder, está siendo político. No tiene por qué estar relacionado con el estado, el gobierno y ese tipo de cosas.

Para mí, el término *política* abarca mucho más de lo que se entiende generalmente. A lo largo de la historia, el hombre ha intentado utilizar una estrategia política con las mujeres: que ella es inferior a él. Y el hombre incluso convenció a la propia mujer. Pero como estaba indefensa, la mujer tuvo que ceder a esta horrible idea, que es completamente absurda. La mujer no es ni inferior ni superior al hombre. Son dos categorías de humanidad diferentes; no se les puede confrontar. La comparación en sí es pura necedad, y si empiezas a compararlas, te meterás en problemas.

¿Por qué en todo el mundo la mujer ha sido declarada inferior por el hombre? Porque ése era el único modo de tenerla cautiva, de convertirla en una esclava. Era más sencillo. Si hubieran sido iguales, habrían surgido problemas; tenían que condicionarla con la idea de que era inferior. Y las razones que adujeron fueron que su fuerza muscular era menor; que era más baja; que no había creado ninguna filosofía, ninguna teología; que no había fundado ninguna religión; que no habían sido grandes artistas, músicas, pintoras. Eso es señal de que no tiene la suficiente inteligencia, ella no es intelectual, no le interesan los grandes problemas de la vida; su cometido es muy limitado, sólo es una ama de casa.

Claro, exponiéndolo de esta forma, es fácil convencer a la mujer de que es inferior. Pero es una forma muy sibilina. Hay otras cosas que también deben ponerse en la balanza. La mujer puede dar a luz a un niño, el hombre no. No hay duda de que el varón es inferior; no puede ser madre. La naturaleza no le ha otorgado tanta responsabilidad porque sabe que el hombre es inferior; la responsabilidad se le da al superior. La naturaleza no le ha dado una matriz al hombre.

En realidad, su función al dar vida a un niño no es mayor que la de una inyección; una función muy momentánea. La madre tiene que llevar dentro al niño durante nueve meses y soportar todas las molestias que ello conlleva. ¡No es una tarea fácil! Y luego dar a luz... es casi como pasar por una agonía de muerte. Después, tiene que seguir ocupándose de la criatura durante años, y antiguamente estaban siempre teniendo hijos. ¿Qué tiempo se le ha dejado para convertirse en una gran música, una gran poetisa, una gran pintora? ¿Le has dejado tú algún tiempo? Siempre estaba embarazada o cuidando de los hijos que había tenido. Se ocupaba de la casa para que tú pudieras dedicarte a cosas más elevadas.

Intercambia tus tareas durante un día, sólo durante veinticuatro horas: deja que ella se dedique a contemplar, a hacer poesía o música; y durante esas veinticuatro horas, tú ocúpate de los niños, de la cocina, de la casa. Entonces verás quién es superior. Sólo necesitarás veinticuatro horas para darte cuenta de que ocuparse de tantos niños es como estar en un manicomio.

Los niños no son tan inocentes como parecen. Son más traviosos de lo que uno se imagina, hacen toda clase de diabluras. No te dejan ni un momento; quieren atención

continuamente; puede que sea una necesidad natural. La atención es nutrición.

Pasa un solo día cocinando para la familia e invitados y sabrás que has experimentado el infierno durante veinticuatro horas. Te olvidarás de la idea de que eres superior. Porque durante veinticuatro horas no pensarás ni por un instante en teología, filosofía o religión.

Analízalo desde otros puntos de vista: la mujer tiene menos fuerza muscular, porque durante millones de años no se le han asignado las tareas que producen músculos. Yo he visitado tribus de aborígenes en India en las que la mujer es musculosa y el hombre no. Así que no se trata de algo natural sino cultural. Pero a las mujeres no se les ha encomendado el trabajo muscular durante tanto tiempo que sus cuerpos, poco a poco, naturalmente, han ido perdiendo su desarrollo muscular.

Pero en estas tribus aborígenes, el hombre es casi una ama de casa y la mujer, en realidad, es el marido, porque es quien va a trabajar. Ella corta la leña y caza para comer, mientras que el hombre se dedica, simplemente, a estar sentado, beber alcohol, holgazanear y sólo se ocupa de los niños y la casa. Y como lleva siglos haciéndolo, naturalmente, se ha debilitado, ha perdido sus músculos. Por extraño que parezca, al perder la fuerza muscular, su estatura también se ha reducido; la mujer es más alta.

La primera vez que entré en una tribu así, no podía creer lo que estaba viendo. Nunca había imaginado que pudiera tratarse de algo cultural, que no tuviera nada que ver con la naturaleza. Pero ¿por qué los hombres de estas tribus aborígenes optaron por este sistema? También es truculento; porque en esas tribus, los hombres pueden tener todas las mujeres que quieran. ¡Es maravilloso! Un hombre se casa con cinco o seis mujeres, y luego él puede relajarse, beber, y las mujeres tienen que trabajar.

Las mujeres han realizado toda clase de labores que se supone que deberían realizar los hombres. Como es natural, se han vuelto más fuertes. Y, sorprendentemente, es la mujer quien toca los instrumentos musicales, quien baila, quien se dedica a hacer artefactos hermosos, esculturas. Todo lo hermoso que se hace, lo hace la mujer. Es ella quien hila y teje las telas con hermosos diseños.

En esas tribus, el hombre no ha hecho nada; durante generaciones y generaciones, no ha hecho nada creativo. Ha llevado una vida de borracho, y como siempre está borracho, ni siquiera puede ocuparse de los niños ni de hacer la comida. Así que cuando las mujeres vuelven a casa, también tienen que hacer la comida y ocuparse de los niños, recogerlos de donde sea que estén; porque el marido está acostado. Y puede permitirse estar tumbado por la única gran cosa que ha hecho en su vida: casarse con seis o siete mujeres. ¿Qué más puede esperarse de él? Ya ha hecho su trabajo.

En estas tribus aborígenes hay una organización matriarcal, las mujeres son las jefas de la sociedad. Un comité de mujeres decide sobre los problemas que afectan a sus

vidas. No son los hombres quienes poseen el poder de decisión.

Tienes que verlo desde otros ángulos. La mujer es más resistente a las enfermedades que el hombre. En la actualidad, eso es un hecho demostrado por la ciencia. Las mujeres enferman menos que los hombres; viven más tiempo, cinco años más. Esta sociedad ha sido muy poco inteligente al decidir que el marido debe ser cuatro o cinco años mayor que la mujer; sólo para que el marido pueda demostrar que tiene más experiencia, que es mayor, y así mantener intacta su superioridad. Pero teniendo en cuenta su esperanza de vida, no es lo correcto, porque la mujer vivirá cinco años más. Considerando esto, el marido debería ser cinco años más joven que la esposa para que mueran al mismo tiempo, o casi al mismo tiempo.

Por un lado, el marido tiene que ser cuatro o cinco años mayor, y por el otro, en muchas sociedades a la mujer no se le ha permitido volver a casarse. Que las mujeres puedan volver a hacerlo, y sólo en los países más desarrollados, es un progreso reciente. Y como no se les permite, tendrán que vivir al menos diez años de viudez. Teniendo en cuenta la esperanza de vida, es un disparate, una aritmética errónea. ¿Por qué condenar a una pobre mujer a diez años de soledad? Lo ideal sería que la mujer fuera cinco años mayor que el hombre. Eso zanjaría la cuestión. Morirían más o menos al mismo tiempo. No tendría que haber ni viudos ni viudas ni todos los problemas que eso genera.

Pues bien, considerando que la mujer vive cinco años más que el hombre, ¿quién es superior? Si enferma menos, si tiene más resistencia, ¿quién es superior? El índice de suicidios es 50 % mayor en los varones. Lo mismo ocurre con la locura: se vuelven locas la mitad de las mujeres que de los hombres. Pero estas cualidades no se han considerado nunca. ¿Por qué?

¿Por qué se suicidan el doble de hombres que de mujeres? Por lo visto, el hombre no tiene paciencia con la vida. Es demasiado impaciente, demasiado ansioso, expectante, y cuando las cosas no van como él quiere, decide acabar consigo mismo. Se frustra muy pronto. Eso muestra una debilidad: la falta de coraje para afrontar los problemas de la vida. El suicidio es un paso cobarde. Eso es huir de los problemas, no resolverlos.

La mujer tiene más problemas. ¡Los propios y los que le crea el hombre! Tiene el doble de dificultades, y aun así se las arregla para afrontarlas con valor. ¿Sigues pensando que ella es más débil? ¿Por qué se vuelven locos el doble de hombres que de mujeres? Eso es una clara prueba de que el intelecto del hombre no está hecho de un material resistente; se rompe con mucha facilidad.

Pero, ¿por qué se ha insistido en que la mujer es inferior?

Es política. Es un juego de poder.

No puedes llegar a ser el presidente de un país... no es fácil, porque hay mucha competencia. No puedes ser un mesías porque no es fácil; en cuanto piensas en hacerte

mesías, aparece en la mente la crucifixión. Hace unos días vi un cartel publicitario de alguna misión cristiana en busca de nuevos reclutas; se veía a Jesús colgado en la cruz. El anuncio decía: «Se necesita coraje para ser sacerdote». ¡Un gran eslogan! Pero eso significa que aparte de Jesús, ¿qué hay del resto de los sacerdotes cristianos? No son verdaderos sacerdotes, ese anuncio lo demuestra con claridad. Sólo ha habido un sacerdote.

¿Todos estos papas, cardenales y obispos, qué son? Éstos no son sacerdotes... porque cuando Jesús proclamó sus ideas, la respuesta que recibió fue la cruz. Pero cuando estos papas van por el mundo, son recibidos con alfombra roja y cálidas bienvenidas de presidentes de países, de primeros ministros, de reyes y reinas. ¡Esto es extraño! Uno no debería ser descortés con papas y obispos; sí, declarar que no son sacerdotes es una descortesía. En lugar de ello, ¡habría que crucificarlos! Ésa sería la única prueba definitiva de que son auténticos cristianos. Crucifica a tantos sacerdotes como puedas. No lo estoy diciendo yo, lo están diciendo ellos. Fueron ellos quienes expusieron ese anuncio que decía «se necesita coraje», con una imagen de Jesús en la cruz.

Es muy fácil ser político. No es necesario estar implicado en los asuntos del gobierno, del estado. Cualquier juego de poder te convierte en político. La esposa intenta ser superior al marido... simplemente porque la esposa no puede aceptar la idea de ser inferior. A pesar de que haya sido condicionada durante millones de años, ella encuentra la forma de sabotearlo.

Ésa es la razón por la que las mujeres siempre se están quejando, tienen rabietas, empiezan a llorar por cualquier cosa insignificante, montan un drama por cualquier motivo; por cosas que nunca te habrías imaginado que pudieran originar un drama. ¿Por qué ocurre todo eso? Ésa es la forma femenina de sabotear tu estrategia política: «¿Crees que eres superior? Sigue pensando que eres superior, que yo te enseñaré quién es superior». Y todos los maridos saben quién es superior; aun así, siguen intentando ser superiores. Al menos cuando sale de casa, se endereza, se coloca el nudo de la corbata, sonríe y sigue como si todo estuviera bien.

En una pequeña escuela, el maestro preguntó a los estudiantes:

—¿Alguien puede decirme qué es aquello que entra como un león y sale como un cordero?

Un niño levantó la mano.

—Sí, ¿cuál es tu respuesta? —pidió el maestro.

—Mi padre —contestó el niño.

Los niños son muy observadores. Se fijan en lo que ocurre. El padre llega a la casa al final del día casi como un león, pero desde que entra a la casa hasta que se vuelve a ir es

un cordero. Todos los maridos son condescendientes. No existe otro tipo de maridos. Pero, ¿por qué? ¿Por qué ha surgido esta fea situación? Hay una forma masculina y una forma femenina de política; y ambas intentan estar por encima de la otra.

Y lo mismo sucede en todas las demás áreas; por ejemplo, en la universidad. El interino quiere ser asistente de profesor, el asistente de profesor quiere ser profesor, el profesor quiere ser decano, el decano quiere ser rector; hay una lucha constante por el poder que uno piensa que no debería existir, al menos en la educación. Pero a nadie le interesa la educación, lo que les interesa es el poder.

En religión ocurre lo mismo: el obispo quiere ser cardenal, el cardenal quiere ser papa. Todo el mundo está en una escalera intentando ascender, y todos tiran de las piernas de los que están por encima para hacerlos caer, y empujan a los de abajo para impedirles subir a su nivel. Eso mismo está sucediendo en cada peldaño de la escalera: unos tiran de las piernas de otros, mientras otros les dan patadas y puñetazos para mantenerlos lo más abajo posible. ¡Si sólo eres un espectador, toda la escalera es un circo! Y esto está ocurriendo en todas partes, en todo el mundo.

Así que para mí, la política es un afán de demostrar que eres superior. Pero, ¿por qué? Porque, en el fondo, te sientes inferior. Y el hombre de instinto ha de sentirse inferior; *es* inferior. No se trata de un «complejo de inferioridad»; es un hecho, una realidad; es inferior. Vivir una vida de instinto es vivir en los niveles más bajos posibles de la vida.

Si entiendes la lucha, la pelea por ser superior, y te sales de ella; si simplemente dices: «Soy yo mismo, ni superior ni inferior...» Si sólo te pones a un lado y observas todo el espectáculo, habrás entrado en el segundo mundo, el de la inteligencia y la conciencia.

Es cuestión de comprender esta podrida situación en la que el mundo está atrapado. Sólo tienes que dedicarle un poco de observación, paciente a la situación: «¿Qué está ocurriendo? Y aunque alcance los peldaños más elevados de la escalera, ¿qué sentido tiene?». Estás ahí, colgado en lo alto del cielo, pareces un loco. Ya no queda ningún lugar adonde ir.

Por supuesto, no puedes bajar porque la gente se reiría, empezaría a tomarte el pelo: «¿Adónde vas? ¿Qué ha ocurrido? ¿Te han derrotado?» Tampoco puedes bajar ni ir a ninguna otra parte porque ya no quedan más peldaños, así que estás colgado en lo alto del cielo fingiendo que has llegado, que has alcanzado la meta de tu vida. ¡Pero tú sabes que no has encontrado nada! Sólo has sido un necio que ha malgastado su vida. Ya no hay forma de subir; y si bajas, todos se reirán de ti.

Así que todo aquel que llega a presidente o a primer ministro de un país, desea fervientemente una cosa: morir en su puesto. Porque hacia abajo no puede ir; eso sería insultante, humillante. Y ya no puede subir más. Está atascado; sólo la muerte puede

liberarlo del dilema.

Uno de los primeros ministros de Madhya Pradesh y yo manteníamos una buena amistad. Yo era muy joven, pero él me apreciaba y le gustaba discutir cosas conmigo. Yo muchas veces le sugería:

—Deberías discutir con personas entendidas en política. Yo no sé de política.

—Por eso discuto contigo —contestaba—; porque no puedo contarle estas cosas a nadie más. Sólo puedo contártelas a ti porque sé que no se lo dirás a nadie; en realidad, no podrías deducir cuál es el problema. Pero cuando hablo contigo me siento aliviado.

—De acuerdo —le decía yo—, si te sientes aliviado estoy dispuesto a escuchar.

El problema básico que surgía una y otra vez era el siguiente: «Lo único que espero es morir como primer ministro. No quiero morir jubilado».

—Pero, ¿qué atractivo tiene morir estando aún en el poder? —le preguntaba yo—. Puedes relajarte, jubilarte; ya eres bastante mayor.

—Nunca me sugieras eso —se enojaba él—, quedarme sin poder sería una humillación. En cuanto pierdes el poder, todo el mundo se olvida de ti. Yo quiero morir con todos los honores de un primer ministro; honrado por el ejército, el gobierno, la policía; con todos los honores correspondientes.

Era el primer ministro de Madhya Pradesh, y siguió enganchado hasta el final. Murió estando todavía en el cargo, y estaba muy feliz.

Un día antes de su muerte, fui a visitarlo.

—¿Cómo te encuentras? —quise saber.

—Estoy muy contento —respondió— porque parece que ha llegado la hora y todavía estoy en mi puesto.

Parece algo triste. Ese hombre había luchado toda su vida para llegar a ser primer ministro. Sólo era un maestro de escuela. Fue un largo camino para un profesor de universidad, tuvo que pasar por encima de todos los políticos; y todos ellos eran grandes, astutos y listos, intentaron impedirselo por todos los medios posibles. Pero él se lo había propuesto y, finalmente, lo consiguió.

Pero desperdició toda su vida sólo para recibir una gran celebración, con un desfile militar, una salva de veintiún cañonazos y siete días de luto en todo el Estado. En su honor, todas las banderas estuvieron a media asta durante siete días. Pero, ¿qué sentido tiene? ¡Él ya está muerto! Que lo tires a un camión de basura o que hagas todo eso, qué más da. Vivió y murió sólo para este honor militar.

Si lo observas te sorprenderás; debe haber alguna locura en la mente del hombre que lo empuja continuamente a seguir subiendo y subiendo.

Yo estoy seguro de que el primer hombre que llegó a la cima del Everest no fue el que todo el mundo cree. El hombre que en realidad llegó el primero, el mundo apenas lo

conoce, porque sólo era un guía *sherpa*. Se llamaba Tensing; era nepalí, un hombre pobre. Él llegó primero... porque era un lugar muy inseguro. Ya habían muerto cientos de personas intentando alcanzar la cima del Everest. Por supuesto, el hombre que organizaba y sufragaba los gastos de la expedición no iba a ser el primero en arriesgarse, porque el Everest es sólo una cima. Sólo una persona puede estar allí y, además, no por mucho tiempo, por la gran fuerza del viento y la altitud. Así que el pobre ayudante lo intentó primero, y cuando vio que era seguro, regresó. Entonces, el gran explorador y “primer” hombre que llegó a la cumbre del Everest, Edmund Hillary, fue hasta allí y posó para la foto. Y colocó las banderas de Gran Bretaña, India y Nepal, porque los tres países habían participado. Así que dejó tres banderas pero él mismo no estuvo allí más de diez minutos; quedarse más tiempo era peligroso.

Pero al hombre pobre que en realidad fue el primero en llegar, la historia apenas lo mencionará. Y, por supuesto, Hillary le dio el dinero suficiente para que mantuviera la boca cerrada. Abrió un gran instituto y nombró a Tensing director de éste para enseñar a la gente a escalar montañas, el arte del montañismo. Pero esas cosas no pueden ocultarse; porque Tensing no estaba solo, había al menos otros cincuenta cargadores que acarreaban todo el equipo, tiendas, comida, ropa. Ellos también fueron testigos de quién llegó primero. Todos fueron sobornados, pero cuando hay cincuenta testigos de algo así, es muy improbable que el rumor no se extienda.

Yo conocí a una de las personas que formaba parte del equipo, y me contó: «Ésa es la verdad; pero somos gente pobre, somos simples porteadores. Es como cuando dos ejércitos luchan, los soldados se matan unos a otros, un bando gana y el otro pierde, pero el honor de la victoria es siempre para el comandante que, en verdad, nunca lucha, se queda muy por detrás de los soldados, mantiene una distancia prudente para poder ser el primero en huir en cuanto haya la menor señal de peligro. Cuando llega la victoria, es él quien recibe las medallas y los honores. Pero así es cómo funciona el mundo —y concluyó—: somos gente pobre y no protestamos porque nos dio bastante dinero».

El hombre está continuamente intentando ser, a toda costa, alguien más elevado, especial, superior; eso es pura política. Y, en mi opinión, sólo le interesa a la gente mediocre. La gente inteligente tiene cosas más importantes que hacer. La inteligencia no se puede malgastar en luchas políticas feas, sucias, de tercera clase. Sólo personas de tercera clase llegan a ser presidentes, primeros ministros. Una persona inteligente no se distraerá por dicho desierto, que no lleva a ninguna parte, ni siquiera a un oasis.

Así que en el nivel instintivo, la política es «la ley del más fuerte»; la ley de la jungla. Adolf Hitler, Joseph Stalin, Mussolini, Bonaparte, Alejandro, Tamerlane; todas estas personas están más cerca del lobo que del ser humano.

Si queremos una verdadera humanidad en el planeta, debemos tachar todos esos

nombres. Debemos olvidar que esas personas han existido; fueron pesadillas. Pero inexplicablemente, la historia está llena de gente de esa clase.

Sólo asistí una vez a clase de historia en mi colegio. Cuando fui a recoger los formularios para mis clases, el director me preguntó:

—¿Qué materias quiere estudiar? Puede elegir cuatro asignaturas.

—Rellenaré el formulario, lo firmaré y depositaré la cuota —contesté—, pero me gustaría conocer un poco a todos los profesores que están dando clase; porque para mí, el maestro es más importante que la asignatura que enseña. Y además tengo que familiarizarme un poco con las materias que dan.

—Esto no tiene precedente —me dijo—. Antes de entrar en el colegio, hay que rellenar el formulario.

—Tendrá que hacer una excepción —insistí—; si no, tendré que presentarme ante el comité que dirige este colegio para convencerlo. ¿Cómo voy a elegir una asignatura que no conozco? No pido mucho; sólo una pequeña muestra de cada una de las asignaturas disponibles. Pido dos semanas de tiempo: iré recorriendo todas las aulas, y todas las materias disponibles; eso me dará una ligera idea de ellas, de los alumnos y del profesor, y entonces rellenaré los formularios.

—De acuerdo —asintió él—, pero no lo comente. No se lo diga a nadie, porque creo que convencería al comité, y esta idea se extendería entre los otros estudiantes.

—Obviamente —repliqué sin dudar—, porque incluso cuando una persona va al mercado a comprar una simple olla de barro, va a unas cuantas tiendas, toca y siente.

En aquellos tiempos, en India, una hermosa olla de barro costaba uno o dos peniques, pero aun así comprobabas si tenía algún agujero. Si tenía, sonaba de una manera; si presentaba alguna grieta, tenía un sonido diferente.

Cuando no tienen ningún defecto, tienen un sonido musical.

—Incluso por una olla de barro de dos paisas —continué—, la gente busca por todo el mercado. ¡Y yo voy a decidir sobre cuatro años de mi vida! ¿Quiere que rellene los formularios sin saber qué estoy haciendo?

—De acuerdo —respondió el director—, lo dejaré en mi archivo. Puede andar por ahí durante dos semanas, pero no cause ningún problema, porque si me descubren con este formulario sin rellenar, el que tendría problemas sería yo.

—No se preocupe —le dije.

La primera clase a la que asistí fue historia, porque, por casualidad, fue la primera aula que me encontré al entrar en el edificio. Así que me dije: «De acuerdo, esto está bien; comenzar con historia». El profesor estaba haciendo una introducción general en la que sólo hablaba de los siguientes idiotas: Nardirshah, Tamerlane, Gengis Kan, Babur, Humayun, Aurangzeb, todos los invasores de India. Entonces le pregunté:

—¿Qué está haciendo, enseñándonos o recordándonos que hemos nacido para ser esclavos? ¿Nos está enseñando historia o nos está recordando que llevamos miles de años siendo esclavos y siempre vamos a ser esclavos? Obviamente, porque aun siendo un país tan grande, India ha sido conquistada por pequeños ejércitos bárbaros e incivilizados.

»Si aún le queda algo de dignidad —proseguí—, por favor, detenga este disparate. ¿No puede encontrar algo que le dé dignidad al hombre, que lo haga sentir que el pasado no ha sido sólo idiotez y estupidez, algo del pasado que le haga sentir que ha heredado algo de belleza, de grandeza, y que le dé esperanzas para el futuro?

—¿Ha venido usted a cambiar todo el plan de estudios? —me preguntó él.

—Absolutamente —afirmé—, porque sólo entonces podré estudiar aquí. He venido a comprobar si es digno de la pérdida de tiempo, pero todas estas pesadillas... ¿Qué tiene que ver Nadirshah conmigo? Y, ¿por qué habría de interesarme? Hay cosas mucho más hermosas. ¿No puede hablar de Buda, de Bodhidharma Nagarjuna, de Shankara, de Parshwanath, de Mahavira, de Vasubandhu? ¿No puede hablar de esas personas?

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Nunca he oído esos nombres! ¿Vasubandhu? Yo tengo un título de doctorado en Historia, pero ¿Vasubandhu? Nunca he oído ese nombre.

—Entonces, baje, siéntese aquí y yo hablaré sobre Vasubandhu —le propuse—. Y ése no es el único nombre que usted no conoce. Le diré unos cuantos más que tampoco conoce. ¿Conoce a Dharmakirti? ¿Conoce a Chandrakirti?

—No —contestó—. ¿Se está usted inventando esos nombres?

—No me los estoy inventando —aseguré—; son nombres de personas *reales*. Pero ellos no figuran ni en sus notas porque nunca mataron a nadie, ni invadieron ningún país, ni construyeron ningún imperio. Nunca masacraron a personas ni las sacrificaron, no violaron a mujeres, no quemaron a gente viva.

¿Qué es la historia? Tan sólo recortes de periódicos de tiempos antiguos. Si ayudas a alguien, ningún periódico publicará la historia; si matas a alguien, estarás en todos los diarios. ¿De qué trata su historia sino de esas personas que sólo han sido un fastidio, que han dejado heridas en la conciencia humana? ¿A eso lo llamas historia?

—Si la historia es eso —le dije al profesor—, entonces no es para mí, porque yo tengo una dimensión de historia diferente. Lo que usted está enseñando, en realidad, es historia de la política. Debería cambiarle el nombre a su asignatura. Esto no es historia, esto es historia política. Y yo le estoy hablando de la historia de la inteligencia humana y, en definitiva, de la historia de la iluminación humana.

Se quedó estupefacto. Se dirigió a la clase:

—En este momento, no estoy en posición de decir nada. Antes, tengo que hablar con el director de este muchacho.

—No hace falta molestar al director —afirmé—; ya he hablado con él; él sabe qué estoy haciendo. Además, no volveré nunca más, así que no tiene por qué preocuparse; siga enseñando la historia de esos idiotas. Sólo tiene esa basura en su mente. Es muy extraño que las verdaderas flores de inteligencia ni siquiera se mencionen.

Me resultó muy difícil encontrar algo sobre esa gente. Tuve que buscar en infinidad de bibliotecas para encontrar algo más sobre esas personas, que son los verdaderos creadores; ellos pusieron los cimientos. Pero sólo conocemos un tipo de mundo, el mundo en el que poder es lo correcto.

No; en el segundo nivel, lo correcto es poder. La inteligencia cree en descubrir qué es lo correcto.

No hace falta luchar con espadas o bombas ni matarse unos a otros, porque el poder no demuestra que algo sea correcto. ¿Crees que si Muhammad Ali boxeara con Gautama Buda...? Está claro que lo vencería en el primer asalto; no habría un segundo encuentro. Con un golpe sería suficiente. ¡El pobre Buda caería inconsciente! Y, a la vista de la situación, el mismo Gautama empezaría a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. No esperaría a que contara el árbitro. No se movería de la lona; tumbado sobre la lona, contaría hasta diez y diría: «Se acabó; has ganado».

Pero el poder no demuestra que tengas razón. Es perfecto para el mundo de los animales y el mundo de los instintos. La inteligencia invierte la relación. Lo correcto es poder; y qué es lo correcto, lo ha de decidir la inteligencia, la lógica, la razón, los argumentos.

Es lo que hizo Sócrates cuando fue llevado a juicio en Atenas. Estaba dispuesto a contestar a todo aquello que los miembros del jurado y los jueces le quisieran preguntar. «¿Qué crímenes he cometido? —quiso saber él—. Enumérenlos uno a uno; estoy listo para responder a los cargos». Pero ellos sabían que era imposible discutir con ese hombre. Pero acusándolo de delitos ambiguos, pensaron que quizá Sócrates no podría responder. Y aunque lo hiciera, no convencería a los miembros del jurado, porque sería totalmente contrario a su condicionamiento.

La primera acusación a Sócrates fue: «El mayor de los crímenes que has cometido ha sido corromper la mente de la juventud».

—Eso es verdad —respondió Sócrates—, pero no es un delito. Y a lo que ustedes llaman “corrupción” yo lo llamo “creación”. Ustedes han corrompido la mente de esas personas; ahora, yo tengo que destruir esa corrupción. Y si lo que dicen es cierto, ¿por qué no fundan una escuela y una academia como he hecho yo? Entonces, la gente podrá elegir y decidir quién tiene razón.

Cuando Sócrates fundó su academia, casi todas las demás escuelas de Atenas se quedaron vacías, porque cuando el maestro es un hombre como Sócrates, ¿quién puede

competir? De hecho, todos los profesores de las otras escuelas se hicieron alumnos de él. Era un verdadero maestro.

—Presenten a un solo hombre que haya sido corrompido por mí... — propuso Sócrates—, y expliquen ¿qué significa para ustedes corrupción?

—Tú declaras que no existen ni Dios ni los dioses —replicaron ellos.

—Sí —contestó él—; porque ni Dios ni dioses existen. ¿Qué puedo hacer yo al respecto? No es culpa mía. Y si Dios no existe, ¿quién está corrompiendo la mente de los jóvenes, ustedes o yo? Yo estoy diciendo la verdad, simplemente. ¿Creen que la verdad puede corromper la mente de los jóvenes?

El debate prosiguió durante días. Finalmente, el juez decidió:

—En lo que a inteligencia respecta, nos ha silenciado a todos —un solo hombre contra toda la mediocre sociedad de Atenas—. Así que no discutiremos más. Procedamos a la votación.

—El resultado de la votación —sostuvo Sócrates— no demostrará qué es lo correcto o lo incorrecto. De hecho, hay más posibilidades de que la gente vote por lo incorrecto, porque la mayoría de la gente es mediocre.

Lo que Sócrates intentaba establecer era que debería ser la inteligencia lo que decidiera qué es lo correcto. En definitiva, eso fue lo que produjo toda la evolución de la ciencia. Sócrates debería ser conocido como el padre de todas las ciencias, porque en ciencia ser poderoso no significa que tengas razón. Cualquiera puede tener razón; sin importar lo poderoso que sea. Es una cuestión que debe ser decidida por la lógica, por la razón; en el laboratorio, con experimentos y experiencia.

Así que en el segundo nivel de conciencia, la política es una cuestión totalmente distinta.

India ha estado esclavizada durante dos mil años; por muchas razones, pero una de las más importantes ha sido que todas las personas inteligentes del país le dieran la espalda a la política instintiva, de más bajo nivel. A ninguna persona inteligente le interesaba la política o el poder. Lo único que les interesaba era descubrir qué era verdad, cuál es el significado de la vida. ¿Por qué estamos aquí?

Quizá en todo el mundo, en tiempos de Gautama Buda el segundo nivel de conciencia llegó a su más alta cima. En China, estaban Confucio, Lao Tzu, Mencio, Chuang Tzu, Lieh Tzu; personas de la misma cualidad, contemporáneas. En India, estaban Gautama Buda, Mahavira, Makhkhali Ghosal, Ajit Keshkambal, Sanjay Vilethiputta; que eran gigantes abrumadores. En Grecia estaban Sócrates, Platón, Aristóteles, Plotino, Heráclito, Pitágoras; que alcanzaron la cima de la inteligencia. Como si todo el mundo, de repente, hubiera sido invadido por una gigantesca marea de inteligencia. Sólo los idiotas siguieron luchando; todas las personas inteligentes estaban buscando

afanosamente el modo de saber qué es lo correcto y que lo incorrecto.

En India era costumbre que los filósofos fueran por todo su territorio retando a otros filósofos. No se trataba de un reto hostil; eso tiene que quedar claro. En el segundo nivel no hay hostilidad; ambos contendientes son buscadores. Se trata de un fenómeno amistoso, no de una lucha; ambos quieren que triunfe la verdad. Ninguno de ellos está intentando vencer al otro. No se trata de eso en absoluto.

Antes de iniciar su discusión con Mandan Mishra, Shankara le tocó los pies y le pidió su bendición, que triunfara la verdad. Pero tocar los pies a tu enemigo; ¿qué muestra eso? No se trata de vencer a la persona; él era anciano y respetado en todo el país. Shankara sólo era un hombre joven, con treinta años; Mandan Mishra tenía la edad de su abuelo. Shankara tocó los pies de Mandan Mishra porque no se trataba de vencerlo; y le pidió su bendición, no para ser el vencedor sino para que triunfara la verdad. Y la verdad no es propiedad de nadie.

Eso ocurría en todo el país. Y nacían intelectuales de una calidad y agudeza tal que ni siquiera en la actualidad se pueden hallar; por la sencilla razón de que, hoy en día, todos los intelectuales se han pasado a la ciencia. La filosofía ha quedado desierta. En aquella época, todas esas personas estaban en el mundo de la filosofía.

Pero no puedes olvidar que aunque sea una lucha, no es una disputa personal; no es un deseo de demostrar que uno es superior, sino una indagación para encontrar la verdad. El énfasis es totalmente distinto: lo importante es el triunfo de la verdad. Hay un dicho famoso en la historia de la filosofía india: *Satyameva jayate*, «La verdad debe vencer, no importa quién sea derrotado». Eso no surge de un complejo de inferioridad, sino de una inteligencia superior de verdad.

La tradición se trasladó a China y Japón, donde, además, se extendió a otros campos. Por eso quizá te sorprende que cuando dos boxeadores japoneses o luchadores de aikido, de jiu-jitsu o de judo van a enfrentarse, lo primero que hacen es inclinarse el uno ante el otro con gran respeto. No es una cuestión de enemistad.

En Japón, una de las máximas del judo y las artes marciales es que cuando luchas con alguien no es una cuestión de enemistad personal. Si es personal, ya estás predispuesto a ser vencido porque ésa es una actitud basada en el ego; estás cayendo al nivel instintivo, el más bajo.

En el judo, el vencedor es aquel que demuestra que su arte es superior. El que vence es el arte, no la persona. Al igual que en filosofía la que vence es la verdad, en el judo el que vence es el arte. No debes pensar, ni por un instante, en ti mismo o en tu victoria, porque en ese instante estarás derrotado.

Y en muchas ocasiones ha ocurrido algo que nadie puede entender, a no ser que conozca toda la tradición del camino oriental. Algunas veces hay dos luchadores

igualados en su no-ego; entonces, no gana nadie. La lucha dura días, el final se va posponiendo, pero nadie gana. Cada día, vienen y se inclinan ante el otro; con gran dicha, con gran respeto. En realidad, están siendo honrados por el otro porque no es una persona corriente; el mero hecho de luchar con él es suficiente honor. Y la contienda prosigue.

Al final, los jueces no tienen más remedio que decir: «Ninguno de los dos puede ganar porque ambos son iguales en su no-ego; ninguno de los dos puede hallar la forma de vencer al otro». El ego es el punto débil. El ego es como una especie de sopor en el que puedes ser derrotado. En cuanto entre un pensamiento, aunque sea un solo momento, estás acabado. En el arte del judo, el jiu-jitsu y el aikido —todos ellos son similares, sólo con pequeñas diferencias, matices— hay una regla básica. Y esa regla básica es que cuando estás luchando, no debes estar presente, sino totalmente ausente; de este modo, ninguna espada puede herirte. Si vieras la lucha entre dos espadachines, te asombrarías...

Uno de mis amigos fue hecho prisionero en la Segunda Guerra Mundial —nos conocimos después de que regresara de Japón—. Estaba sirviendo en el ejército británico con el grado de coronel. Era sij, un *sardar*; su nombre era Chanchal Singh. Fue hecho prisionero de guerra por los japoneses. Fue entonces cuando uno de los revolucionarios indios, Subhash Chandra, se entrevistó con Adolf Hitler en Alemania, y luego fue a Japón y, con la recomendación de Hitler, consiguió que Japón permitiera que todos los prisioneros de guerra indios fueran reclutados para luchar contra el ejército británico.

A los japoneses les pareció una buena idea; de otro modo, esos reos no serían más que una carga innecesaria. Como Subhash luchaba por la independencia de su país, no le resultó difícil convencer a los presidiarios indios. También resultaba bueno para ellos. Primero, porque, ¿quién no querría luchar por su propio país? Y, segundo, era mejor que estar preso. Además, ¿habría alguna posibilidad de escapar!

Subhash los adiestró en todas las artes marciales. Después de la guerra, cuando los prisioneros fueron liberados, Chanchal Singh regresó. Yo estaba sentado en un hotel debatiendo con un amigo sobre la libertad del país, le estaba diciendo a mi amigo:

—El mero hecho de expulsar a los británicos no significa de manera automática libertad. Libertad es un concepto positivo. Aunque los británicos sean expulsados, tu mente seguirá siendo la mente de un esclavo, así que gobierne quien gobierne, aunque sea indio, no serás libre.

»Sí, los gobernantes cambiarán: la piel blanca se va y la piel negra ocupa su lugar. Pero ¿crees que la esclavitud se convierte en libertad por cambiar el color de la piel? La libertad requiere algún cambio positivo y un cambio de mentalidad. Si tienes la mente de un esclavo, serás un esclavo; no importa quién ocupe el trono».

Y todavía mantengo ese argumento, porque han pasado décadas e India todavía es esclava, más que nunca. Al menos cuando estaba bajo el Imperio Británico, existía la posibilidad de responsabilizar a los invasores, de echarles la culpa a ellos. Ahora ni siquiera tienen esa excusa.

El otro día me enteré de algo que sólo puede ocurrir en un país cuya mente se ha habituado tanto a la esclavitud que, haga lo que haga, no puede aceptarse a sí mismo como país libre. Según esa información, un camión lleno de archivos secretos del gobierno indio había sido interceptado cruzando la frontera del país hacia el extranjero. ¡Todos los archivos secretos! El conductor y el acompañante eran indios, y el camión pertenecía a un gran industrial indio. Cuando el camión fue interceptado, ese industrial fue detenido, luego, más personas fueron apresadas, casi una docena, y se descubrió que, probablemente, éste fuera el último de una serie de camiones que ya habían salido. Es posible que India se haya quedado sin ningún secreto.

Esto no tiene precedente en la historia. ¡Todos los secretos estaban siendo vendidos por indios! No había agentes de otros países implicados en la trama. Eran los propios indios los que se ponían en contacto con ellos —¡la esclavitud y su mentalidad!— y les preguntaban: «¿Quieren el archivo secreto sobre la planta nuclear que está construyendo India?».

Y por cincuenta dólares vendían información sobre una planta cuyo valor era de cincuenta millones; todo el archivo secreto, el plan completo, los planos del lugar, todo. Un detective privado francés estaba comprando toda la información. No lo hizo con ánimo de perjudicar a India, pero si se venden tan baratos, son secretos que merece la pena comprar. En cualquier momento te puede surgir la oportunidad de ganar millones. Si India entrara en guerra con China, China estaría dispuesta a pagar lo que fuera por esos secretos. Si Pakistán entrara en guerra con India, Pakistán estaría dispuesto a pagar lo que fuera: te darían lo que pidieras.

Rusia intenta infiltrar espías en Estados Unidos, y Estados Unidos infiltra espías en India... Aun así, descubrir secretos no es tarea fácil. Sin embargo, este agente francés declaró a la prensa: «Si Indira Gandhi tomaba alguna decisión, en cuestión de horas estaba en mis manos; en tres o cuatro horas como mucho. Cualquier secreto que se discutiera en el gabinete de Indira estaba en mis manos en tres horas».

Así que no sólo se trataba de un industrial y unas cuantas personas más, sino incluso del gabinete ministerial, los niveles más altos del gobierno... porque algunos de esos secretos sólo habían sido discutidos entre los tres ministros más importantes del gabinete y la presidenta. Sólo cuatro personas los conocían, y no obstante, estaban siendo vendidos en todas partes, en la plaza pública. Así que, ¿quién está traicionando a quién? ¿Qué clase de personas son éstas? La esclavitud se les ha metido en la sangre. Necesitan

un cambio y una transfusión de sangre nueva totales. Precisan una mente nueva.

Estaba conversando de esta esclavitud con un amigo, y este *sardar* también estaba escuchando; mientras tomaba el té, escuchaba. Finalmente, no pudo resistir la tentación, se acercó y preguntó:

—¿Me puedo sentar con ustedes? La conversación me parece muy interesante. Si me permiten sentarme y presentarme, al fin y al cabo, he sido combatiente por la libertad. He estado en cárceles japonesas y británicas; antes, había sido comandante en el ejército británico. Fui liberado cuando el gobierno británico abandonó el país; todos los prisioneros fueron liberados. Ahora estoy buscando algún empleo, algún trabajo, aunque lo único que sé hacer es combatir. Pero conozco las artes marciales. Quizá ustedes puedan ayudarme; podría dar clases de artes marciales.

Nos hicimos amigos. Conseguimos abrirle una escuela, y se implicó totalmente en ella. Algunas veces, solía hacernos pequeñas demostraciones, para entretenernos. En cierta ocasión, dijo:

—En Japón existe un entrenamiento especial para la voz. Si alguien te ataca con una espada y tú no tienes ningún arma, haciendo un determinado sonido, la espada caerá de sus manos.

—¡Debe ser algo impresionante! —exclamé—. Me gustaría verlo. Tengo un amigo luchador, podría contactar con él y hacer el experimento. Él no sabe de espadas, pero sabe luchar con un bastón, lo cual es bueno, porque si fallaras y algo fuera mal, con la espada te cortaría la cabeza, y eso podría causarme problemas. Tú te irías, pero yo estaría en dificultades innecesariamente, así que mejor lo intentamos con un buen bastón.

Chanchal Singh aceptó, así que fui a ver al luchador y le conté el asunto.

—No hay problema —aseguró—. Le abriré la cabeza en dos a ese *sardar*; con un solo golpe será suficiente.

Era un hombre fuerte, pero cuando fue a golpear a Chanchal Singh, en el momento que levantó el brazo para golpear, ¡Chanchal Singh dio un grito, y el bastón cayó de las manos del luchador como si su corazón hubiera dejado de latir! Ocurriera lo que ocurriera, su mano perdió toda la fuerza; ¡sólo con el sonido!

—¿Cómo haces ese sonido? —quise saber—. Porque no parece nada especial; puede aprenderse con facilidad.

—El sonido puede aprenderse muy fácilmente —explicó Chanchal Singh—. Pero la clave para esto es que tú no estés presente. Ésa es la parte difícil. Yo he vivido muchos años en Japón, y todo lo relativo a sus artes marciales es muy sencillo. Sólo hay un problema: que tú no debes estar presente. Y cuando alguien te va a partir la crisma en dos, ¡es un momento en el que tu presencia es absolutamente necesaria!

Incluso en dicho momento no debes estar presente; sólo el sonido, sin ningún ego tras

él. De repente, el hombre que te está atacando se olvidará de lo que está haciendo; se quedará totalmente desconcertado. Incluso perderá la memoria por un momento. Él no es consciente de lo que está ocurriendo, ni de lo que está y estaba haciendo. Necesitará cierto tiempo para recuperarse. Sólo hace falta que el ego esté ausente. Esa ausencia produce un determinado cambio en la mente de la persona, un tipo de ruptura, una ruptura repentina.

Pero si ambas personas carecen de ego, es muy difícil. En Japón, se sabe que entonces ocurre una cosa extraña, algo que es casi cotidiano: antes de que hayas levantado la espada para golpear al contrincante, su espada ya está en posición de defensa. No la levanta después de que te hayas movido, no, sino antes incluso de que hayas pensado el movimiento. Es como si en el instante que piensas el movimiento, antes de que tu mano haga el movimiento, el pensamiento hubiera llegado a él y se hubiera preparado para defenderse.

Eso también es algo que sólo ocurre si tú estás ausente. Entonces la espada no está separada de ti. Tú no estás haciendo nada; simplemente estás ahí, ausente, dejando que las cosas ocurran. Pero si ambos carecen de ego, puede alargarse durante días. Ninguno de los dos puede golpear, ni siquiera rozar al contrincante.

Éste no es el nivel de poder corriente, instintivo. Has pasado a un nivel más elevado, más elevado incluso que el segundo; has pasado al tercer nivel, el intuitivo. Igual que puede ocurrir en el combate de espadas, el boxeo o la lucha estilo oriental, también puede ocurrir en el tercer plano con la inteligencia.

Uno de mis profesores, del que ya he hablado en otras ocasiones. En toda mi carrera, he amado sólo a dos profesores. Causé problemas a muchos, y ni siquiera con estos dos hice una excepción, pero los amaba. De uno de ellos, el doctor S.K. Saxena, ya he contado algo. El otro era el profesor S.S. Roy. Acababa de publicar su tesis doctoral sobre Shankara y Bradley, un estudio comparativo, y me regaló el primer ejemplar.

—Esto no me parece bien —le dije—. Yo soy su estudiante y usted me regala la primera copia de su tesis, recién salida de la imprenta.

—En mi opinión —respondió él—, tú la mereces.

—Pero mi opinión sobre su tesis es totalmente... —insistí—. Incluso el título es erróneo, porque está usted comparando a dos hombres de diferentes niveles. Bradley es un intelectual, un gran intelectual. En la primera parte de este siglo, él encumbraba el mundo de la filosofía. Era el intelectual más destacado. Shankara no es, en absoluto, un intelectual.

»Por supuesto, ambos llegaron a conclusiones similares, por eso los ha comparado. Usted ve que las conclusiones son similares, pero no ve que llegan a ellas por caminos diferentes. Y mi objeción se debe a que Bradley llega a esas conclusiones tan sólo a

través de la lógica, mientras que Shankara llega a ellas a través de la experiencia.

»Shankara no se limita a argumentarlas como filósofo, aunque también, pero eso es secundario. Él ha experimentado una verdad. Para expresar esa verdad utiliza la lógica, la razón, el intelecto. Bradley no tiene la experiencia, y lo admite, no obstante, intelectualmente, esas conclusiones le parecen las más sostenibles, las más válidas.

»Si le interesa mi opinión —concluí ante el profesor Roy—, ha comparado a dos personas totalmente diferentes que no son comparables.

—Por eso te he dado mi primer ejemplar —argumentó él—. Sé que si hay alguien a quien se le pueda ocurrir pensar en ello, profundizar, es a ti. Le presentaré este libro al rector, al jefe del departamento y a todos mis amigos, pero estoy seguro de que nadie más objetará con sólo ver el título.

—Debería pensárselo de nuevo —le recomendé—, porque le advierto que lo leeré, y habrá cientos de preguntas. Así que piénseselo dos veces. A lo mejor ya se le han olvidado algunos de los puntos, porque empezó a trabajar en la tesis hace cinco o seis años.

Y había otros puntos, pero el punto principal aparecía continuamente, una y otra vez. Es posible llegar a una conclusión sólo por lógica, y puede ser correcta o no; no puedes tener certeza de que sea correcta. Pero Shankara ni se plantea si es correcta o incorrecta: es correcta. Aunque le demostraras de manera lógica que estaba equivocado, no se movería de su posición. Bradley sí; si conseguías demostrarle que estaba equivocado, se movía. A continuación, le expuse al profesor Roy un ejemplo que me vino a la memoria.

Bradley dice que el universo, la existencia, es «absoluto». Shankara lo llama «Brahma». Pero significan lo mismo: el absoluto. Dibujé un círculo y le pregunté a s.s. Roy:

—Si este círculo fuera perfecto, no habría ninguna posibilidad de desarrollo, de evolución, de progreso. La perfección no admite ningún cambio. Si la existencia fuera absoluta, perfecta, estaría muerta. Si quiere que esté viva, manténgala abierta. No cierre el círculo; deje que crezca, que se mueva, que evolucione.

»No estoy de acuerdo con Bradley porque él no sería capaz de responder a una pregunta tan simple como: «¿Tu universo está vivo o muerto?». Por supuesto, él no podría aceptar que está muerto. Porque si estuviera muerto, yo estaría muerto, Bradley estaría muerto, todo estaría muerto. Entonces, ¿quién está discutiendo y para qué? Debería haber un completo silencio, todo muerto. No podría admitir eso. Pero si admitiera que está vivo, no tendría más remedio que aceptar que aún no es absoluto, y que nunca será absoluto, jamás.

»Yo he llegado a la conclusión de que siempre se está acercando al absoluto pero nunca llegará a convertirse en absoluto. Siempre estará llegando, llegando, llegando, pero

no llegará nunca al absoluto: seguirá vivo.

»Bradley tendría que cambiar su idea. Y como usted es discípulo de Bradley —el profesor Roy se identificaba con Bradley filosóficamente—, tiene que aceptarlo en nombre de Bradley, si no, estoy dispuesto a... Dígame, ¿cómo puede conciliar la idea de un universo vivo con la idea de “la perfección, el absoluto”?

—Eso es cierto —afirmó el profesor—, nunca se me había ocurrido; no se puede defender a Bradley.

—Pero Shankara también dice —agregué— que Dios, Brahma, verdad, es absoluto. Tampoco él puede defender este argumento, porque el razonamiento es el mismo. Pero la diferencia es que Bradley tendría que cambiar su punto de vista, pero Shankara se reiría y diría: «Tienes razón. Mi expresión no fue correcta y sabía que alguien con sabiduría se daría cuenta de que la expresión no es correcta. Tienes toda la razón, mi expresión es errónea». Pero Shankara no admitiría que él estaba equivocado. Él habla desde la experiencia, la intuición.

En el nivel intuitivo no existe lucha alguna.

En el nivel instintivo, el político es tan sólo un animal salvaje. En lo único que cree es en su victoria. Utilizará cualquier medio necesario para ganar. El fin justifica todos sus medios, por horribles que sean. Adolf Hitler dice en su autobiografía: «Los medios no importan; lo que importa es el fin. Si tienes éxito, todo lo que hayas hecho estará bien; entonces, el éxito hará que todo esté bien retroactivamente. Y el fracaso... aunque lo hagas todo bien, el fracaso lo demostrará erróneo».

En el segundo nivel, hay una lucha, pero es humana, intelectual. Sí, todavía existe cierta confrontación para demostrar que lo que tú mantienes es verdad, pero la verdad es más importante que tú. Ser derrotado por una verdad mayor no hará que te sientas mal, te sentirás feliz. Cuando Shankara derrotó a Mandan Mishra, Mandan Mishra se levantó de inmediato, le tocó los pies a Shankara y le pidió que lo iniciara. Luchar es inconcebible; es un mundo humano y de una inteligencia muy superior. Pero todavía, en nombre de la verdad, acecha un poquito de política en alguna parte. Si no, ¿por qué habría de retar a ese hombre? Si conoces la verdad, ¡disfrútala! ¿Qué sentido tiene ir por todo el país venciendo a otros? Si conoces la verdad, la gente se dará cuenta. Hay cierta política sutil en ello. Puedes llamarlo política filosófico/religiosa, pero sigue siendo política; muy refinada.

Sólo en el tercer nivel, cuando la intuición empieza a funcionar, no existe absolutamente nada de lucha. Ni Buda ni Lao Tzu fueron nunca a conquistar a nadie. La gente los visitaba; todos los que estaban sedientos iban a ellos. No tenían interés en los que iban a desafiarlos en una discusión intelectual. Fueron muchos: Sariputta, Moggalayan, Mahakashyapa. Todos ellos eran grandes filósofos con miles de discípulos

que fueron a desafiar a Buda. Su sencillo proceso a través de toda su vida fue: «Si sabes, estoy feliz. ¡Puedes pensar que has vencido! Pero yo sé, y no siento necesidad de desafiar a nadie... porque sólo existen dos tipos de personas: los que saben y los que no saben. A los pobres que no saben, ¿cómo voy a desafiarlos? No tendría sentido. A los ricos que saben, ¿cómo voy a desafiarlos? No tendría sentido».

Le preguntó Buda a Sariputta:

—Si sabes, estoy feliz; pero, ¿sabes? Y no te estoy desafiando, sólo te estoy preguntando. ¿Quién eres tú? Si no lo sabes, abandona tu idea de desafiarme. Quédate aquí conmigo. Algún día, en el momento adecuado, puede que ocurra; pero por medio del desafío, por medio de la discusión, no, ni siquiera por medio de la expresión.

Y las personas eran realmente honestas. Sariputta se inclinó ante él y dijo:

—Por favor, perdóname por haberte desafiado. Yo *no* sé. Soy un polemista hábil y he derrotado a muchos filósofos, pero veo que tú no eres un filósofo. Me ha llegado la hora de rendirme y mirar desde este nuevo ángulo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Sólo tienes que estar en silencio durante dos años —respondió Buda.

Ése era el proceso habitual para todos los retadores que llegaban, y eran muchos. Buda les proponía: «Dos años de completo silencio y luego podrás preguntar lo que quieras». Y dos años de silencio es suficiente, más que suficiente. Después de dos años, habían olvidado hasta sus propios nombres, se habían olvidado por completo de cualquier idea de desafío o victoria. Habían saboreado al hombre. Habían saboreado su verdad.

Así que en el nivel intuitivo no hay política en absoluto. En un mundo mejor, las personas de intuición serían las luces que guiarían a aquellos que pudieran entenderlos, al menos de manera intelectual. Y los políticos intelectuales, los profesores de política, la inteligencia, los teóricos, serían guiados por los políticos intuitivos. Sólo entonces el mundo podría estar tranquilo, vivir tranquilo.

La luz debería proceder del nivel más elevado. Habría que pasarla a través de la segunda categoría, porque sería el único modo de que algo de ella llegara a la tercera categoría; la segunda categoría haría de puente. Así era antiguamente en India.

Sucedió una vez...

Las personas de verdad intuitivas vivían en los bosques o en las montañas y los intelectuales, los profesores, los eruditos, los ilustrados, los primeros ministros, solían acudir a ellos con sus problemas porque decían: «Nosotros estamos ciegos; tú tienes vista».

Le sucedió a Buda. Había montado su campamento a la orilla de un río, y en cada lado había un ejército. El río era la frontera entre dos reinos que llevaban generaciones combatiendo por la posesión del río, porque el agua era valiosa, y como no lograron

llegar a un acuerdo, tiñeron el río de rojo muchas veces a base de sangre, y la lucha aún continuaba. Buda tenía allí su campamento, y los generales de ambos ejércitos fueron a verlo. Por casualidad, llegaron al campamento al mismo tiempo y se vieron. Esta extraña coincidencia los sorprendió, pero ya no había marcha atrás.

Buda subrayó: «No se preocupen; es bueno que ambos hayan venido juntos. Ambos están ciegos, sus antecesores estuvieron ciegos. El río sigue fluyendo y ustedes siguen matando gente. ¿No se dan cuenta de algo tan simple? Ambos necesitan el agua y el río es lo bastante grande. No es necesario ser el dueño del río. Además, ¿quién podría ser su dueño? ¡Toda el agua se está yendo al mar! ¿Por qué no pueden utilizarla ambos? Que cada reino tenga su orilla; no hay problema. Y ni siquiera será necesario trazar una línea en el centro del río, porque en el agua no se pueden pintar líneas. En lugar de luchar por el agua, sólo aprovéchenla».

Era muy sencillo. Y se dieron cuenta de que sus campos y sus cosechas estaban muriendo porque no había nadie que se ocupara de ellos. Lo primero era la lucha por la posesión del río. Primero, había que poseer el agua; sólo entonces podrías regar todos tus campos.

La mente estúpida piensa en términos de posesión. El hombre de visión piensa en lo práctico.

Buda simplemente dijo: «¡Úsenla! Y vuelvan a mí cuando hayan agotado toda el agua. Entonces, habrá un problema, entonces, ya veremos. Pero vuelvan a mí sólo cuando hayan consumido toda el agua».

El agua todavía sigue fluyendo, veinticinco siglos después. ¿Cómo vas a consumir toda el agua? Es un río grande, de miles de millas de longitud. Transporta el líquido desde las nieves eternas del Himalaya hasta el mar de Bengala. ¿Cómo vas a agotarlo? Y aquellos dos reinos eran pequeños. Aunque hubieran querido acabársela, habría sido imposible.

La visión debe proceder de la persona intuitiva. Pero sólo el inteligente puede entender la visión, después, el inteligente puede ayudar al político de instinto, cuyo único deseo es el poder.

A eso yo lo llamo meritocracia, porque el mérito supremo domina e influye en los peldaños inferiores para ayudarlos a elevar su nivel. No tiene intereses privados, y como no tiene intereses privados, es libre y su visión es clara.

A la persona intuitiva le resultará difícil explicarle algo a la persona instintiva porque están muy alejadas, pertenecen a dos dimensiones diferentes entre las que no hay ningún puente. El intelectual puede ser de gran utilidad como intermediario.

Las universidades, institutos y colegios no deberían enseñar ciencia política. ¡Enseñar sólo ciencia política es una idea muy estúpida! Además de ciencia política, habría que

enseñar también arte político, porque la ciencia no sirve de nada, hay que enseñar política práctica. Y los profesores en las universidades deberían preparar a los políticos, inculcarles ciertas cualidades. Si eso ocurriera, las personas que ahora gobiernan en todo el mundo no tendrían ninguna posición, en absoluto. Entonces los gobernantes estarían bien preparados, serían cultos, conocerían el arte y la ciencia de la política y nunca dudarían en acudir a los profesores, a los expertos. Y es posible que, poco a poco, se fueran aproximando al nivel más alto de la meritocracia: la persona intuitiva.

Si esto es posible, en ese momento, y por primera vez, tendremos algo realmente humano; algo que le dé dignidad a la humanidad e integridad a los individuos.

Por primera vez, habrá algo de verdadera democracia en el mundo. Lo que existe ahora como democracia no lo es; es masacración.

TRES

EL PODER DE LA POLÍTICA Y LA RELIGIÓN

Las religiones, la política, las ideologías han fracasado; y eran muy concretas, eran proyectos para el futuro del hombre. Todas han fracasado. Era inevitable, porque todas eran de orientación estructural y, para el corazón del hombre, tarde o temprano, cualquier tipo de estructura acaba siendo pesada. Toda estructura se convierte en una prisión, y algún día tendrás que rebelarte contra ella. ¿No lo has observado a lo largo de la historia? Todas las revoluciones, con el tiempo, han acabado volviéndose represivas.

Pero esto no es revolución, esto es rebelión. La revolución es social, colectiva; la rebelión es individual. Nosotros no tenemos ningún interés en darle una estructura a la sociedad. ¡Basta de estructuras! Deja que desaparezcan todas las estructuras. Queremos individuos en el mundo; que se muevan con libertad, que se muevan con conciencia, por supuesto. Y cuya responsabilidad venga a través de su conciencia. Que no se comporten correctamente porque estén intentando cumplir ciertos mandamientos; que se comporten correcta y adecuadamente por su propia convicción.

En los tiempos que corren, parece que los políticos hablan como los sacerdotes y los sacerdotes actúan como los políticos. ¿Qué ha sido de la idea de separación entre iglesia y Estado?

Los políticos y los sacerdotes no son dos tipos de personas diferentes. Son del mismo tipo de personas, con el mismo deseo, la misma codicia de poder. Sólo que han optado por áreas diferentes.

El político ha elegido el mundo terrenal. Ha existido un contrato tácito entre el político y el religioso que consiste en que el político no interferirá en el campo religioso y, a cambio, la religión no interferirá en su mundo. El contrato ha sido bueno y ambos intentan dominar a la humanidad. A uno le interesa el mundo exterior y al otro le interesa el mundo interior. Sus mundos no se superponen, por lo tanto, no hay conflicto. De hecho, a lo largo de la historia, se han estado apoyando entre sí. Los sacerdotes han bendecido a los políticos y los políticos han elogiado a los sacerdotes; y algunas veces, eso provoca una situación increíblemente ridícula.

En la Segunda Guerra Mundial, el arzobispo cristiano de Alemania bendecía a Hitler y le rezaba a Dios para que Alemania venciera. Y, en Inglaterra, la misma religión, con un

arzobispo similar, rezaba por la victoria de Inglaterra y la derrota de Alemania. Su Dios es el mismo, su religión es la misma, lo que pasa es que el sacerdote alemán tiene un contrato con el político alemán y el sacerdote inglés tiene un contrato con los políticos ingleses. Así que Dios les importa...

De hecho, los sacerdotes son las personas más ateas del mundo. Ellos saben perfectamente que Dios no existe. Lo saben mejor que nadie, porque ése es, precisamente, su negocio. Pero tienen que fingir que Dios existe. Sin Dios, pierden su autoridad. Son obispos, papas y *shankaracharyas* en nombre de Dios. Si Dios no existiera, ¿qué sería de ellos? No serían más que personas corrientes, de repente, no serían nadie. Así que hay que mantener viva la mentira.

En situaciones tales como la Segunda Guerra Mundial, puede verse que esos dos arzobispos sabían a la perfección que Dios no tenía nada que ver. Dios no le importaba a nadie, era una cuestión política. Si no, deberían haberse negado. Ambos deberían haber dicho: «¿Cómo vamos a pedir la victoria de Alemania o de Inglaterra? Nuestro Dios es uno. ¡Nuestras plegarias serían contradictorias! Nuestra religión es una, nuestro fundamento es uno, nuestras iglesias son una, nuestro maestro Jesucristo es uno. ¿Cómo quieren que hagamos lo que nos están pidiendo?».

Pero nadie lo preguntó. Lo hicieron porque ni Dios ni Jesucristo significan nada. Lo que les preocupa son tus intereses privados. El interés privado del arzobispo alemán estaba en Alemania, no en Inglaterra. Tenía que apoyar a Hitler. El arzobispo inglés tenía que apoyar a Inglaterra y a sus políticos. Y esas personas, a cambio, siguen pagando su tributo a esos arzobispos.

El arzobispo de Inglaterra es quien corona al rey. Es una formalidad, pero al menos a los ojos de las masas mediocres eso lo hace más poderoso; es un hacedor de reyes. Él sabe a la perfección que el rey puede destituirlo en cualquier momento; necesita el apoyo del rey. Y el rey lo apoya porque necesita el apoyo del sacerdote. Las masas creen en Dios, las masas creen en el arzobispo, las masas van a la iglesia. Si el rey quiere seguir siendo rey, tiene que haber un contrato de alianza entre el sacerdote y el rey.

Ésta ha sido siempre la situación. Las ideologías políticas han cambiado —han desaparecido los reyes y las reinas y han aparecido los presidentes y los primeros ministros—, pero el contrato básico sigue en pie. El presidente estadounidense acude antes de jurar el cargo a su propio sacerdote o pastor para que éste lo bendiga. Después de esa bendición, prestará juramento en nombre de Dios y será mandatario del país. De este modo, además del poder político, tiene el apoyo de las masas religiosas. Pero la gente pobre no tiene ni idea de qué tipo de contrato mantienen sacerdotes y políticos desde hace siglos y siglos, ni de que ese contrato existe por la sed de poder de ambos. La sed de poder es su único territorio común. Y para no entrar en conflicto, lo más sencillo

es dividir el territorio, porque para ambos el conflicto podría acabar con la posibilidad de estar en el poder.

En India, las cosas han estado muy claras. Los políticos y los sacerdotes llevan cinco mil años en el mismo negocio. El hinduismo divide a la sociedad en cuatro castas. La primera es la de los brahmanes, los sacerdotes; son las personas más elevadas. Los brahmanes no tienen posesiones, son pobres, pero su ego queda tremendamente satisfecho; son las personas «más elevadas». Incluso el rey es inferior, porque los reyes pertenecen a la segunda categoría de personas, los guerreros, los *kshatriyas*. Ellos tienen todo el poder, todo el dinero, pero aceptan que el brahmán esté por encima de ellos. Acuden al sacerdote y tocan sus pies, así las masas religiosas que siguen a los clérigos simpatizan con el rey. «¡Qué humildad, qué modestia!»; cuando, en realidad, es pura política.

La tercera clase es la de los comerciantes. El brahmán es pobre porque no puede generar riqueza. Reza por las personas, arregla matrimonios, realiza toda clase de rituales, para el nacimiento y hasta para la muerte; ésa es su profesión. Pero con eso no puede hacerse rico. Hay gente pobre por todas partes. ¿Hasta cuándo seguirán explotándola? Lleva siglos siendo exprimida, y el brahmán es sólo un parásito. Pero a las pobres masas ya no les queda más sangre que dar.

Así que a los comerciantes se les otorgó el tercer puesto en la sociedad, ellos son los más ricos; más que los guerreros y que los brahmanes. Por su riqueza, se les otorgó un estatus tan sólo un peldaño por debajo de los reyes. En India, los comerciantes prestaban dinero a los soberanos. Antiguamente no existían los bancos; los comerciantes tenían todo el dinero. Proporcionaban a los reinos todo el dinero que necesitaban; en préstamos, con intereses. Los gobernantes necesitaban dinero para el ejército, para nuevas invasiones; el rey necesita dinero para toda su gloria y boato, palacios de mármol, tronos de oro. ¿De dónde lo va a sacar? El pobre brahmán no se lo puede dar; el pobre brahmán es utilizado para mantener el apoyo de las masas. Eso es algo que no puede pedírsele al comerciante, porque las masas, como son pobres, siempre están en contra del rico.

Incluso diez mil años antes de que Karl Marx viniera al mundo, el pobre ya era comunista. Puede que no conozca la palabra, pero sí se da cuenta de que está siendo explotado. Trabaja duro de la mañana a la noche. Trabaja todo el año, y a pesar de todo ese trabajo, pasa hambre. Él lo produce todo, pero el comerciante que le ha suministrado las semillas es quien se lleva el beneficio. El comerciante le prestó dinero para la boda de su hija. Así que todos los pobres están en deuda con el comerciante. No pueden rebelarse contra el hombre rico, pero tampoco pueden amarlo. Se dan cuenta de qué está ocurriendo. No son ciegos.

Así que en India, las personas pobres son la cuarta clase, la más baja. Y existe un buen arreglo: es imposible pasar de una casta a otra. La más baja, la cuarta, los *sudras*, los intocables, no tienen acceso a la educación, porque con educación podrían empezar a tener ambiciones. ¿Quién iba a querer seguir limpiando retretes si pudiera llegar a ser maestro en una escuela? ¿Por qué iba a seguir haciendo zapatos para los demás alguien con titulación suficiente para ser profesor en la universidad? Lo mejor es impedirlo desde el principio, por eso los *sudras* tienen prohibido el acceso a la educación.

Esta cuarta clase es la más grande, la mitad de toda la población. No pueden casarse con alguien de una casta más alta. Hasta sus sombras son sucias. Si un intocable pasa a tu lado y te toca su sombra, aunque sólo te toque su sombra, no su cuerpo, tienes que bañarte. Ha sido reducido casi a un ser inhumano. Él es quien aporta todo, quien produce todo; él teje la tela, hace los zapatos, limpia las calles. Hace todo tipo de tareas para cubrir las necesidades de las otras tres clases...

El comerciante es el mediador. Él explota, acumula dinero. Aunque esté en tercera posición, está contento. Puede comprar al rey, puede comprar al brahmán; ¿qué importa estar en tercer lugar? Él sabe a la perfección que el dinero es el mayor poder. El rey está en deuda con él y el sacerdote depende de él, así que en el fondo está absolutamente conforme. En realidad, está en la cima, pero deja que los otros disfruten de creerse en la cima. ¿Qué más da? Lo que importa es la realidad.

Aunque sea pobre, el pobre brahmán está conforme porque la suya es la clase más alta. Su ego está satisfecho. Al rey no le preocupa el sacerdote porque tiene la espada en sus manos. Puede obligar al brahmanes a hacer todo lo que él quiera. Tocarle los pies al sacerdote es sólo una formalidad; si quisiera, podría cortarle la cabeza. El brahmán también lo sabe.

Así que al rey tampoco le importa pertenecer a la segunda clase, aunque sea el rey. Él sabe que, lo pongas donde lo pongas, él es el amo. Puede matar al sacerdote, puede quitarles todo el dinero a los comerciantes. Les acepta el préstamo con intereses sólo por cortesía. Y nunca lo paga. Ningún rey no ha devuelto jamás el dinero, no es necesario. No puedes pedirselo, él tiene todo el poder en su espada.

Lleva siglos tomando dinero sin devolverlo nunca, así que te aceptará cualquier tipo de interés. No devolverá ni el dinero prestado ni los intereses. Ninguno lo ha hecho jamás; simplemente no ha ocurrido.

Pero el comerciante puede disfrutar de la idea de que el rey está en deuda con él. Sin el comerciante, no puede gobernar al imperio. Es su dinero y su poder y, por supuesto, se aprovecha de ello. Se le otorgarán licencias, tendrá la primera oportunidad en cada ocasión, porque económicamente el rey depende de él. Es un acuerdo maravilloso y muy filosófico en el que todos se sienten bien, todos se sienten en la cima.

El *sudra*, que es el cuarto, en el fondo, también siente que sin él la sociedad moriría. Él es el que produce los alimentos, la ropa, todo. Así que aunque esos idiotas creen que están en la cima, todos ellos dependen de él. Ellos comen la comida que él planta, viven en las casas que él construye, llevan las ropas que él confecciona. Sin él, todos los demás, el comerciante, el rey y el sacerdote, tendrían que suicidarse. Así que puede que sea pobre, puede que haya sido deshumanizado en todos los sentidos, pero para él, todo eso es sólo una formalidad. No significa nada. Él es el verdadero poder.

De este modo, en el fondo, todo el mundo está satisfecho, por eso nunca se ha producido una revolución en India; ni puede producirse. En todos los países en los que ha habido una revolución, ha sido provocada por los intelectuales del país. Ellos no hacen la revolución, pero proporcionan la ideología. Pero en India, el intelectual es el brahmán. Cualquier revolución sería contra él, por lo tanto, como es natural, no puede proporcionar una ideología de revolución. Propagará ideologías contrarias a cualquier sueño de revolución, de cambio.

Por supuesto, el rey, de la clase de los guerreros, tampoco puede estar a favor de la revolución porque sería contra ellos. Serían desalojados de sus tronos. Y el comerciante tampoco puede estar a favor de la revolución porque todas las revoluciones son contra los ricos. Y al hombre pobre ni siquiera puede ocurrírsele la idea de la revolución porque se le ha negado todo tipo de educación, se le ha prohibido cualquier contacto con la sociedad de las tres clases más altas. Vive fuera del pueblo; no puede vivir en el pueblo. Los pozos de los pobres no son profundos, no pueden pagar el dinero suficiente para hacer buenos pozos. Los comerciantes tienen pozos grandes y profundos y el rey tiene el suyo propio; pero incluso en épocas en las que la lluvia no llega y sus pozos están secos, el *sudra* tiene prohibido sacar agua de ningún otro pozo. Aunque tenga que caminar quince kilómetros hasta el río para traer agua.

El *sudra* está tan hambriento que incluso conseguir una comida al día, sin nada nutritivo, le resulta difícil; ¿cómo va a pensar en la revolución? Él cree que ése es su destino. Los sacerdotes lo han condicionado diciéndole que ése es su destino: «Dios te ha dado una oportunidad para mostrar tu confianza. Esta pobreza no es nada, es sólo cuestión de unos cuantos años. Si consigues mantenerte fiel, la recompensa será grande».

Así que, por una parte, el sacerdote les sigue predicando en contra de cualquier cambio, y por la otra, están tan mal nutridos que no pueden ni concebir el cambio. Y hay que tener en cuenta una cosa más: la persona mal nutrida pierde inteligencia. La inteligencia sólo florece cuando uno tiene todo lo que su cuerpo necesita y algo más. Ese «algo más» se convierte en tu inteligencia, porque es un lujo. Un hombre que come una sola vez al día no tiene nada, no le queda energía para desarrollar la mente. El intelecto es lo que crea las ideas, las filosofías nuevas, los estilos de vida nuevos, los sueños

nuevos para el futuro. Pero en India, esa inteligencia ya está en la cima. En realidad, India ha logrado algo enormemente importante: ningún otro país ha podido mantener el *statu quo* de un modo tan científico. Y para tu sorpresa, el precursor de ello fue Manu. Cinco mil años después, sus enseñanzas aún siguen en activo.

En la época actual, fuera de India, sólo ha habido dos personas que han apreciado a Manu. Una fue Friedrich Nietzsche, la otra fue Adolf Hitler. Adolf Hitler era discípulo de Friedrich Nietzsche y Friedrich Nietzsche era el filósofo del nazismo. Adolf Hitler sólo puso en práctica lo que Nietzsche había predicado. Su relación es exactamente igual que la de Marx y Lenin. Marx fue el filósofo que creó toda la ideología del comunismo y Lenin la puso en práctica. La relación entre Friedrich Nietzsche y Adolf Hitler era igual.

No fue una casualidad que ambos valoraran un libro escrito en India hacía cinco mil años. Ambos lo apreciaron porque comprendieron que Manu debió haber sido un gran maestro planeador para crear un sistema que todavía pervive. Ha impedido la revolución durante cinco mil años y es posible que para siempre. Puede que nunca haya una revolución en India.

En India, el partido comunista es uno de los más antiguos, pero no tiene poder porque no es atractivo para la mente local. El brah-mán no acude a sus mítines porque los comunistas no creen en Dios; para el brahmán, son gente irreligiosa, inmoral. Los guerreros no van porque ellos tienen su propio poder; nadie que tenga poder escuchará a los comunistas porque ellos proponen el reparto igualitario del poder y de todo lo demás. Claro, si tienes poder, no te gustaría que se repartiera de manera igualitaria. La única satisfacción de tener poder es que tú estás en la cumbre y todos los demás están por debajo de ti; que tú has logrado llegar al Everest y los demás están muy por debajo de ti en el ascenso a la montaña. No puedes aceptar la idea del reparto del poder.

El comerciante no puede estar a favor de los comunistas porque repartirían su dinero igualitariamente. Y a quien podría interesarle el comunismo, la clase más pobre, tiene tan poca inteligencia, el sacerdote la tiene tan apesada en sus garras que ni siquiera se le puede convencer de que es pobre porque está siendo explotada. Yo lo he intentado; pero es imposible. Él seguirá diciendo: «No, es mi destino, mi karma, y por favor, no me cuentes nada que me perturbe porque, después, tendré que sufrir por ello. Es sólo cuestión de unos cuantos años. Si puedo mantener mi fe en Dios, en el sacerdote y en las escrituras, seré liberado, y entonces tendré todas las recompensas y placeres». No puede hacer la revolución porque la revolución puede destruir su paraíso.

La revolución no resulta atractiva para el hombre pobre en India porque carece de la inteligencia necesaria. Durante siglos, él y sus antepasados se han dedicado sólo a hacer zapatos, nunca han hecho otra cosa. No se les permite hacer ninguna otra cosa; el sistema es tan estricto que no hay posibilidad de cambio. Por mucho que quiera, el hijo

de un zapatero no puede cambiar de profesión. No será aceptado en ninguna parte.

Estos políticos y sacerdotes están sedientos de poder. Y existe otra ambición; la ambición por el dinero, porque también es un tipo de poder. Así que hay tres líneas de poder. Una es la de los sacerdotes; ellos tienen una relación directa con Dios; saben y tú no; son sabios y tú ignorante, son virtuosos, por eso han nacido brahmanes. Tú has cometido pecados en el pasado, por eso no estás en la primera clase. La casta le es concedida a cada uno según sus acciones.

La segunda línea de poder es el político, que en el pasado en India, y en todas partes, era el poder de la espada. Y la tercera es el poder del dinero.

Éstos son los tres únicos poderes, y estos tres tipos de gente, en lugar de luchar entre ellos, han dividido sus áreas, lo cual es en verdad inteligente. Han dividido sus áreas y no invaden el territorio de los demás. Las grandes masas, que de modos diferentes son explotadas por las tres, siguen esclavizadas, siguen trabajando para otros, viven pobres, mueren pobres, nunca llegan a conocer la belleza de la música y la poesía. Esas cosas no son para las masas pobres.

Mi intención es dejar absolutamente claro a las personas inteligentes del mundo que estos tres grupos de poder son delincuentes. Cualquiera que tenga ambición de poder es un delincuente. Mi definición de un delincuente es que es aquel que tiene ambición de poder. Y, ¿por qué declaro que la ambición de poder es delictiva? Porque tener ambición de poder significa querer tener poder sobre los otros. Los demás han de ser esclavizados y explotados, reducidos a especies subhumanas. Los demás tenían el mismo potencial pero no se les permitió desarrollarlo.

Tener ambición de poder significa que quieres ser el amo y reducir a los demás a esclavos. Eso puede hacerse de varias formas. Una de ellas es por medio del conocimiento, que tiene el sacerdote. Después de la implantación del Imperio británico en India, hubo un gran conflicto porque los brahmanes no estaban dispuestos a permitir que sus escrituras se tradujeran a otros idiomas. Tenían que mantenerse en el antiguo sánscrito, que nunca ha sido una lengua de la gente; era un idioma que sólo hablaban los sacerdotes. Pero como el país estaba bajo dominio británico, los sacerdotes no pudieron hacer nada; aunque lo intentaron denodadamente declarando que sus escrituras no debían ser traducidas, que en la traducción serían destruidas. Pero los británicos estaban decididos a hacerlo; se trataba de la civilización más antigua, entre sus innumerables escrituras podía ocultar secretos. Así que empezaron a traducirlas.

Aquellas versiones de la literatura sánscrita acabaron por completo con la «sabiduría» de los brahmanes, porque hasta entonces, nadie había entendido nunca lo que decían. El sánscrito es una hermosa lengua, casi poesía. Tiene una cualidad mágica. Puede cantarse, incluso la prosa suena a poesía. Así que cuando los brahmanes la cantan, la recitan, nadie

sabe qué significa. Quiere decir lo que el sacerdote quiera. El sánscrito es la lengua de Dios y sólo los sacerdotes entienden esa lengua. Así que todo lo que haya entre Dios y el hombre tiene que pasar a través del brahmán.

Lo mismo ocurre en otros lugares, en otros credos. Los rabinos no querían que sus escrituras se tradujesen del hebreo a la lengua que usaba la gente. Y lo mismo ocurre en casi todas las religiones. Y la razón es que esas escrituras son simples disparates; ¡no hay nada en ellas! Cavas toda la montaña y no encuentras ni una rata. El saber de los sacerdotes era falso, fingido, y la farsa podía haber seguido durante siglos de haber impedido a las masas que conocieran su contenido.

Aunque te sorprenda, uno de los dioses hindúes, Rama, una encarnación de Dios, vertió plomo fundido en el oído de un hombre pobre porque lo descubrieron escondido tras los matorrales, cuando se celebraba un ritual de los brahmanes, escuchando los cantos de los *Vedas*. Si incluso escuchar los cantos estaba prohibido, y ése era el castigo, qué decir de la educación. Y, ¿Rama es adorado como una reencarnación de Dios?

Gandhi rezaba continuamente a Rama. A mí me sorprende mucho que un hombre como Gandhi, que siempre hablaba de la no-violencia, fuera devoto de Rama, quien lleva un arco y flechas; éstos son sus símbolos. Un hombre tan cruel... Yo no veo que aquel pobre hombre estuviera haciendo nada malo. Sólo se escondió tras los árboles y se puso a escuchar por la curiosidad de saber qué ocurría en una ceremonia religiosa. Y por supuesto, no había nada malo en ello, ni siquiera entendía lo que estaban diciendo; pero como había hecho algo que vulneraba la estructura social, Rama le dejó sordo para el resto de su vida.

No obstante, todos los días, por la mañana y por la tarde, Gandhi cantaba el nombre de Rama. Sus últimas palabras cuando fue asesinado fueron: «¡Hola, Rama! ¡Oh, Rama!»). Sus últimas palabras estuvieron dirigidas a ese hombre; que no era no-violento, que ni siquiera era humano. Que fuera divino, ni se plantea.

Lo que tiene que hacer el movimiento de buscadores es exponer que esos tres grupos, con ansias de poder, han estado conspirando contra toda la humanidad. Ya es hora de que conozcamos y destruyamos su contrato. Y eso puede hacerse fácilmente: sólo hay que crear más y más comunas en las que no haya ambición de poder, donde no se esté en contra del dinero ni en contra de las vestimentas ni en contra de nada; donde la gente pueda vivir de manera lujosa y confortable; donde nadie explote el trabajo de nadie y nadie domine a nadie; y donde el fontanero sea tan respetado como el profesor, sin ninguna diferencia.

Me sorprende que la gente que viene de visita a nuestra comuna no se dé cuenta de algo tan obvio como que un fontanero es tan respetado como un profesor. De hecho, nadie sabe quién es fontanero y quién es profesor, porque el profesor un día es profesor

y al día siguiente es fontanero. Y nuestros fontaneros tampoco son incultos. Pueden ser profesores en cualquier momento.

Ésta es la primera vez que hay tanta gente viviendo con dignidad humana, y sin el menor esfuerzo por igualarlos; porque ese esfuerzo sería agresión. Es ahí donde difiero del comunismo. Mi diferencia con el comunismo es distinta a las de otras personas. Otros están en contra del comunismo porque destruiría sus intereses privados. ¡Yo estoy en contra del comunismo porque no es lo bastante comunista! Se queda corto.

Esto se puede demostrar con facilidad. En el ejemplo de la Unión Soviética, es evidente que la individualidad de las personas fue destruida por completo. En vez de conseguir libertad, fueron esclavizadas totalmente; y tampoco desaparecieron las clases, sólo cambiaron de nombre. En la Unión Soviética comunista existían los que ostentaban el poder, la élite del poder, y los que no tenían poder. En la Unión Soviética había dos clases, y la movilidad entre esas dos clases era tan difícil como jamás haya podido ser en India.

Sesenta o setenta años después de la revolución, sigue en el poder gran parte del mismo grupo. Las personas se han ido muriendo y otras nuevas han ido ocupando sus puestos, pero no procedían de las masas. Por ejemplo, cuando Stalin murió, Nikita Jruschov llevaba cuarenta años esperando detrás de él, sabiendo que en cuanto muriera Stalin sería el hombre más poderoso del mundo. Por supuesto, odiaba a Stalin, pero pronunciar una sola palabra en su contra... Todo el mundo sabía que Stalin había asesinado a todos sus contrincantes, los mató, simplemente.

En la revolución había muchos líderes. El más importante era Lenin. Stalin lo envenenó, pero el envenenamiento fue tan lento que tardó dos años en morir. Durante esos dos años que estuvo enfermo, Stalin, que lo sustituyó en sus funciones, aprovechó para poner a personas de su confianza en todos los puestos estratégicos, porque cuando Lenin muriera, el hombre que debía tomar el mando era su segundo, Trotsky. Por eso mantenían vivo a Lenin; de no haber sido por eso, no habría necesitado ir suministrándole pequeñas cantidades, con una sola dosis mortal habría bastado. Lo mantenían vivo para que Trotsky no asumiera el poder. Y Stalin era sólo un secretario, actuaba en representación de Lenin. Vio que aquél era el momento. Ya había remplazado a todas las personas en los puestos estratégicos, y Lenin estaba acabado. Trotsky vio que no tenía ninguna posibilidad de seguir vivo; viendo la situación, huyó de la Unión Soviética.

E hizo bien en huir, porque Stalin mató hasta a su perro; era un hombre muy vengativo. Y, finalmente, también acabó con Trotsky, en México. Aunque había huido lo más lejos posible, enviaron a un asesino profesional para matarlo. Las siguientes personas en la línea de sucesión eran Kamenev y Zinoviev. Los detuvieron, los enviaron

a Siberia y nunca más se supo de ellos.

Trotsky era la persona más importante, pero estaba tan seguro de su importancia que nunca se preocupó de lo que ocurría a sus espaldas. Como Stalin sabía perfectamente que a él podían hacerle lo mismo que él había hecho a Lenin, a Trotsky, a Kamenev, a Zinoviev y a todos los que estaban por encima de él, puso a personas de su confianza, pero conservó una distancia enorme con ellos. Nadie se podía considerar amigo suyo. En la política del poder, los amigos son peligrosos porque son demasiado íntimos, demasiado cercanos y peligrosos.

Jruschov idolatraba a Stalin. El día que Stalin murió, Jruschov asumió el cargo de primer ministro y, por primera vez, expuso sus propias ideas en su gabinete. Dijo:

—Llevo cuarenta años consumiéndome. He visto hacer cosas a Stalin que nunca había hecho nadie en toda la historia.

Después de la revolución, mató a casi diez millones de personas. Alguien desde el fondo de la sala preguntó:

—Si eso es verdad y ese hombre era un asesino, ¿qué hizo usted? ¿Por qué no lo contó antes?

—Camarada —rio Jruschov—. Póngase en pie que quiero ver su cara y, por favor, deme su nombre. —Nadie se puso en pie. Volvió a preguntar, y luego dijo—: ¿Entiende ahora por qué estuve callado? ¿Ha oído mi respuesta? Si se hubiera puesto en pie, habría sabido lo que me habría ocurrido a mí en caso de haber pronunciado una sola palabra contra Stalin.

Y a él le *ocurrió* lo mismo.

En la Unión Soviética había un grupo de la élite del poder que dirigía todo el circo, y tenían un poder absoluto. Tenían el poder del sacerdote porque habían destruido por completo la religión, ser sacerdote era inimaginable. Ellos también asumieron ese papel. Todos los libros eran publicados por el gobierno. Todos los periódicos, todas las revistas, cualquier información que llegara a la opinión pública era publicada por el gobierno. El gobierno hacía lo mismo que los sacerdotes habían hecho antes. El político había invadido totalmente el área del sacerdote; así que era el doble de poderoso. Él decidía qué estaba bien y qué estaba mal. Y también se había apoderado del tercer poder, porque todo se había nacionalizado.

¿Qué significa eso en realidad? Cuando las cosas están nacionalizadas, todo va a manos de los políticos: todas las fábricas, los campos, el dinero, todo; personas incluidas, porque las personas ya no son personas, son objetos. Así que en la Unión Soviética, sucedió algo muy especial. Por primera vez los tres poderes se convirtieron en uno. Por eso la Unión Soviética, el país entero, se convirtió en una cárcel, en un gran campo de concentración.

Tenemos que crear comunas modelo en todo el mundo, que la gente pueda visitar y ver que el poder no es en absoluto imprescindible, que se puede ser feliz sin tener poder, que no hace falta esclavizar a nadie.

Todo lo que intentes hacer esclavizando a alguien puede hacerse, y con mayor facilidad, siendo amigable, siendo más cordial. No es necesario clasificar a la gente en diferentes niveles. Cualquiera que esté contribuyendo a la comuna de cualquier modo, por ejemplo limpiando retretes, es tan importante como el rector de universidad, porque ambos están haciendo algo esencial. De hecho, el rector puede permitirse ausentarse sin ningún problema, pero el que limpia el retrete, no; él es más necesario, se le necesita con más prioridad. Así que también se le debería otorgar más respeto.

Pero nadie siente inferioridad o superioridad alguna. Es algo que no preocupa a nadie. Cuando acaba la jornada de trabajo, todo el mundo disfruta bailando y cantando. Los profesores, los terapeutas, los limpiadores. No hay clases.

Para mí, éste es el verdadero comunismo. En nuestras comunas no hemos impuesto ninguna igualdad. Cada uno es único, no hay nadie igual; sin embargo, hay una sutil corriente de igualdad que no te hace similar. Sigues siendo único y, a la vez, toda desigualdad desaparece. O no hay ningún sacerdote o todos son sacerdotes. O nadie busca poder o todos tienen poder, no hay problema. Si alguien quiere colgarse al cuello un cartel que diga: «Soy el presidente del universo», nadie objetará nada. ¡La gente lo encontrará muy divertido! Nadie le dirá: «Eso no es posible, no lo pareces. Estás declarando ser el señor de todo el universo y estás limpiando los aseos». Nadie le dirá eso. Puede ir a los aseos y limpiarlos con el cartel colgado al cuello; y no hay ninguna contradicción. La gente se lo tomará como una broma.

Cualquiera que finja tener poder será tomado en broma, con buen humor; como si se hubiera vuelto un poco loco.

Entiendo cuando dices que los políticos y los sacerdotes están explotando y engañando a la gente. Pero a veces parece que estuvieras hablando de ellos como si fuesen del espacio exterior que nos han impuesto. Y más bien, a mí me parece que esos políticos y sacerdotes salen de entre nosotros y que, por lo tanto, somos plenamente responsables por sus actos y quejarnos de ellos es como quejarnos de nosotros mismos. ¿No lleva cada uno de nosotros un político y un sacerdote en su interior?

Por cierto, los políticos y los sacerdotes no vienen del espacio exterior; salen de entre

nosotros. Los demás también tenemos la misma ambición de poder, el mismo deseo de ser más santos que los demás. Pero ellos son quienes más éxito han tenido en lo concerniente a estas ambiciones y deseos.

Es verdad, somos responsables, pero es un círculo vicioso; nosotros no somos los únicos responsables. Los políticos y sacerdotes exitosos van inculcando en las nuevas generaciones las mismas ambiciones; ellos hacen la sociedad, ellos cultivan su mente y sus condicionamientos. Ellos también son responsables; y más responsables que la gente común, porque la gente común es víctima de todo tipo de programas que le han impuesto.

El niño llega al mundo sin ninguna ambición, sin codicia de poder, sin ninguna idea de que él esté por encima, sea más santo ni superior. Está claro que él no puede ser responsable. Los que lo educan, los padres, la sociedad, el sistema educativo, los políticos, los sacerdotes, la misma cuadrilla va despojando a cada niño. Por supuesto, a su vez, el despojo... es un círculo vicioso. ¿Por dónde romperlo?

Reitero mi condena a los sacerdotes y los políticos porque es por ahí por donde se puede romper. Condenar a los bebés que vienen al mundo no sirve de nada. Condenar a las masas tampoco, porque la gente ya ha sido condicionada; está siendo explotada. Están sufriendo, son desgraciados. Pero nada los despierta; están profundamente dormidos. En los únicos que debe concentrarse nuestra condena es en los que tienen poder, porque son los que pueden contaminar a las generaciones futuras. Si conseguimos hacer que se detengan, podremos tener un hombre nuevo.

Ya sé que todo el mundo es responsable. Ocurra lo que ocurra, de un modo u otro, todo el mundo tiene su propia parte en ello. Pero para mí, lo importante es saber a quién atacar para que la nueva generación de niños no tenga que entrar en el círculo vicioso. La humanidad lleva siglos dando vueltas en él. Por eso, yo no condeno a las masas comunes, no te condeno a ti. Condeno a aquellos que ahora están en una posición tal que, si se relajaran un poquito en lo relativo a sus intereses privados y tuvieran en cuenta a las desgraciadas masas de la humanidad, pueden dar paso a la transformación; se puede romper el círculo vicioso.

He elegido a los políticos y a los sacerdotes a propósito. Hay muchos otros aspectos a tener en cuenta. El sacerdote sabe a la perfección que Dios no existe. En este mundo, él es el único que sabe que Dios no existe, pero su profesión depende totalmente de ese Dios que no existe. No puede decir la verdad porque iría en contra de sus propios intereses; no sólo arruinaría su negocio, sino que además estaría estropeándole el negocio a las generaciones venideras. Él sabe que los rituales son pura pantomima, que los mantras no tienen poder, que su teología no es más que una justificación. Nadie lo sabe mejor que él; él ha estudiado las escrituras y sabe que no hay ninguna evidencia de Dios

en ninguna parte. Interpreta las escrituras de una forma provechosa para su profesión. Se dedica a hacer comentarios de las antiguas escrituras, añadiendo cada vez más cosas provechosas para su profesión.

Según los tiempos van cambiando, tiene que ir haciendo nuevos agregados. Por ejemplo, Manu, un pensador de hace cinco mil años, sacerdote, el padre del sacerdocio, con su *Manusmriti*, las «memorias de Manu», que los hindúes siguen al pie de la letra, creó el sistema de castas, una de las cosas más horribles de la existencia.

Debido a ello, una cuarta parte de los hindúes han sufrido una larga esclavitud, explotación y humillación. Han sido reducidos casi a seres subhumanos; los llaman *achhut*, intocables. Han caído tan bajo que ni siquiera puedes tocarlos; si lo haces, tienes que bañarte de inmediato. Sólo con tocarlo con su sombra, te mancha. Manu redujo a un cuarto de los hindúes a la esclavitud, al parecer, eternamente.

Reservó la posición más alta de la sociedad para el clero, pero fue muy listo, muy astuto: la superioridad se la otorgó a los brahmanes, pero no les otorgó riquezas, ningún poder material, temporal. Dividió las castas para que no hubiera conflicto. El poder temporal se lo otorgó a los integrantes de la segunda clase: los guerreros, *kshatriyas*. Ellos serían los reyes, los generales, los soldados, los combatientes, y pertenecerían a la segunda clase. Y el dinero se lo otorgó a la tercera clase: los comerciantes, los *vaishyas*. A la cuarta clase no le otorgó nada; excepto la esclavitud.

Se puede ver su astucia... él reparte. A los brahmanes no les otorgó el dinero y el poder temporal porque entonces estarían enfrentados a las tres cuartas partes de la sociedad, no podrían controlar a tanta gente. Y si tuvieran el poder espiritual, el poder material y el dinero, existiría resentimiento, ira, violencia; habría revueltas. Así que a los brahmanes les otorgó el poder sagrado; ellos son los más elevados, los más santos, pero no les dio nada temporal.

El poder temporal se lo cedió a los guerreros. Eso los complacía, porque ellos serían los reyes; los brahmanes no pueden ser reyes. Y, ¿a quién le importa el poder espiritual? Que se queden el poder espiritual; es casi como no tener nada, tan sólo una superioridad nominal; de este modo, los guerreros no se enfadaron por ello. Al contrario, estaban contentos de que una cuarta parte de la sociedad nunca entraría en conflicto con ellos, como ya son superiores, no tienen nada que ganar. Y los guerreros son los más poderosos.

A la tercera, le concedió el dinero y todas las demás cosas mundanas. Son aquellos que no pueden luchar, que no son guerreros, pero pueden ganar dinero, pueden producir riqueza.

Quizá te sorprenda saber que en India, antes de que se convirtiera en un país esclavo, todos los reyes estaban en deuda con los ricos. ¿De qué otro modo iban a conseguir

dinero? Sólo a través de préstamos. Pueden pagar cuando invaden algún otro país; de otro modo, tienen que pedir préstamos a los comerciantes. Y los comerciantes están contentos; poseen todas las cosas materiales, el dinero... No sólo eso, les prestan dinero a los reyes, los brahmanes tienen que depender de ellos para todo; por lo tanto, se creen superiores... Pero básicamente los empresarios tienen el poder, ellos son los que tienen el dinero.

Y contra estas tres clases, la pobre cuarta no tiene nada que hacer. Se les priva de toda educación, incluso se les prohíbe vivir en la ciudad; tienen que hacerlo en las afueras. No pueden sacar agua del pozo de la ciudad; tienen que construir sus propios pozos o acarrear el agua desde el río. Están completamente apartados de la sociedad. Sólo vienen a servir y a hacer todas las cosas desagradables que nadie más quiere hacer. Y hay tres poderosos sectores para seguir reprimiéndolos; ellos tienen dinero, tienen la fuerza, los dones espirituales; son los representantes de Dios.

Han mantenido esto cinco mil años, a la cuarta, los esclavos, les han hecho creer que uno nace esclavo por las malas acciones que ha cometido en su vida pasada y ése es su castigo. El brahmán goza de su posición por las buenas acciones de su vida pasada. Y no hay posibilidad de ascenso; uno no puede pasar de una casta a otra.

En India, después de Manu, el elemento más antirrevolucionario han sido los sacerdotes; es normal, perderían su superioridad. Los reyes se postran ante ellos y tocan sus pies; su ego queda satisfecho. Y la historia se repite en todo el mundo, en todas partes el clero ha mantenido su superioridad. No de una forma tan obvia como en India, pero existe una sutil separación. En todas partes, el sacerdote es el superior, el guerrero el segundo y el rico el tercero. El cuarto es el esclavo, el sirviente, es igual en todas partes.

Estos sacerdotes se dedican a predicar a todos los niños un determinado tipo de ideas para conservar a la sociedad en marcha; o atascada. Los políticos mantienen una profunda alianza conspirativa con los sacerdotes. Los políticos están poseídos por una gran codicia, pero si quieren poder, necesitan la bendición de los sacerdotes, porque los sacerdotes tienen el control espiritual de la humanidad. Si un político va con un sacerdote y le toca los pies, los seguidores del sacerdote votarán por él. Hay una confabulación: los políticos elogian a los sacerdotes, su religión, su ideología, y los sacerdotes bendicen a los políticos y su ideología. Y juntos, esos dos poderosos grupos aplastan y exprimen a toda la sociedad.

Ya sé que todo el mundo es responsable, pero no todo el mundo tiene el poder suficiente para romper el círculo; por eso siempre estoy metiéndome con los sacerdotes y los políticos. Y ahora me tienen miedo; es probable que sea la primera vez que le tienen miedo a un solo hombre. No me permiten entrar en ningún país del mundo. Y los sacerdotes están detrás de los políticos, que hacen las leyes para que se me prohíba la

entrada.

En Estados Unidos, los políticos desaparecieron nuestra comuna, pero detrás de los políticos estaban los fundamentalistas cristianos, el grupo de sacerdotes cristianos más ortodoxo. El propio Ronald Reagan era un fundamentalista cristiano. Y ser fundamentalista cristiano significa ser ultraortodoxo. El fundamentalista cree que cada palabra de la Biblia es sagrada, procede de la propia boca de Dios. Esos dos grupos se confabularon para destruir la comuna.

El otro día me llegó la noticia de que ahora están haciendo un memorial en Oregón; obispos, políticos y todo tipo de ciudadanos destacados y prominentes están poniendo el dinero; un gran memorial que conmemore su victoria, su rechazo a las fuerzas del mal que habían creado la comuna. Me echaron, destruyeron mi trabajo, y no satisfechos con ello, se empeñan en construir un memorial para que las generaciones futuras lo recuerden.

Y tanto los sacerdotes como los políticos son vulnerables; no tienen suelo bajo sus pies. Sólo hay que darles el golpe definitivo que acabe con ellos.

Y cuando haya acabado con ellos, la sociedad saboreará la libertad.

Podemos criar a los niños de un modo más humano, incondicional e inteligente, con una visión global de la Tierra; sin cristianos, sin hindúes, sin musulmanes, sin indios, sin chinos, sin estadounidenses. Las naciones y las religiones son engendros de los sacerdotes y los políticos. Cuando ellos estén acabados, las religiones y las naciones también estarán acabadas.

Y un mundo libre de religiones, libre de naciones, será un mundo humano; sin guerras, sin luchas innecesarias por cosas que nadie ha visto...

Es una gran estupidez que la gente lleven miles de años matándose los unos a los otros en nombre de Dios. Y ni los unos ni los otros lo han visto, ni tienen prueba alguna, ni tienen la menor evidencia de que Dios exista. Y ni siquiera se avergüenzan, porque nadie les ha planteado la cuestión mirándolos directamente a los ojos... Y parten a cruzadas, a *yihads*, a guerras religiosas en las que eliminan a todo aquel que no crea en su dogma, porque su dogma es divino y todos los demás son obra del diablo.

Están intentando servir a la humanidad matando gente. Su intención es liberar a los otros de las garras del diablo. Pero lo curioso es que cada una de las religiones cree que la otra es obra del diablo.

Así que la lucha continúa. Los políticos combaten guerra tras guerra; ¿para qué? No tiene sentido. Si en la Tierra no hay líneas, ¿para qué hacer mapas y trazar líneas?

Uno de los profesores que tuve era un hombre muy inteligente. Un día trajo unos pedazos de cartón; había troceado todo el mapa del mundo en pequeñas piezas, las puso sobre la mesa y preguntó: «¿Puede alguien colocarlas correctamente?». Muchos lo

intentaron y fracasaron. Tan sólo un niño, viendo que todos se equivocaban y no conseguían construir el mapa del mundo uniendo las partes, miró el reverso de una de las piezas. Luego, volteó todos los pedazos y descubrió la figura de un hombre. Colocó la figura del hombre, que era muy fácil, y ésa era la clave. Cuando el hombre quedaba colocado por un lado, el mapa del mundo quedaba por el otro.

Quizá con el mundo real ocurra lo mismo... Si conseguimos colocar al hombre, el mundo quedará en orden. Si conseguimos que el hombre sea silencioso, pacífico, amoroso; las naciones desaparecerán, las guerras desaparecerán, toda la sucia política desaparecerá. Y recuerda, toda política es sucia; no hay política de otro tipo.

Pero tenemos que golpear a los que tienen el poder. Atacar al pobre hombre común no sirve de nada, porque él no tiene el poder, es una víctima; aunque consiguiéramos cambiarlo, no sería un gran cambio. Pero si consiguiéramos abolir la conspiración entre religión y política, sacerdotes y políticos, sería en verdad un gran cambio, una revolución; la única revolución necesaria y que todavía no se ha producido.

**¿Es realmente imposible que un político sea un hombre religioso, o que un hombre religioso sea un político?
Porque, en mi opinión, cualquier esperanza de cambio real depende de que haya un liderazgo en verdad sabio.**

Es por completo imposible que un político sea un hombre religioso, porque los caminos de la política y la religión son diametralmente opuestos.

Tienes que entender que no se trata de añadir algo a tu personalidad. La religiosidad, la conciencia, la meditación, no una adición. Siendo político, puedes ser pintor, puedes ser poeta, puedes ser músico; esas actividades son adiciones. La política y la música no son diametralmente opuestas; al contrario, la música puede ayudarte a ser mejor político. Te relajará, te ayudará a descargar todas las ansiedades que un político tiene que soportar durante el día.

Pero la espiritualidad no es una adición, es una dimensión diametralmente opuesta. Así que primero tienes que entender qué es el hombre político, qué significa con exactitud.

El político es un hombre enfermo, psicológica y espiritualmente enfermo. A nivel físico, puede estar a la perfección. Los políticos suelen gozar de buena salud, toda la carga la soporta su psique. Es algo fácil de ver, en cuanto el político pierde su poder, empieza a perder su salud física.

Es curioso... mientras estaba en el poder, agobiado por tantas ansiedades y tensiones, estaba físicamente perfecto. En cuanto el poder desaparece, todas las ansiedades

desaparecen con él; ahora serán de otro. Su psique queda descargada, pero al descargarse, toda su enfermedad desciende sobre su cuerpo.

Fisiológicamente hablando, el político sufre sólo cuando pierde el poder; mientras no sea así, los políticos tienden a vivir mucho tiempo, gozan de buena salud. Eso se debe a que toda su enfermedad la recibe su psique, y mientras la psique recibe todo el mal, el cuerpo puede vivir sin la carga. Pero si la psique suelta toda su carga, ¿dónde irá? Por debajo de tu existencia psíquica, está tu existencia física; toda la enfermedad desciende sobre el cuerpo. Fuera del poder, los políticos tienden a morir muy pronto. Los políticos en el poder viven mucho tiempo. Es un hecho sabido, pero la causa no es muy conocida.

Así que lo primero que hay que entender es que el hombre político está psicológicamente enfermo, y cuando la enfermedad psicológica se vuelve demasiado grande, cuando su psique ya no puede soportarla más, tiende a convertirse en enfermedad espiritual. Pero cuidado, si el político está en el poder, su enfermedad psíquica acabará extendiéndose a su ser espiritual. Su enfermedad psíquica no cae porque él la está sujetando. Es su poder, cree que es su tesoro; no permitirá que caiga.

Yo lo llamo enfermedad. Para él, es toda su proyección de ego. Vive para ello; no hay ningún otro propósito para él. Así que cuando está en el poder se aferra con firmeza a su enfermedad, pero no conoce en absoluto el mundo espiritual, de manera que esas puertas están abiertas. Él no puede cerrar esas puertas; no tiene ni la menor idea de que exista algo más que su mente. Mientras está en el poder, su enfermedad es psicológica; cuando es muy fuerte, cuando llega a un determinado nivel, desborda su psique y alcanza su espiritualidad. Cuando está fuera del poder, tiende a no aguantar toda esa estupidez. Entonces, sabe lo que era, en ese momento se es consciente de que no era nada que mereciera la pena aguantar. Y en cualquier caso, no hay nada que aguantar, el poder se ha ido, él no es nadie.

Desesperado, se relaja; quizá, debería decir: la relajación viene a él de forma automática. Ahora puede dormir, puede pasear por la mañana. Puede contar chismes, puede jugar al ajedrez, puede hacer lo que quiera. Se da cuenta de que se va aflojando psíquicamente. Las puertas entre su psique y su cuerpo, que había mantenido cerradas, empiezan a abrirse, y a partir de ahora su cuerpo empezará a padecer. Puede que le dé un infarto o que lo ataque cualquier tipo de malestar; todo es posible. Su enfermedad psíquica fluirá a la parte más débil de su cuerpo. En el poder, sin embargo, fluye hacia arriba, hacia su ser, del que él es inconsciente.

Y ¿cuál es la enfermedad?

La enfermedad es el complejo de inferioridad.

Todo aquel que se interesa por el poder padece de un complejo de inferioridad. En el fondo se siente indigno, inferior a los demás. Y, sin duda, en muchos sentidos, todo el

mundo es inferior. Tú no eres un Yehudi Menuhin, pero no tienes por qué sentirte inferior porque tú nunca has intentado serlo y ni siquiera te interesa. Yehudi Menuhin tampoco es tú. Así que, ¿cuál es el problema, dónde está el conflicto? No hay ninguno.

Pero en la mente política hay una herida de inferioridad, y el político no deja de hurgar en la herida. Se compara con gigantes: desde el punto de vista intelectual no es un Albert Einstein, desde el psicológico no es un Sigmund Freud... Si te comparas con los gigantes de la humanidad, te sentirás totalmente insignificante e indigno.

Hay dos formas de eliminar esa indignidad: por medio de la religión o por medio de la política. En realidad, la política no la elimina, sólo la cubre. El hombre que se sienta en la silla del presidente es el mismo que estaba enfermo, el mismo que se sentía inferior. Pero, ¿cómo va a cambiar su situación interna el hecho de sentarse en la silla del presidente?

Mi primer conflicto con el anterior primer ministro de India, Morarji Desai, ocurrió de la siguiente manera: Acharya Tulsi era uno de los más importantes monjes jainistas. Importante para los jainistas, no para mí; para mí es la persona más falsa que uno se pueda encontrar. En realidad, me resulta muy difícil encontrar una persona lo suficientemente falsa para compararla con él, vencería a cualquiera. Él convocó una conferencia religiosa; era su conmemoración anual, el aniversario de su fundador. Entre los invitados estábamos Morarji Desai y yo mismo. Había al menos veinte invitados de toda India, de todas las religiones, de todas las corrientes de pensamiento e ideología y más de cincuenta mil seguidores.

Antes del mitin, Acharya Tulsi saludó a los veinte invitados especiales. Debió ser, más o menos, en 1960, en un pequeño pueblo de Rajasthan, Rajsamund. Hay un lago hermoso, enorme, de ahí el nombre, Rajsamund. *Samund*, en rajasthaní, significa mar, y *raj* significa real. Y es tan hermoso que el nombre le encaja a la perfección. Es un mar real, muy imperial. Sus olas son casi tan grandes como las del océano. Aunque sólo es un lago, no se alcanza a ver la otra orilla.

Ejerciendo su función de anfitrión, nos reunió a todos antes de hablar a las cincuenta mil personas que habían acudido, para que nos presentáramos. Pero desde el principio empezaron las dificultades.

El problema se produjo porque él se sentaba sobre un pedestal alto y todos los invitados estábamos sentados en el suelo. A nadie pareció importarle, excepto a Morarji Desai. Él era el único político entre aquellas veinte personas. Había científicos, D. S. Kothari, entonces director de la Comisión de Energía Atómica de India, y algún rector de universidad. Había personas de todas partes, y a nadie más le importó.

—Quisiera iniciar la conversación —pidió Morarji. Estaba sentado a mi lado. Entonces, ni él ni yo sabíamos que en aquel momento se estaba iniciando una amistad de

por vida. Continuó—: Usted es el anfitrión y nosotros sus invitados. Mi primera pregunta es: ¿qué regla de cortesía dice que los invitados se sienten en el suelo y el anfitrión se sienta en un pedestal en alto? Si estuviera en un mitin, sería comprensible que se sentara más alto para que la gente pudiera verlo y oírlo. Pero sólo somos veinte personas; y usted no está en ningún mitin, estamos conversando, presentándonos entre nosotros, antes de empezar la conferencia.

Acharya Tulsi se quedó perplejo. Para una *verdadera* persona religiosa habría sido muy fácil bajar y disculparse: «Ha sido un error terriblemente estúpido por mi parte». Pero él no se movió de su posición. En lugar de ello, ordenó a uno de sus principales discípulos, Muni Nathmal, que sería quien le sucediera, que respondiera la pregunta.

Muni Nathmal estaba aún más perplejo y nervioso; ¿qué decir? En aquel entonces Morarji Desai era ministro de Economía de India, por eso lo habían invitado. Estaban intentando fundar una universidad del jainismo, y él era el hombre clave. Si él accedía, el dinero no sería problema. Muni Nathmal dijo:

—No es por descortesía con los invitados, en nuestra tradición, el jefe de la secta se sienta más alto. Sólo estamos siguiendo la costumbre, no significa nada más. No hay intención de insultar a nadie.

Morarji no era una persona fácil de callar con tales respuestas:

—Nosotros no somos sus discípulos —afirmó—, usted no es nuestro jefe. Ninguna de las veinte personas que estamos aquí le ha reconocido como su maestro o jefe. Entre sus discípulos, su secta, su gente, puede sentarse en el pedestal que quiera; pero nosotros somos invitados. En segundo lugar, usted se autoproclama santo revolucionario, entonces, ¿por qué aferrarse a una costumbre, a una tradición tan incivilizada e inculta? —. Ésa era una de las proclamas de Acharya Tulsi, que era un santo revolucionario.

Nathmal y Acharya Tulsi se quedaron callados, y todos los demás invitados empezaron a sentirse un poco incómodos; ése no era un buen comienzo. Le pregunté a Morarji Desai:

—Aunque no sea asunto mío y a mí me da igual, a la vista de la situación..., ¿le importaría que le contestara yo? Sólo para comenzar la conversación y que este grupo no acabe en una situación incómoda.

—Me importa la respuesta —aseguró él—. Sí, puede contestarme.

—Para empezar —comenté—, hay otras diecinueve personas, usted no está solo aquí. Y nadie más lo ha planteado; ¿por qué sólo lo planteó usted? A mí no se me ocurrió. —Entonces me dirigí a los demás—: ¿Se han planteado esa cuestión? Si no se lo han planteado, por favor, levanten la mano. —Las dieciocho manos se levantaron, confirmando que no se lo habían planteado. Luego, le insistí a Morarji Desai—: Usted es la única persona que se ha sentido ofendida. Tiene que llevar una herida, tiene que

padecer alguna inferioridad; usted es un caso psicológico. Como puede ver, usted conoce perfectamente al doctor D. S. Kothari, porque él es el jefe de la Comisión de Energía Atómica de India; conoce a todas estas personas prominentes; a ninguna de estas personas le ha importado.

»¿Qué más da? —pregunté—. ¿Ve la araña que camina por el techo? Ella está más alta que Acharya Tulsi... ¿Acaso estar más alto te hace mejor? Pero por alguna razón, a usted le duele. Usted lleva una herida que no se ha cerrado ni siquiera siendo ministro de Finanzas de India. A usted le gustaría llegar a ser primer ministro de India.

Él se enfadó mucho.

—¿Está diciendo que estoy psicológicamente enfermo? —quiso saber.

—Sí, claro —respondí—. Esas dieciocho manos que se han levantado lo están confirmando, están diciendo: «Parece que es un hombre muy vulnerable en lo que respecta a su ego, muy inseguro»; el simple hecho de que un monje se siente un poco más alto le molesta.

»Supongamos, por ejemplo —proseguí—, que Acharya Tulsi lo invitara a sentarse con él en el alto pedestal —y déjeme recalcar que ni siquiera entonces Acharya Tulsi lo invitó—. Por ejemplo, si lo invitara a subir y estuviera en el pedestal, ¿pediría lo mismo para esas dieciocho pobres almas que están sentadas en el suelo? ¿Se habría planteado la cuestión?

—Eso nunca me lo he planteado —contestó él—. Es posible que esa cuestión no surgiera, porque en cientos de mítines y conferencias, he estado sentado en el pedestal y esa cuestión no surgió nunca.

—Eso confirma —sentencié— que el problema no es que Acharya Tulsi esté sentado más alto que usted. La cuestión es que usted esté sentado por debajo de Acharya Tulsi. Cambie la pregunta, pregunte por qué está usted sentado por debajo de Acharya Tulsi; eso es lo que debería haber preguntado. Habría sido más auténtico. Usted está proyectando su enfermedad en otra persona.

»Pero quizá esa otra persona esté tan enferma como usted, porque si yo hubiera estado en su lugar... para empezar, si yo hubiera sido el anfitrión y ustedes los invitados, nunca me habría sentado ahí. En segundo lugar, si por casualidad, por alguna circunstancia, me sentara ahí, en cuanto usted me lo hubiera preguntado, me habría bajado. Ésa habría sido suficiente respuesta: “No hay problema; es una costumbre nuestra y había olvidado que eran mis invitados, porque sólo recibo invitados una vez al año, sin embargo, a mis discípulos los recibo todos los días. Así que perdónenme e iniciemos la conversación que ha motivado que nos reunamos aquí”.

»Pero él no se ha bajado. No tiene el coraje. Está ahí sentado como muerto, tiene tanto miedo que no puede ni respirar. No tiene ninguna respuesta; le ordenó a su

secretario que le respondiera. Y la cuestión que usted ha planteado, sobre la que también ha mantenido silencio, es que se haya autoproclamado santo revolucionario. Él no es ni santo ni revolucionario, luego, ¿qué respuesta puede darle? Pero quien en realidad me preocupa no es él, quien en verdad me preocupa es usted. Ésta es la mente política que siempre piensa en términos de superior e inferior, en términos de poder.

Por supuesto, Morarji Desai se enfadó, y siguió enfadado durante muchos años.

El ego es muy sutil y resbaladizo. Y el político está enfermo por su ego.

Así que hay dos caminos: o bien cubrir la herida llegando a ser presidente o primer ministro... Puede cubrir la herida, pero la herida está ahí. Puede engañar a todo el mundo, pero ¿cómo va a engañarse a sí mismo? Lo sabe. La herida está ahí, la ha cubierto.

Recuerdo una curiosa historia. Sucedió en Prayag, un lugar muy sagrado para los hindúes, donde tres ríos se encuentran. Saben que todo el país es tratado como un retrete; no existe una demarcación que separe dónde es retrete y dónde no. Donde sea que encuentres un lugar, ése es el retrete.

Por la mañana temprano, un brahmán debía haber ido a tomar su baño, y antes de su baño, fue a defecar. Quizá tuviera prisa, o un problema estomacal o algo, pero se dirigió al *ghat*, un lugar pavimentado donde la gente deja su ropa y se va a tomar el baño. No está permitido; nadie te lo impide, pero está muy mal visto defecar en ese lugar pavimentado donde la gente suele dejar su ropa.

Pero el hombre debió tener algún problema. Yo lo puedo entender, no dudo de sus intenciones; nunca dudo de las intenciones de nadie. Defecó allí, y cuando estaba terminando, vio que se acercaba gente. Así que rápidamente cubrió sus excrementos con las flores que llevaba para hacer la ofrenda. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Las personas se acercaron y le preguntaron:

—¿Qué es esto?

—En un *shivalingam* —contestó él—, estoy orando.

Y se puso a adorar, y como un brahmán estaba rezando, otros empezaron a echar sus flores encima: ¡apareció un *shivalingam*! Eso se considera un gran milagro en India; cuando una estatua surge de la nada, o cuando quieras hacer un milagro, ésta es la forma más sencilla. Otros empezaron a cantar mantras, y qué decir de aquel hombre... se sentía fatal. No sólo había ensuciado el lugar, sino que además había mentido. Una mentira engendra otra mentira. Y, ¿a qué lo había llevado? ¡Ahora lo estaba adorando, y otros se le habían unido!

¿Cómo va a olvidarlo? ¿Existe algún modo de que ese hombre olvide lo que hay debajo de las flores?

La situación de los políticos es similar; tan sólo pus, heridas, inferioridad, sentimiento

de indignidad. Sí, ha llegado muy alto, y en cada peldaño de la escalera alberga la esperanza de que en el próximo la herida se cure.

La inferioridad genera ambición, porque ambición no es más que la intención de demostrar que eres superior. La ambición no tiene otro significado que el de demostrar que eres superior. Pero a no ser que sufras de inferioridad, ¿por qué el esfuerzo de demostrar que eres superior?

Nunca he votado en mi vida. Tenía dos tíos que estaban implicados en la lucha por la libertad de India y ambos estuvieron en la cárcel. Ninguno de los dos pudo acabar sus estudios por haber sido detenidos y encarcelados. Uno de mis tíos estaba en su clase de graduación cuando fue detenido, por estar implicado en una conspiración para destruir un tren mediante una bomba en un puente. Estaban fabricando una bomba; y como él era estudiante de química, solía llevarse del laboratorio los productos necesarios para hacerla. Fue detenido cuando iba a presentarse a los exámenes finales, justo diez días antes. Entonces sus estudios se acabaron para siempre, porque cuando regresó, tres años después, era demasiado tarde para volver a empezar. Así que se hizo comerciante.

Cuando lo detuvieron, mi tío mayor estaba en su último curso de licenciatura en Letras. Él también formaba parte del grupo de conspiradores contra el gobierno. Toda mi familia era política, excepto mi padre. Así que todos me preguntaban:

—¿Por qué no te registras, por qué no votas? ¿Por qué malgastas tus energías? Si tomaras el camino de la política, podrías llegar a ser presidente o primer ministro de la nación.

—Has olvidado por completo con quién estás hablando —les contestaba—. Yo no tengo ningún complejo de inferioridad, así que ¿por qué iba a querer ser presidente de la nación? ¿Por qué iba a malgastar mi vida en llegar a ser el presidente de la nación? Es como si quisieras que me operaran de cáncer sin tenerlo; es extraño. ¿Por qué me iban a operar sin necesidad? Tú sufres algún complejo de inferioridad y lo estás proyectando en mí. Yo estoy muy bien tal como soy. Estoy completamente agradecido a la existencia esté donde esté. Hoy es un buen día ocurra lo que ocurra. Mejor de lo que hubiera podido pedir, así que no hay forma de decepcionarme.

—Qué cosas más extrañas dices —replicaban ellos—. ¿Qué es eso del complejo de inferioridad y qué tiene que ver con la política?

—Ni ustedes ni sus grandes políticos —insistía yo— entienden nada de psicología básica.

Todos esos políticos en la cima del mundo son personas enfermas, están allí para seguir cubriendo su herida. Sí, pueden engañar a los otros. Cuando Jimmy Carter sonrío, te engaña, pero ¿cómo va a engañarse Jimmy Carter a sí mismo? Él sabe que es sólo un ejercicio de sus labios. Por dentro, no hay nada, ninguna sonrisa.

Cuando la gente alcanza los peldaños más altos de la escalera, se da cuenta de que ha desperdiciado toda su vida. Ha llegado, pero ¿adónde? Ha llegado al puesto por el que ha luchado; y no fue una lucha pequeña; fue una lucha con uñas y dientes, haciendo daño a mucha gente, utilizando como medios a muchas personas, pisoteándolas. Has llegado al último peldaño de la escalera, pero ¿qué has conseguido? Simplemente desperdiciar toda tu vida.

Claro que para aceptarlo es necesario un enorme coraje. Es mejor seguir sonriendo y seguir manteniendo las apariencias: al menos los demás creen que eres grande. Tú sabes quién eres. Estás exactamente igual que antes; puede que peor, porque toda esa lucha, toda esa violencia, te ha empeorado. Has perdido toda humanidad. Ya no eres una persona. Estás tan lejos de ti que Gurdjieff solía decir que no todas las personas tenían alma, por una sencilla razón... no es que sea literalmente verdad, pero solía decir: «No todo el mundo tiene alma, sólo tienen las pocas personas que descubren su ser; ellos la tienen. Los demás viven en la ilusión, porque las escrituras dicen, y todas las religiones predicán, que uno nace con alma».

Gurdjieff es muy drástico. Sostiene: «Eso es una tontería. No se nace con alma. Hay que ganársela, hay que merecerla». Y entiendo por qué lo decía, aunque yo no afirmaría que no se nace con alma.

Se nace con alma, pero esa alma sólo es un potencial, y lo que Gurdjieff está diciendo es exactamente eso. Tienes que desarrollar ese potencial. Tienes que ganártelo. Tienes que mereértelo.

El político se da cuenta cuando toda su vida se ha ido al garete. Ahora, o bien tiene que confesar... lo cual resulta muy estúpido porque estaría confesando que toda su vida ha sido un idiota.

Las heridas no se curan cubriéndolas.

La religiosidad, la meditación son una cura. La palabra *meditación* y la palabra *medicina* proceden de la misma raíz. La medicina es para el cuerpo; la meditación es para el alma lo que la medicina es para el físico. Es medicinal, es una cura.

Me preguntas, ¿puede el político ser religioso?

Mientras siga siendo político, es imposible. Si deja la política, sí; cuando deja de ser un político, puede convertirse en un hombre religioso. Así que no estoy diciendo que el político no pueda volverse religioso. Lo que estoy diciendo es que como político no puede ser religioso porque son cosas que pertenecen a dimensiones diferentes.

O bien cubres tu herida, o bien la curas. No puedes hacer ambas cosas. Para curarla tienes que descubrirla; no cubrirla. Descúbrela, conócela, profundiza en ella. Súfrela.

Eso es lo que significa para mí austeridad, y no aguantar el calor, el frío, la lluvia y el hambre durante días; ésa no es la forma de curarse a uno mismo. Gente que no sabe

nada te dará toda clase de consejos: «Haz esto y te curarás», pero no se trata de hacer algo. Lo que hace falta es una exploración sin prejuicios, sin condena, de todo tu ser, porque encontrarás que te han dicho muchas cosas que son malas, perversas. Pero no retrocedas, deja que sean. Necesitas no condenarlas, sencillamente.

Has comenzado una exploración. Sólo siente que ahí hay algo, siéntelo y sigue. No lo condenes, no lo nombres. No traigas ningún prejuicio en contra o a favor, porque es eso lo que te impide explorar. Tu mundo interno se cierra de inmediato, te pones tenso. ¿Algo malo?; vas adentro y ves algo, y te asusta que sea malo, avaricia, lujuria, envidia... Y te dices a ti mismo: «¡Dios mío! ¡Todas estas cosas, en mí! Es mejor no entrar en mi interior».

Por eso, millones de personas no entran en sí mismos.

Simplemente se sientan en la escalera a la puerta de su casa. Viven en el porche toda su vida. ¡Es una vida de porche! Nunca abren la puerta de sus casas. Y la casa tiene muchas estancias, es un palacio. Si vas adentro te encontrarás con muchas cosas que otros te han dicho que son malas. Tú no lo sabes, sólo di: «Soy un hombre ignorante. No sé quién eres. Sólo he venido a explorar, a inspeccionar». Y un inspector no necesita preocuparse de si es bueno o malo: mira, observa, inspecciona.

Y te sorprenderá la más extraña de las experiencias: detrás de lo que hasta ahora has llamado amor, se oculta el odio. Toma nota...

Detrás de lo que hasta ahora has estado llamando humildad, se oculta el ego. Toma nota...

Si alguien me pregunta: «¿Eres un hombre humilde?». No puedo decir que lo sea, porque sé que la humildad es la otra cara del ego. No soy egoísta, ¿cómo voy a ser humilde? ¿Me comprendes? Es imposible ser humilde sin tener un ego. Y cuando has visto que ambas cosas van juntas, ocurre lo más curioso, como te he contado. En cuanto ves que tu amor y tu odio, tu humildad y tu ego son uno, se evaporan.

Tú no haces nada en absoluto. Has visto su secreto. Ese secreto los ayudaba a mantenerse en ti. Has visto el secreto, ya no tienen donde ocultarse. Entra una y otra vez, y cada vez encontrarás menos cosas allí. Las congregaciones en tu interior se van marchitando, las aglomeraciones van desapareciendo. Y un día no muy lejano, te dejarán solo, y no habrá nadie: vacío en tus manos. Y, de repente, estás curado.

No compares; porque tú eres tú y los demás son los demás. ¿Por qué tendría que compararme con Yehudi Menuhin o Pablo Picasso? No veo qué sentido tiene. Ellos están haciendo lo suyo y yo estoy haciendo lo mío. Ellos disfrutaban haciendo lo suyo... quizá; porque acerca de ellos, no puedo estar seguro. Pero estoy seguro de mí, de que estoy disfrutando de lo que estoy o no estoy haciendo.

Digo que no puedo estar seguro acerca de ellos porque Pablo Picasso no era un

hombre feliz, de hecho, era muy infeliz. Sus cuadros muestran su desdicha interior en muchos sentidos, que él plasmó sobre el lienzo. Y, ¿por qué Picasso se convirtió en el mejor pintor de nuestro tiempo? Se debe a que nuestro tiempo es el que mejor conoce el sufrimiento.

Hace quinientos años, nadie lo hubiera considerado pintor. Se habrían reído de él y habría acabado en un manicomio. Y hace quinientos años, los manicomios no eran lugares agradables. Hacían toda clase de cosas, incluso golpeaban, porque pensaban que podían quitarle la locura a la gente a golpes. Se creía que la locura era una especie de posesión de algún espíritu malo. Creían que con una buena paliza la locura desaparecería.

Tan sólo hace trescientos años, sangraban a los locos para debilitarlos. Creían que sus energías eran poseídas por un espíritu maligno, y que al quitarle las energías se marcharía porque no tendría de qué alimentarse; se nutrían de la sangre de la persona. A ellos les parecía lógico y que era justo lo que hacían.

Nadie habría considerado que los cuadros de Picasso eran arte. Sólo la gente del siglo xx puede creer que Picasso es un gran pintor, porque sufre, es un poco consciente del sufrimiento, de la desdicha interior, y este hombre lo plasmó en colores sobre el lienzo.

Lo que tú ni siquiera eres capaz de expresar con palabras, Picasso fue capaz de plasmarlo en colores. No entiendes qué es, pero de algún modo sientes una profunda resonancia. Ejerce cierta atracción, despierta algo en ti. No intelectual porque no puedes deducir qué es, pero te quedas observando, mirando, como si fuera un espejo que refleja algo de tu interior, de tus intestinos. Los cuadros de Picasso llegaron a ser los mejores de nuestro tiempo porque eran casi como una radiografía. Hacen que emerja tu desdicha. Por eso he dicho «quizá». Y respecto a cualquier otro, sólo puedo decir quizá.

Sólo puedo estar seguro acerca de mí mismo. Yo sé que si sigues explorando tu mundo interior, sin condena, sin apreciación, sin pensar en absoluto, simplemente observando los hechos, éstos empezarán a desaparecer. Hasta que un día te dejan solo, la aglomeración ha desaparecido por completo; en ese momento sientes por primera vez qué es la sanación psíquica.

Y desde la sanación psíquica se abre la puerta a la sanción espiritual.

No necesitas abrirla, se abre sola. Sólo tienes que llegar al centro psíquico y la puerta se abre. Te estaba esperando, puede que durante muchas vidas. Cuando llegas, la puerta se abre de inmediato, y desde esa puerta no sólo te ves a ti mismo, sino que ves toda la existencia, todas las estrellas, el cosmos.

Por eso puedo afirmar categóricamente que ningún político puede volverse religioso a no ser que abandone la política. Entonces ya no será un político, y lo que estoy diciendo no le atañerá.

También has preguntado: ¿puede un hombre religioso hacerse político? Eso es incluso más imposible que lo primero, porque no tiene ningún motivo para hacerlo. Si la inferioridad es lo que te conduce a la ambición, ¿cómo va a hacerse político un hombre religioso? No hay fuerza motriz. Pero como de vez en cuando ha ocurrido en el pasado y puede volver a ocurrir en el futuro, permíteme que te lo cuente.

En el pasado era posible porque el mundo estaba dominado por la monarquía. De vez en cuando, el hijo del rey podía salir poeta. Para un poeta sería muy difícil ser presidente de Estados Unidos; ¿quién le haría caso? La gente pensaría que está loco, parecería un *hippy*. Es incapaz de gobernarse a sí mismo, y ¿va a gobernar el mundo entero?

Pero en el pasado era posible por la monarquía. El último emperador de India, de quien los británicos la tomaron, era un poeta, por eso los británicos pudieron tomar India; Bahadur Shah Zafar, uno de los mayores poetas en urdu. Es imposible que un poeta llegue a ser emperador; fue una casualidad que naciera hijo del emperador.

Las fuerzas enemigas estaban entrando en la capital y él estaba escribiendo poesía. Cuando su primer ministro llamó a la puerta y dijo: «Es extremadamente urgente... los enemigos han entrado en la capital», Bahadur Shah respondió: «No me molestes. Estoy escribiendo el último cuarteto. Creo que podré acabarlo antes de que lleguen aquí. No me molestes». Siguió escribiendo, acabó su poema. Eso era más importante para él.

Y era un hombre muy bueno y muy sencillo; salió y afirmó: «¿Qué es este disparate de matar gente? Si quieren el país, tómenlo. ¿A qué viene tanto jaleo? Yo llevaba la carga de todas las ansiedades, tomen la carga ahora. Déjenme en paz».

Pero no lo dejaron en paz porque eran políticos y militares. Dejar a ese hombre en Nueva Delhi sería peligroso, podría reunir sus fuerzas, quizá tuviera recursos; ¿quién sabe? Lo sacaron de India y lo llevaron a Birmania; murió en Rangún. Su último verso, que escribió en su lecho de muerte, dice así: «Qué pobre soy. No puedo conseguir ni dos metros en mi amada calle». Está hablando de su Nueva Delhi, que él amaba, que él había construido; y como era poeta, había hecho la ciudad lo más hermosa posible. Dijo: «No puedo conseguir ni dos metros para ser enterrado en la calle de mi propia amada. Cuan desafortunado, Zafar», Zafar era su nombre poético. «Cuan desafortunado, Zafar, eres».

Fue enterrado en Rangún; ni siquiera llevaron sus restos a Nueva Delhi. Él insistió: «Al menos cuando muera, lleven mi cuerpo a mi ciudad, a mi país. Un cadáver no significa ningún peligro». Pero los políticos y los generales tienen una forma de pensar diferente. Bahadur Shah era un emperador amado por su pueblo. Al verlo muerto... podría haber una revuelta, conflictos, ¿por qué meterse en problemas? Que lo entierren en Rangún. La gente tardaría años en enterarse de que había muerto.

En el hemisferio occidental, en los antiguos tiempos monárquicos fue posible que

surgiera un hombre como Marco Aurelio. Él era un hombre religioso pero fue algo casual. Hoy en día, Marco Aurelio no podría ser presidente o primer ministro porque no pediría los votos; no mendigaría; ¿para qué?

En India ha sucedido en varias ocasiones. Ashoka, uno de los más grandes emperadores de India, era un hombre religioso. Era tan religioso que cuando su hijo le dijo que quería ser monje, su único hijo que iba a ser su sucesor, ¡se puso a bailar! Dijo: «Es lo que esperaba, que un día comprenderías». Tenía dos hijos, y cuando su hija, Sanghamitra, le dijo que ella también quería entrar en el mundo de la meditación, él se alegró: «Ve. Nada me hará más feliz». Pero en la actualidad eso es imposible.

En India hubo un gran rey, Poras; luchó contra Alejandro Magno. Y ni te imaginas lo injustos que han sido los libros occidentales con este hombre, Poras, cuando, en realidad, a su lado, Alejandro Magno era un pigmeo.

Cuando llegó a India, Alejandro utilizó una treta; era un político. Un día, Alejandro envió a su esposa a encontrarse con Poras. En India, hay un día, el «día de las hermanas», en el que las hermanas te atan un hilo a la muñeca. Puedes ser su hermano de verdad o no, pero desde el momento que te ata el hilo a la muñeca te conviertes en un hermano para ella. Y es una promesa doble; el hermano dice: «Yo te protegeré», y la hermana: «Yo rezaré por tu protección».

En ese particular día, Alejandro envió a su esposa a ver a Poras. Él estaba fuera del reino de Poras. Estaba al otro lado del río que demarcaba la frontera del reino de Poras; en la otra orilla, y envió a su esposa. Cuando en la corte de Poras anunciaron: «La esposa de Alejandro Magno desea ser recibida por su majestad», él salió a recibirla, como mandaba la tradición en India. Aunque quien venga a tu casa sea el enemigo, es un invitado, y el invitado es un dios.

La acompañó a su corte, le ofreció un trono para sentarse y le dijo:

—Podrías haberme llamado. No habría sido necesario que hicieras un viaje tan largo.

—He venido a hacerte mi hermano —contestó ella—. Yo no tengo hermanos y he oído que hoy es el día de la hermana; no me pude resistir.

¡No era más que un juego político! Y Poras era consciente de que Alejandro y su esposa sabían perfectamente qué significaba el día de la hermana y comprendía por qué Alejandro había esperado ese día para enviar a su esposa, pero afirmó:

—Será un verdadero placer. Si no tienes ningún hermano, yo seré tu hermano.

Ella había traído un hilo; lo ató alrededor de la muñeca de Poras y le tocó los pies. El hermano tiene que tocar los pies de la hermana; no importa que sea más joven o mayor que él. Había un enorme respeto hacia la condición de mujer junto con una enorme amargura contra las mujeres. Es probable que la amargura la hayan creado los monjes y los sacerdotes, y que el respeto lo hayan creado las personas religiosas.

Acto seguido, la esposa de Alejandro aseguró:

—Ahora eres mi hermano, y espero que me salves, y la única forma de salvarme es no matando a Alejandro. ¿Te gustaría que tu hermana se quedara viuda para toda la vida?

—Por supuesto que no —respondió Poras—. No se hable más; ya está decidido. A Alejandro no se le tocará ni un pelo. Ahora somos parientes.

Y ocurrió que, al día siguiente, Alejandro atacó. En un lance de la batalla, Poras mató al caballo de Alejandro; Alejandro cayó del caballo, y Poras iba en su elefante; porque en India, el verdadero animal de combate era el elefante, no el caballo. El elefante estaba a punto de posar su pata sobre Alejandro; y habría sido el fin de Alejandro. Instintivamente, Poras sacó su lanza para matarlo, y entonces vio el hilo en su muñeca. Dejó la lanza y ordenó al *mahout*, el hombre que manejaba el elefante:

—Apártate... e informa a Alejandro que no lo mataré.

En ese momento, Alejandro podría haber muerto y todo su deseo de conquistar el mundo habría terminado; la historia habría sido completamente distinta. Pero Poras era un hombre religioso, de un temple especial. Prefería aceptar la derrota antes que el deshonor. Y fue derrotado; perdió su oportunidad.

Poras fue llevado ante Alejandro en su corte, una corte temporal, encadenado de pies y manos. Pero su forma de caminar... Incluso Alejandro le dijo:

—Todavía caminas como un emperador, incluso encadenado de pies y manos.

—Ésta es mi forma de andar —contestó Poras—. No tiene nada que ver con que sea emperador o prisionero; ésta es mi forma de andar. Yo soy así.

—¿Cómo quisieras ser tratado? —le preguntó Alejandro.

—¡Qué pregunta! —exclamó Poras—. Un emperador debe ser tratado como un emperador. Vaya una pregunta estúpida.

En sus notas, Alejandro escribió: «Nunca he conocido a un hombre como Poras. Estaba encadenado, cautivo, podría haberlo matado de inmediato, allí mismo, pero su forma de caminar, su forma de hablar...». A Alejandro le impresionó mucho. Ordenó:

—Quiétenle las cadenas; él será un emperador esté donde esté. Devuélvanle su reino. Pero —se dirigió a Poras— antes de marcharnos me gustaría preguntarte algo. ¿Por qué retiraste tu lanza cuando tuviste la oportunidad de matarme? En un segundo habrías acabado conmigo o, si no lo hubieras impedido, tu elefante podría haberme aplastado. ¿Por qué?

—No me lo preguntes —respondió Poras—. Lo sabes; eres un político, yo no. Este hilo; ¿lo reconoces? Enviaste a tu esposa con este hilo; ahora ella es mi hermana y no puedo matar a mi propio cuñado. No puedo convertirla en viuda. Elegí ser derrotado antes que matarte. Pero no tienes porqué sentirte en deuda conmigo; ése debe ser el

comportamiento de un hombre realmente íntegro.

Así que en el pasado era posible por la monarquía. Pero con la monarquía, también había reyes idiotas, también había reyes locos, todo era posible. No estoy defendiendo la monarquía, simplemente estoy diciendo que con la monarquía, por caprichos del azar, un hombre religioso podía ser emperador.

En el futuro, la democracia no durará mucho porque el político ya es ignorante frente al científico; ya está en manos del científico. El futuro pertenece al científico, no al político. Eso significa que tendremos que cambiar la palabra democracia. Yo tengo un nombre para ello, meritocracia.

El factor decisivo será el mérito. No podrán conseguirse votos ofreciendo toda clase de promesas y esperanzas sino por el mérito, tu verdadero poder en el mundo científico será lo que decida. Y cuando los gobiernos pasen a manos del científico, todo será posible.

Yo he denominado a la ciencia «religión objetiva» y a la religión «ciencia subjetiva». En cuanto esté en manos de la ciencia, el mapa del mundo será diferente; porque, ¿qué conflicto puede haber entre el científico de un país y el científico de otro país? Ambos trabajan en los mismos proyectos; irían mucho más rápido si lo hicieran juntos. Que cada nación del mundo esté realizando por su cuenta los mismos experimentos es una estupidez; ¡es increíble! Todas esas personas podrían hacer milagros si trabajaran juntas. Por separado, es mucho más caro.

Por ejemplo, si Albert Einstein no hubiera huido de Alemania, ¿quién habría ganado la Segunda Guerra Mundial? ¿Crees que Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética la habrían ganado? No. Un solo hombre que escapó de Alemania, Albert Einstein, modeló la historia. Todos esos ostentosos nombres, Roosevelt, Churchill, Stalin, Hitler, no significan nada. Ese hombre fue quien lo hizo todo porque inventó la bomba atómica. En una carta, le decía a Roosevelt: «Ya tengo la bomba atómica, y a no ser que la utilice, no hay forma de parar la guerra».

Se arrepintió toda su vida, pero ésa es otra historia. La bomba atómica fue utilizada, el presidente Truman lo autorizó, y en cuanto fue utilizada, dejó de tener sentido para Japón seguir luchando. Ganaron la guerra: la destrucción de Hiroshima y Nagasaki acabó con la Segunda Guerra Mundial. Albert Einstein estaba trabajando en el mismo proyecto en Alemania. Podría haber dado una dirección diferente si en vez de a Roosevelt, hubiese sido Hitler.

El futuro estará en manos del científico. Y no en mucho tiempo. Ahora existen armas nucleares, y ningún político puede llegar a estar en la cima. No saben nada de ellas, ni lo más básico.

Estando Einstein con vida, se decía que sólo había doce personas en el mundo que

entendieran la teoría de la relatividad. Una de esas doce personas era Bertrand Russell, que escribió un pequeño libro para los que no podían entenderla, *El abc de la relatividad*. Pensó que, al menos, podrían entender el abc; pero ni siquiera eso es posible, porque si puedes entender el abc, el resto del alfabeto es sencillo. No es una simple cuestión de entenderlo; después, el xyz no está muy lejos. El verdadero problema es entender el abc.

Hoy en día, todos estos políticos no entienden nada en absoluto. Tarde o temprano, el mundo irá a parar a las manos de las personas con mérito. Antes pasará por las manos de los científicos. Esto, que el mundo pasará a manos de los científicos, puedes tomarlo casi como una predicción. Y se abrirá una nueva dimensión.

Tarde o temprano, el científico invitará al sabio, al santo, porque él no podrá hacerlo solo. El científico no puede controlarse a sí mismo. Puede hacerlo todo excepto controlarse a sí mismo. Quizá Albert Einstein supiera todo de las estrellas del universo, pero no sabía nada de su propio centro.

El futuro será así: de los políticos a los científicos, de los científicos a los religiosos; pero ése será un tipo de mundo completamente distinto. Las personas religiosas no pueden ir pidiendo el voto; se lo tendrán que pedir. Tendrán que pedirles que sirvan. Y si sienten que su petición es sincera y es necesario, quizá, actúen en el mundo. Pero recuerda, no habrá política en absoluto.

Deja que lo repita, el político puede volverse religioso si abandona la política; si no, es imposible.

El hombre religioso sólo puede formar parte de la política si la política cambia por completo su carácter, si no, es imposible estar en la política para un hombre religioso. No puede ser un político.

Pero, tal como van las cosas, es completamente seguro que primero, el mundo pasará a manos del científico, y luego, pasará del científico al místico. Y sólo en manos de los místicos ustedes podrán estar seguros.

El mundo puede ser realmente un paraíso. De hecho, no existe ningún otro paraíso que el que nosotros podamos hacer aquí.

CUATRO

EL DESAFÍO DEL CAMBIO

El hombre verdaderamente inteligente no se aferra a ninguna ideología; ¿para qué? No irá cargando con un montón de respuestas preparadas. Él sabe que tiene la inteligencia suficiente para responder a cualquier situación que surja. ¿Por qué cargar sin necesidad con un lastre del pasado? ¿Qué sentido tiene cargar con él? Y, de hecho, cuanto mayor sea la carga del pasado, menor será tu capacidad de responder al presente, porque el presente no es una repetición del pasado, siempre es nuevo, siempre, siempre, nuevo. Nunca es viejo; algunas veces puede parecer viejo, pero no lo es, hay diferencias básicas.

La vida nunca se repite a sí misma. Siempre es fresca, nueva, siempre creciendo, explorando, entrando en nuevas aventuras. Tus respuestas preparadas no te servirán de nada. De hecho, te estorbarán; no te dejarán ver la nueva situación.

Al parecer, en tiempos de incerteza, las personas sacan lo mejor, y lo peor, de sí. ¿Qué podrías comentar al respecto?

No existen «tiempos de incerteza» porque el tiempo siempre es incierto. Ése es el problema de la mente: la mente quiere certeza y el tiempo siempre es incierto. Así que cuando, por casualidad, la mente encuentra un pequeño espacio de certeza, se asienta. La embarga una especie de permanencia ilusoria. Tiende a olvidar la verdadera naturaleza de la existencia y la vida, y empieza a vivir en una especie de mundo soñado; empieza a confundir las apariencias con la realidad. Eso le gusta a la mente, por una sencilla razón, porque a la mente le da miedo el cambio: ¿quién sabe si lo que traerá el futuro será bueno o malo? Una cosa es segura, el cambio removerá tu mundo de ilusiones, expectativas y sueños.

La mente es como un niño haciendo castillos de arena en la playa. Por un momento, parece que el castillo está acabado; pero está hecho de arenas inestables. En cualquier momento, llegará una pequeña brisa y acabará derrumbándose. Pero empezamos a vivir en ese castillo soñado. Empezamos a sentir que hemos encontrado algo que permanecerá con nosotros para siempre. Pero el tiempo está continuamente molestando a la mente. Parece algo cruel pero, en realidad, es muy compasivo por parte de la existencia estar siempre contigo. No te permite que hagas realidades de apariencias. No te da ninguna posibilidad de que aceptes una máscara como tu cara real, tu cara original.

Así que cuando el tiempo golpea a alguna de tus queridas ilusiones, sientes que saca lo peor y lo mejor de la vida de las personas. Simplemente saca lo que había detrás de la falsa permanencia, detrás del sueño que tú dabas por hecho que era real. Sólo te quita la máscara. No tiene nada que ver con bueno o malo, mejor o peor; sencillamente te quita la máscara. Te expone, te lleva a enfrentarte a ti mismo, así que ayuda a emerger todo lo que has estado reprimiendo. Puede ser lo peor, puede ser lo mejor.

El tiempo no tiene nada que ver con estas categorías. Simplemente permite que tu represión emerja, te lleva a ti mismo.

La mayoría de la gente oculta lo peor. Es muy raro encontrar a una persona que oculte lo mejor; ¿por qué iba a ocultarlo? La gente incluso finge para parecer mejor; ¿por qué iba a ocultar lo mejor? La gente sólo oculta lo peor porque piensa que es feo. Hay un cambio y tu máscara cae al piso. Un cambio y, de repente, te encuentras a ti mismo desnudo. Has perdido la ropa que llevabas y toda la realidad se ha convertido en un espejo: tu desnudez es reflejada desde todas partes.

Sí, en raras ocasiones, muy excepcionalmente, también ocurre que sale lo mejor. Pero lo mejor sólo sale en aquellas personas que no llevan máscara, que ya están desnudas, y que ya han aceptado su desnudez como algo hermoso y natural. Así que el cambio de tiempos no puede destruir nada en ellas; por el contrario, lo mejora. Saca a la luz algo que puede que hayan olvidado, que otros hayan olvidado. Tendemos a dar las cosas por hechas.

Así que sólo en algunos casos excepcionales sale lo mejor, en una persona que ha vivido inocentemente, sin ninguna hipocresía, en una persona que viva con la clara conciencia de que aquí no hay nada seguro ni permanente. Ellos saben que esperar eso es forjar los cimientos de nuestras propias frustraciones en el futuro; es plantar las semillas de la desesperación, la angustia y la ansiedad. Si aceptas que la naturaleza de la realidad es el cambio y que todo cambiará; si eres consciente en todo momento de que el próximo momento puede traer algo completamente nuevo y de que lo que en este momento es tan real se dispersará como una nube, que estaba aquí hace un momento y que ya no está aquí, si existe esta conciencia, entonces el cambio no causa ningún problema, y todo cambio es aceptable.

No te resistes; no quieres que sea de otra forma. Aunque te lleve a ti, a tus maravillosos sueños, a tus queridos deseos y a tus palacios a medio hacer, no hay frustración, porque desde el principio, está aceptado que eso puede suceder en cualquier momento. Así que, en realidad, no hay conflicto, no hay frustración. Te sientes cómodo.

Por eso digo que no existen tiempos difíciles, que no existen tiempos de incerteza. El tiempo es cambio, siempre está mutando. Lo que pasa es que nos dedicamos a hacer cosas permanentes. Contra el tiempo, seremos derrotados, y será culpa nuestra. Y

cuando somos derrotados, naturalmente, nos enfadamos, nos frustramos con la propia existencia. Perdemos nuestra confianza. Nos parece que todo está en nuestra contra y empezamos a vivir con paranoia, con miedo; a nuestro ser le entra cierto temblor espiritual. Pero eso nos ocurre por esperar algo que no forma parte de la realidad.

La existencia no está obligada a cumplir nuestras expectativas. Entonces, en la mayoría de los casos sale lo peor, porque eso es lo que hemos ocultado tras una determinada idea de permanencia. Vivimos con la idea de que esto va a durar para siempre; que no hace falta cambiar. De repente, desaparece toda la tierra bajo nuestros pies, y, entonces, como es natural, sale lo peor de la gente.

Lo mejor también es posible, pero sólo si has estado viviendo en sintonía con la vida, la existencia, sin pedir ningún favor. Y nosotros siempre estamos pidiendo favores. Si no pidiéramos favores, no habría frustración, no habría enfado.

Por ejemplo, muchos de los que han estado conmigo han sentido una gran frustración con la propia vida porque trabajaron duro, pusieron toda su energía en crear un hermoso sueño, que casi estaban acabando, sólo faltaban los últimos retoques, y, de repente, todo desaparece. Se sintieron enfadados, disgustados con toda la existencia; pero sólo es nuestro hacer. Yo no estoy frustrado; ni siquiera he mirado atrás por un momento. Aquéllos fueron años hermosos, vivimos de forma hermosa, y es la naturaleza de la existencia: las cosas cambian. ¿Qué le vamos a hacer? Así que estamos intentando hacer otra cosa; que también cambiará. Nada aquí es permanente. Excepto el cambio, todo cambia.

Así que no te quejes. Yo no he sentido ni por un instante que algo fuera mal... porque aunque todo haya ido mal, para mí nada fue mal. Lo que pasó es que intentamos hacer hermosos castillos de naipes. Cuando lo estabas acabando, pasó una brisa que no sabía que estabas haciendo un castillo de naipes y todos esos castillos acabaron por los suelos. Quizá yo sea el único que no se sienta frustrado. Además, están enfadados conmigo porque yo no estoy frustrado, no estoy con ellos. Eso hace que estén más enojados todavía. Si yo también estuviera disgustado, quejándome y terriblemente molesto, al menos, tendrían un consuelo. Pero no lo estoy.

Disfrutamos todo lo que hicimos y disfrutaremos todo lo que hagamos; y las cosas siempre están cambiando. Si este recuerdo está siempre presente, como un faro, nunca te hará sentir en un estado en que un tiempo difícil, un tiempo incierto ha traído lo peor. En primer lugar, nunca hemos plantado la semilla.

Por eso, aunque esté entre ustedes, algo de mí sigue siendo forastero, ajeno. Por la sencilla razón de que miro las cosas de un modo completamente distinto; para mí todo es aceptable. Ahora resultará difícil hacer realidad otro sueño, porque muchos de los que trabajaron para hacer que un sueño se hiciera realidad estarán en un estado de derrota.

Están derrotados. Sentirán que la realidad o la existencia no se preocupan por una gente inocente que no hacía ningún daño, que sólo estaba intentando hacer algo hermoso. La existencia sigue la misma regla, incluso con ellos; no hace excepciones.

Muchos *sannyasins* estarán en un estado de derrota, les resultará muy difícil volver a intentarlo. Pensarán: «¿Qué sentido tiene? Pondremos nuestra energía, nuestras expectativas, nuestras esperanzas y, ¿quién sabe?; quizá mañana todo haya sido destruido por cualquier tontería». Sentirán que es mejor no esperar nada, que es mejor no soñar. Que es mejor perderse en la vida corriente en la que la gente no sueña, en la que no espera nada, en la que no cree, en la que vive la vida día a día. En esa vida no te encuentras con tales fracasos. Esas frustraciones sólo surgen cuando intentas alcanzar la luna. Y cuando ya casi la tocas, de repente, desaparece y estás más lejos de ella que nunca, más lejos que cuando comenzaste el viaje.

Soy consciente de que es doloroso, pero nosotros somos responsables de ese dolor. Parece que la vida no es justa, no es equitativa, porque nos ha quitado un juguete de nuestras manos. Uno no debería apresurarse tanto por llegar a tan grandes conclusiones. Espera un poco más. Quizá todos los cambios sean siempre para bien. Debes tener la suficiente paciencia. Deberías darle un poco más de cuerda a la vida.

Y, recuérdalo siempre, la dicha no está en completar algo; la dicha está en haberlo deseado, en haberlo deseado con toda intensidad, en que mientras lo estabas haciendo te olvidaste de todo, del mundo entero; en que era el único foco en todo tu ser. Y ahí están tu bendición y recompensa; no en la finalización, no en la permanencia de algo. En este flujo cambiante de existencia tenemos que encontrar en cada momento su propia recompensa. Hiciéramos lo que hiciéramos, dábamos lo mejor de nosotros, no lo hacíamos a medias tintas; no reservábamos nada. Poníamos todos nuestro ser en el acto. Ahí está nuestra bendición.

Luego, lo que le ocurra a esos sueños..., en realidad son sueños, y convertir un sueño en realidad es un gran desafío. Pero nunca deberías olvidar que a pesar de todo, es un sueño; y que tarde o temprano desaparecerá. Si existe esta conciencia, después de cada cambio en tu vida, descubrirás que te estás volviendo más perspicaz, más inteligente, más maduro, más alerta a los delicadísimos matices de la existencia y con una enorme aceptación de lo que sea que ocurra.

Toda mi vida he estado viendo desaparecer muchas cosas. Es posible que haya hecho más amigos que nadie. Pero alguien es un amigo hoy, y mañana se acabó. Toma algún otro camino en un cruce y se separa. Pero yo siempre he dado por hecho que sólo somos viajeros; uno nunca sabe el tiempo que alguien estará con uno. Mientras estés con alguien, dale todo el amor que puedas, comparte todo lo que puedas. Quizá mañana tengas que despedirte de esa persona.

Llevo toda mi vida yendo de un lugar a otro porque algo había fallado. Pero yo no fallaba. Aunque fracasen miles de sueños, eso no me convierte en un fracasado. Al contrario, cada sueño que desaparece me hace más victorioso porque no me molesta, ni siquiera me toca. Su desaparición es una ventaja, es una oportunidad para aprender a ser maduro. Entonces, saldrá lo mejor de ti. Y ocurra lo que ocurra no importará; lo mejor de ti seguirá creciendo a alturas más grandes.

Pero nunca intentes vencer al tiempo, a la vida, a la existencia. Déjate llevar por la corriente siempre. De ese modo, nunca serás derrotado, nunca te sentirás fracasado. Y no hay nada que ocultar porque no te estás aferrando a ninguna cosa para hacerla permanente, a ninguna relación, ni amistad, ni actividad, a nada, no hay ningún deseo de aferrarse a ello mientras estén ocurriendo cosas que disfrutes. Te abres, permites que el jugo de esos momentos llene tu ser, y cuando esos instantes se han ido, siempre estás agradecido, nunca quejoso.

Si los sueños desaparecen déjalos ir en señal de gratitud, crecerá en ti lo mejor. En esa invencibilidad, que cada vez que haces algo, el tiempo lo cambia, la vida empieza a fluir en una dirección distinta, empiezan a ocurrir cosas que no esperabas... Lo desconocido está continuamente entrando y perturbando tu mundo conocido. Pero sólo te molesta porque no le das la bienvenida. Si puedes darle la bienvenida a lo desconocido y soltar lo conocido... Lo que siempre se perturba por el tiempo es lo conocido; nunca lo desconocido.

Lo desconocido no puede ser perturbado por el tiempo ni por nada. Si estás dispuesto a darle la bienvenida a lo desconocido, conocerás el secreto de cómo mantenerte victorioso en todas las derrotas y en todos los fracasos. Esos sueños no importan. Lo importante es cómo sales tú de esos sueños rotos, de esas grandes expectativas que se han volatilizado en el aire sin dejar la menor huella. ¿Cómo sales tú de ello? Si sales de ello intacto, habrás descubierto un gran secreto, habrás encontrado una llave maestra. Entonces nada puede derrotarte, ni perturbarte, ni enfadarte ni hacerte retroceder. Siempre estás yendo hacia lo desconocido en busca de nuevos retos. Y todos esos retos irán aguzando lo mejor de ti.

**Algunas veces, cuando veo lo dura que es la gente,
pisándose los unos a los otros, me resulta difícil estar en
el mundo exterior. Eso me duele mucho, en ocasiones
incluso físicamente, y me siento vulnerable como un niño.
Por favor, dime cómo tratar con ello.**

En el mundo siempre hay problemas y el mundo siempre ha existido y siempre existirá.

Si empiezas a intentar resolver las circunstancias cambiantes, las personas cambiantes, y a pensar en un mundo utópico, en cambiar el gobierno, la estructura, la economía, la política, la educación, estarás perdido. Ésa es la trampa conocida como política. Así es como muchas personas desperdician sus vidas. Debes tener claro que a la única persona que puedes ayudar en este momento es a ti mismo. En este momento, no puedes ayudar a nadie. Eso sólo puede ser una distracción, un truco de la mente. Fíjate en tus propios problemas, en tus ansiedades, en tu mente, y primero intenta cambiar eso.

Le ha ocurrido a muchas personas: en cuanto se interesaron por algún tipo de meditación, de espiritualidad, la mente les dice: «¿Qué haces ahí sentado en silencio? El mundo te necesita; hay mucha gente pobre. Hay mucho conflicto, violencia, agresión. ¿Qué haces orando en el templo? Ve a ayudar a la gente».

¿Cómo puedes ayudar a esas personas? Tú estás exactamente igual que ellas. Podrás crearles más problemas, pero no ayudarlos. Por eso todas las revoluciones del mundo han fracasado. Ninguna ha triunfado todavía porque los revolucionarios están en el mismo bote. La persona religiosa es aquella que entiende: «Soy muy pequeño, muy limitado. Si con esa limitada energía consigo cambiarme a mí mismo será un milagro». Y si consigues cambiarte a ti mismo, si eres un ser diferente con una nueva vida brillando en tus ojos y una nueva canción en tu corazón, puede que también seas útil para los demás, porque entonces tendrás algo que compartir.

El otro día alguien me envió una historia muy hermosa sobre un incidente en la vida de Basho, el mayor poeta de haikús de Japón. Pero no sólo era un poeta, antes de serlo, fue místico; antes de empezar a derramar su hermosa poesía, se volcó en lo profundo de su propio centro. Era un meditador.

Se cuenta que cuando Basho era joven emprendió un viaje. Era un intento por encontrarse a sí mismo. No mucho después de haberlo iniciado, oyó el llanto de un niño en el bosque; quizá estuviera sentado bajo un árbol, meditando o intentando meditar cuando oyó el llanto de un niño solo en el bosque. Pensó largo tiempo qué hacer. Luego, recogió su equipaje y siguió su camino, dejando al niño a su propio destino.

En su diario, recuerda: «Uno tiene que hacer lo que necesita para sí mismo antes de poder hacer algo por otro».

Parece cruel..., un niño solo llorando en el bosque, y este hombre se pone a meditar si hacer algo o no, si puede ayudar al niño, si estaría bien o no hacerlo. Un niño, un indefenso niño llorando en el bosque, solo, perdido, y Basho medita sobre ello y, finalmente, decide. ¿Cómo va a poder ayudar a otro si todavía ni siquiera se ha ayudado a sí mismo? Él mismo está perdido en el bosque, él mismo está solo, él mismo es como un niño. ¿Cómo va a ayudar a alguien?

El incidente parece muy cruel, pero es significativo. No estoy diciendo que si te

encuentras a un niño gimiendo y llorando en el bosque, no lo ayudes. Pero intenta entender: tu propia luz interior no está encendida y empiezas a ayudar a los demás. Tu propio ser interior está en la oscuridad total y empiezas a ayudar a los demás. Tú mismo estás sufriendo y te pones a servir a la gente. No has pasado a través de la revolución interior y te conviertes en un revolucionario. Es una idea totalmente absurda pero surge en la mente de todos. Parece muy sencillo ayudar a los demás. De hecho, la gente que de verdad necesita cambiarse a sí misma siempre está interesada en cambiar a los demás. Eso se convierte en su ocupación, y pueden olvidarse de ellos mismos.

Eso es lo que yo he visto. He observado a muchos trabajadores sociales y nunca he descubierto que alguno de ellos tuviera un poco de luz interior para auxiliar a nadie. Pero se empeñan en ayudar a todo el mundo. Están locos por transformar la sociedad, la gente y las mentes de la gente, y se olvidan por completo de que no lo han hecho con ellos mismos. Pero están ocupados.

En cierta ocasión, tenía de invitado a un antiguo revolucionario y trabajador social. Le pregunté:

—Estás completamente absorto en tu trabajo. ¿Has pensado alguna vez, si durante la noche ocurriera un milagro y sucediera todo lo que en realidad quieres que suceda, qué harías la mañana siguiente? ¿Lo has pensado alguna vez?

Él se rio, una risa muy vacía, luego se puso un poco triste.

—Si eso ocurriera —me contestó—, no sabría qué hacer. Si el mundo fuera exactamente como yo lo quiero, no sabría qué hacer. Incluso es posible que me suicidara.

Estas personas están ocupadas; ésa es su obsesión. Y han elegido una obsesión que nunca puede llegar a ser satisfecha. Así que puedes dedicarte a cambiar a los demás, vida tras vida. Pero ¿quién eres tú?

Esto también es una forma de ego: que los demás sean duros entre ellos, que se pisen los unos a los otros. La simple idea de que los demás son duros, te da la sensación de que tú eres muy suave. No, no lo eres. Ésta puede ser tu particular forma de ambición; socorrer a la gente, ayudarla a volverse suave, a volverse más amable, más compasiva.

Khalil Gibran escribió una historia corta:

Había un perro, un gran revolucionario, podría decirse, que siempre estaba predicando a los demás perros del pueblo: «No estamos progresando porque siempre están ladrando sin motivo. Malgastan su energía ladrando sin necesidad». Pasa un cartero y, de repente, todos los perros se ponen a ladrar... pasa un policía, un guardia de seguridad para lo mismo. A los perros no les gustan los uniformes, ningún tipo de uniforme, son revolucionarios. Empiezan a ladrar de inmediato. Este líder solía pedirles: «¡Paren! No desperdicien su fuerza, pueden poner esa misma energía en algo útil, creativo. Los perros podemos gobernar el mundo entero, pero se dedican a derrochar su

ímpetu sin ningún propósito en absoluto. Hay que acabar con esta costumbre. Éste es el único pecado, el pecado original».

El perro siempre sentía que tenía toda la razón; lógicamente, la tenía: «¿Por qué seguir ladrando? Es un gran gasto de energía; uno se cansa. Cada mañana, uno empieza a ladrar de nuevo, y en la noche, vuelve a estar cansado. ¿Qué sentido tiene todo esto?». Sabían que el líder tenía razón, pero también sabían que sólo eran perros, pobres perros. El ideal era muy grande y el líder era realmente ejemplar; practicaba todo lo que decía. Nunca ladraba. Se notaba que tenía carácter, ponía en práctica todo lo que predicaba.

Pero se fueron cansando de sus constantes discursos. El día del cumpleaños del líder, decidieron que como regalo resistirían la tentación de ladrar, al menos por esa noche. Aunque fuera por una noche, respetarían al líder, ése sería su regalo. Lo harían muy feliz si lo conseguían. Esa noche, todos los perros callaron. Les resultaba muy difícil, muy duro. Igual de difícil que a ti te resulta dejar de pensar cuando estás meditando. Era el mismo problema. Dejaron de ladrar, aunque siempre habían ladrado. Y aunque no eran grandes santos, simplemente perros corrientes, se esforzaron en el intento. Era muy, muy difícil. Estaban ocultos en sus casas con los ojos cerrados, con los dientes apretados, para no ver nada, para no oír nada. Requería un gran esfuerzo. El líder se dio una vuelta por el pueblo. Estaba muy intrigado: ¿A quién predicar? ¿A quién enseñar ahora? ¿Qué ha ocurrido? Había un completo silencio. Entonces, de repente, pasada ya la medianoche, se sintió muy molesto... en realidad, nunca había creído que los perros le hicieran caso. Sabía muy bien que nunca le harían caso, que ladrar era natural para los perros. Su petición era antinatural, no obstante, ¡los perros habían parado! Ahora, su liderazgo estaba en juego. ¿Qué iba a hacer a partir de mañana? Porque lo único que sabía hacer era predicar. Todo su ministerio estaba en juego. Por primera vez, se dio cuenta de que nunca había sentido la necesidad de ladrar porque siempre estaba predicando, desde la mañana hasta la noche. Toda la energía estaba enfocada a sus prédicas, y ésa era una forma de ladrar.

Pero esa noche no había nadie a quien regañar. El perro predicador empezó a sentir una terrible necesidad de ladrar. Después de todo, un perro es un perro.

Finalmente, se metió en un callejón oscuro y empezó a ladrar. Cuando los demás perros oyeron que alguien había roto el acuerdo, pensaron: «¿Por qué tenemos que sufrir?». Todo el pueblo empezó a ladrar. El líder volvió y los reprendió: «¡Son idiotas! ¿Cuándo van a dejar de ladrar? Por sus ladridos nos hemos quedado en simples perros. Si no, habríamos dominado el mundo entero».

Recuerda que un voluntario social, un revolucionario, está pidiendo lo imposible; pero eso lo mantiene ocupado. Y cuando estás ocupado con los problemas de los demás, tiendes a olvidar tus propias dificultades. Primero, resuelve esos dilemas, porque es tu

responsabilidad básica y principal.

Un famoso psicólogo se compró una granja sólo por diversión. Cada vez que sembraba el grano en su campo arado, aparecía un ejército de negros cuervos y se comía su grano. Finalmente, tragándose su orgullo, el psicólogo pidió ayuda a su viejo vecino, el mulá Nasruddin.

El mulá entró en el terreno e hizo los mismos movimientos que si estuviera sembrando, pero sin usar semillas. Los cuervos aparecieron, protestaron brevemente y se marcharon. Nasruddin repitió el proceso el día siguiente y el siguiente, dejando, cada vez, a los cuervos perplejos y hambrientos. El cuarto día sembró el terreno con grano; ni un solo cuervo se molestó en bajar.

Cuando el psicólogo intentó darle las gracias al mulá, el mulá gruñó.
—Simple psicología ordinaria —le contestó—. ¿Le suena familiar?

Recuerda, y ésta es una psicología muy simple, una muy ordinaria: no meter las narices en los asuntos de los demás. Si están haciendo algo mal, son ellos los que tienen que darse cuenta. Nadie más puede hacer que se den cuenta. A menos que *ellos* decidan darse cuenta, no hay forma, estarás malgastando tu valioso tiempo y energía. Tu primera responsabilidad es transformar tu propio ser. Y cuando tu ser haya sido transformado, las cosas empezarán a suceder por sí solas. Te conviertes en una luz y la gente empieza a encontrar sus caminos con la ayuda de tu luz. No es que vayas tú, no es que los fuerces a ver. Tu luz, luciendo brillante, es suficiente invitación; la gente empieza a venir. Quienquiera que necesite luz vendrá a ti. No hace falta perseguir a nadie, porque la persecución en sí es estúpida. Nadie puede cambiar a nadie contra su voluntad. No es así como ocurren las cosas. Ésta es psicología simple, ordinaria; ¿te suena...? No se lo digas a nadie.

¿Es posible intentar cambiar el mundo para salvarlo sin ser agresivo?

Es agresivo. Incluso el intento de cambiar a un solo individuo es agresivo. ¿Quién eres tú para decidir lo que está bien para una determinada persona? ¿Quién eres tú para decidir que si se cambia como tú quieres, el mundo será un lugar mejor? Eso es asumir el papel de salvador, lo cual es una forma inconsciente de dominar a la gente. Y, por supuesto, como es por su propio bien, ni siquiera pueden rebelarse contra ti.

Todos los padres hacen eso con sus hijos. «Por su propio bien», los disciplinan, los

obligan a hacer cosas que no quieren hacer, les imponen una determinada religión sin su consentimiento. Su libertad es cortada en todos los ámbitos. Menos libertad, menos individualidad... y en cuanto el niño se vuelve ciento por ciento obediente, ¡muere! La vida del niño estaba en su desobediencia; su ser estaba en su rebelión.

Y no puede decirse que las intenciones de los padres sean malas. Yo nunca sospecho de las intenciones de nadie, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿cuál es el resultado? La intención es algo dentro de ti, puedes tener todas las buenas o malas intenciones, quédatelas para ti. En cuanto empiezas a actuar sobre ellas, las buenas intenciones se vuelven mucho más peligrosas que las malas intenciones. Una mala intención puede ser rechazada, condenada, no sólo por la persona para quien la tienes, sino incluso por aquellos que lo estén presenciando. Pero una buena intención es peligrosa.

Ambas están haciendo el mismo trabajo, destruir la libertad del individuo de ser él mismo para que su naturaleza se ajuste por completo a lo que tú quieres. Contra la mala intención, la rebelión es posible y será apoyada por todo el mundo; pero contra las buenas intenciones, la rebelión se vuelve imposible. Todo el mundo apoyará a las personas con buenas intenciones que están destruyendo al individuo. Nadie se pondrá del lado del individuo.

No es asunto mío salvar al mundo. En primer lugar, nosotros no lo hemos creado. No es responsabilidad nuestra dónde vaya y qué le ocurra. Nuestra única responsabilidad, mientras estemos aquí, es vivir una vida de alegría, de amor, de felicidad. Mientras estemos aquí, nuestra responsabilidad es saber quiénes somos y de qué va toda esta vida.

Y el milagro es que haciendo eso, ya estás cambiando el mundo, así que la cuestión de la agresión ni siquiera llega a surgir. No tienes ni una vaga concepción de cambiar el mundo y hacerlo como tú quieres. Sencillamente vives tu vida, de la que eres el maestro. Intentas vivir lo más intensa y plenamente que puedes, porque la vida es corta y el siguiente momento es tan incierto que tenemos que tomarnos cada momento como si fuera el último.

Como si fuera el último momento, la idea en sí te transformará. Entonces no es necesario tener envidia, ni estar enfadado. En el último momento de la vida, ¿quién quiere estar enfadado, envidiando, triste y desdichado? En el último momento de la vida, como es natural, todas las quejas y lamentaciones desaparecen. Si te tomas cada instante como el último, como debería ser, ya que el siguiente es incierto, te estás cambiando a ti mismo; y tu cambio será contagioso. Puede cambiar al mundo entero, aunque nunca haya sido tu intención.

Ésa es mi forma de cambiar el mundo sin ser agresivo.

Porque, hasta ahora, todos los reformadores, revolucionarios y mesías han sido

violentos y agresivos. Estaban empeñados en salvarte. Nunca te preguntaron si querías ser salvado o no; tú eras sólo el objeto sobre el que tenían que decidir. ¿Quién les ha dado la autoridad? Ni siquiera te han pedido permiso. Y si no cambias como ellos quieren, ¡están dispuestos a arrojarte a un oscuro y lúgubre infierno para siempre!

Y, por supuesto, si por esa gente estás dispuesto a suicidarte espiritualmente y convertirte sólo en una sombra, te ofrecen todas las recompensas que te puedas imaginar en el paraíso. Los hindúes y los cristianos han intentado cambiar el mundo; todas las religiones lo han hecho. El comunismo, el socialismo, el fascismo, todos lo han hecho.

Para ser un nuevo fenómeno en el mundo, mi gente tiene que ser totalmente diferente. Ésta es la verdadera magia. Nunca intentas, ni impones, ni interfieres, nunca transgredes a nadie. Nunca haces juicios: «Estás equivocado y yo te voy a corregir». Nunca te implicas; es asunto suyo, la vida es suya. Si alguien quiere destruirla, tiene el derecho de hacerlo. Si alguien quiere vivir estúpidamente, tiene todo el derecho de hacerlo. Cómo la gaste, la viva o se mantenga casi muerto, dormido desde la cuna a la tumba, eso también es su vida y él es su amo. Así que mi gente no tiene que interferir en la vida de nadie.

Yo tengo un enfoque por completo distinto para cambiar al mundo: simplemente cámbiate a ti mismo. Y cuando estés celebrando y bailando, verás que el que está a tu lado empezará a bailar contigo, porque todos somos la misma conciencia humana con el mismo potencial. Nadie es forastero. Puede que hablemos diferentes lenguas, pero entendemos un idioma. Así que cuando estás feliz, sonriente, el otro, que quizá no esté sonriendo, de repente siente que una sonrisa llega a su rostro. Aunque seas un extraño, le has sonreído a esa persona, la has saludado. Has cambiado a la persona sin que se haya dado cuenta, sin haberlo intentado.

Grandes maestros, como Lao-Tsé, Chuang Tzu, Lieh Tzu, lo han denominado «acción sin acción». Tú no estás realizando ninguna labor, no obstante, algo está ocurriendo. Y cuando las cosas suceden por sí solas, tienen cierta belleza, porque en el fondo hay libertad. Si la persona te ha saludado, si la persona te ha sonreído... tú no le has pedido que lo hiciera, ella era totalmente libre de no mirarte. Pero hay cierta sincronía entre corazón y corazón.

Conociendo ese secreto de la sincronía, yo propongo un tipo de revolución totalmente nuevo. Cámbiate a ti mismo, y en ese mismo cambio habrás cambiado una parte del mundo. Tú eres una parte del mundo. Si tu cambio es algo que te hace rico, alegre, feliz, te convierte en una canción, será difícil para los otros resistirse a cantar, bailar, florecer contigo. Un solo individuo puede transformar el mundo entero sin siquiera mencionar la palabra transformación.

Yo empecé el viaje solo. No he llamado a la puerta de nadie para que me acompañara

pero, extrañamente, comenzó a venir gente y la caravana se fue haciendo más y más grande. Vinieron por sí solos. Si han vivido conmigo, lo decidieron ellos; si se quieren marchar no hay problema. Son tan libres como siempre.

Ya hemos comenzado el proceso de entrada del mundo en una nueva fase de la historia humana. Nosotros no somos agresivos; no intentamos cambiar al mundo. Ni siquiera nos interesa el mundo; simplemente estamos viviendo la vida, disfrutando la vida; ¡somos totalmente egoístas! No obstante, lo que no ha sucedido en miles de años es posible a través de nosotros. Pero será acción sin acción, una transformación que no ha sido prometida, que no ha sido impuesta. Una transformación que se ha extendido por sí misma, y la gente ha comprendido qué es, porque en el fondo todos los corazones hablan el mismo idioma.

¿Qué puedo hacer para ayudar a un mendigo? Le dé dinero o no, de todas formas seguirá siendo un mendigo.

El mendigo no es el problema. Si el mendigo fuese el problema, todos los que pasaran a su lado sentirían lo mismo. Si el mendigo fuera el problema, los mendigos habrían desaparecido hace mucho tiempo. El problema está en ti: lo que siente tu corazón. Trata de entenderlo.

La mente interfiere de inmediato cada vez que el corazón siente amor. Dice: «Le des algo o no, de todas formas seguirá siendo un mendigo». Que siga siendo mendigo o no, no es de tu incumbencia. Si tu corazón siente que debes hacer algo, ¡hazlo! No intentes eludirlo. La mente está intentando rehuir la situación. La mente dice: «¿Qué ocurrirá? Como seguirá siendo mendigo, no es necesario hacer nada». Has perdido una oportunidad para que tu corazón fluya. Si el mendigo ha decidido ser un mendigo, tú no puedes hacer nada. Si le das dinero, lo tirará. Es él quien debe decidir.

La mente es muy astuta.

El interlocutor pregunta:

¿Por qué existen los mendigos?

Porque no hay amor en el corazón humano.

Pero, de nuevo, la mente interrogante interfiere:

¿No le ha robado el rico al pobre? ¿No debería el pobre recuperar lo que le ha robado el rico?

Ahora, estás olvidando al mendigo y la pena que sentiste. Ahora, todo se está volviendo político, económico. El problema ya no es del corazón, es de la mente. ¡Ha sido la mente la que ha creado al mendigo! Es la picardía, el cálculo mental lo que ha creado al mendigo. Hay personas astutas, muy calculadoras; éstas se han vuelto ricas. Hay personas inocentes, no tan calculadoras ni astutas; éstas se han vuelto pobres.

Puedes cambiar la sociedad; en la Unión Soviética la cambiaron y no sucedió nada. Las viejas clases, pobre y rico, desaparecieron, pero surgieron nuevas clases: el gobernante y el gobernado. Los astutos se convirtieron en los gobernantes y los inocentes en los gobernados. Antes, los inocentes eran los pobres y los astutos los ricos. ¿Qué le vamos a hacer?

A no ser que la división entre la mente y el corazón sea disuelta, a no ser que la humanidad empiece a vivir a través del corazón y no a través de la mente, las clases se mantendrán. Los nombres cambiarán, pero la desdicha continuará.

La pregunta es muy relevante, muy significativa: «¿Qué puedo hacer con un mendigo?». El mendigo no es la cuestión. La cuestión eres tú y tu corazón. Haz algo, lo que puedas, y no intentes echarle la culpa a los ricos. No intentes echarle la culpa a la historia. No intentes echarle la culpa a la estructura económica, porque eso es secundario. Si la humanidad sigue siendo astuta y calculadora, se volverá a repetir una y otra y otra vez.

¿Qué puedes hacer tú al respecto? Tú eres una pequeña parte del total. Hagas lo que hagas, no cambiará la situación: pero te cambiará a ti. Puede que el hecho de que le hayas dado algo no cambie al mendigo, pero el propio gesto, el haber compartido lo que has podido, te cambiará a ti. Eso es importante. Y si esto sigue así, la revolución del corazón, la gente que siente, la gente que mira a otro ser humano como un fin en sí mismo, si esto va en aumento, un día desaparecerá la gente pobre, desaparecerá la pobreza y no será remplazada por una nueva clase de explotación.

Hasta ahora, todas las revoluciones han fracasado porque los revolucionarios no se han dado cuenta de las causas básicas de la existencia de la pobreza. Sólo se fijan en causas superficiales. Y dicen: «Está en la pobreza porque algunas personas lo han explotado». Pero, ¿por qué había personas capaces de explotar a otras? ¿Por qué no se daban cuenta? ¿Por qué no se daban cuenta de que ellos no estaban ganando nada y este hombre lo estaba perdiendo todo? Puede que acumulen riqueza, pero están matando vida por todas partes. Su riqueza no es otra cosa que sangre. ¿Por qué no se dan cuenta? La mente astuta también ha creado explicaciones para eso.

La mente astuta piensa: «La gente es pobre por su karma. Están sufriendo por haber hecho algo malo en sus vidas pasadas. Yo soy rico porque he hecho buenas obras, y ahora estoy recogiendo los frutos». Eso también es mente. Y Marx, sentado en la British

Museum Library, también es una mente. Su mente está pensando en la causa básica de la pobreza, y llega a la conclusión de que hay personas que explotan. Pero esas personas siempre existirán. Hasta que no desaparezca por completo la maldad, no tiene sentido cambiar la estructura de la sociedad. De lo que se trata es de cambiar por completo la estructura de la personalidad humana.

¿Qué puedes hacer tú? Puedes cambiar, puedes echar a los ricos; volverán por la puerta de atrás. Ellos son astutos. Pero los que echen a los ricos también serán muy astutos, si no, no podrían echar a nadie. A lo mejor, los ricos no pueden regresar por la puerta de atrás, pero los que se llaman a sí mismos revolucionarios, comunistas, socialistas se sentarán en el trono y empezarán a explotar. Y explotarán de una forma más peligrosa porque habrán demostrado ser más astutos que los ricos. Echando a los ricos, han demostrado con claridad que son más astutos que ellos. La sociedad estará en manos de personas más astutas todavía.

Y recuerda, si algún día surgen otros revolucionarios, que ocurrirá, porque aunque la explotación haya tomado una nueva forma, la gente volverá a sentirse explotada, volverá a haber una revolución. Pero, ¿quién echará a los antiguos revolucionarios? Entonces se necesitará gente más astuta todavía. Siempre que se derroque un determinado sistema, utilizando los mismos medios que utilizó dicho sistema, lo único que cambiará serán los nombres, las banderas; la sociedad seguirá igual.

Basta ya con este engaño. La cuestión no es el mendigo; la cuestión eres tú. No seas astuto, no seas listo. Y no intentes justificarte con el karma; tú no sabes nada del karma. Eso no es más que una hipótesis para explicar ciertas cosas sin explicación, para explicar ciertas cosas que causan pena. En cuanto aceptas la hipótesis, te liberas de la carga. Entonces tú puedes seguir siendo rico y el pobre puede seguir siendo pobre sin problema. La hipótesis funciona como un amortiguador.

Por eso en India la pobreza se ha mantenido tan integrada y la gente se ha vuelto tan insensible. Tienen una determinada teoría que les ayuda. Igual que los coches tienen amortiguadores que absorben las irregularidades de la carretera, los amortiguadores van absorbiendo esta hipótesis del karma. Es un gran amortiguador. Te encuentras con la pobreza constantemente, pero hay un amortiguador, la teoría del karma. ¿Qué le vamos a hacer? No tiene nada que ver contigo. Tú estás disfrutando de tus riquezas por tus virtudes y tus buenas obras en el pasado y ese hombre está sufriendo por sus malas acciones.

En India hay una determinada secta del jainismo, Terapanth. Sus seguidores son los más fervientes defensores de esta teoría. Sostienen: «No interfieras, está sufriendo sus karmas pasados. No interfieras. No le des nada, eso sería una interferencia; retrasarías el proceso de su sufrimiento y tendría que seguir sufriendo más tiempo. Él tiene que

sufrir». Por ejemplo, si le das a un hombre pobre lo suficiente para vivir con comodidad unos cuantos años, cuando hayan pasado esos años, el sufrimiento volverá a comenzar. Puedes darle lo suficiente para vivir con comodidad esta vida, pero en la próxima vida el sufrimiento comenzará de nuevo. Justo donde lo dejaste, exactamente desde ese punto, volverá a comenzar el sufrimiento. Así que los creyentes del Terapanth predicán: «No interfieras. Aunque veas a alguien muriéndose al borde de la calle, continúa indiferente por tu camino». Dicen que eso es compasión; interfiriendo, retrasas el proceso de karma de la persona. ¡Qué gran amortiguador! En India, la gente se ha vuelto absolutamente insensible. Esas astutísimas teorías la protegen.

En Occidente, han descubierto una nueva hipótesis: como los ricos han explotado a la gente, destruyamos a los ricos. Fíjate bien. Cuando ves a un hombre pobre, empieza a surgir amor en tu corazón. De inmediato piensas: este hombre es pobre por culpa de los ricos. ¡Has convertido el amor en odio! Ahora surge el odio hacia los ricos. ¿A qué estás jugando? Entonces reflexionas: «¡Destruyamos a los ricos! Recuperémoslo todo, ellos son los delincuentes». Ahora el mendigo ha sido olvidado; el corazón ya no está lleno de amor. Al contrario, está lleno de odio... ¡El odio es lo que ha creado la sociedad que genera mendigos! Ahora, de nuevo, el odio está funcionando en ti. Crearás una sociedad en la que aunque cambien las categorías, los nombres, seguirán existiendo los gobernantes y los gobernados, los explotados y los explotadores, los opresores y los oprimidos. No será muy diferente; seguirá siendo lo mismo. Habrá amos y esclavos.

La única revolución posible es la revolución del corazón. Cuando veas a un mendigo, mantén tu sensibilidad. No permitas que ningún amortiguador se interponga entre tú y el mendigo. Mantente sensible. Será difícil porque empezarás a llorar. Será difícil porque te resultará muy, muy incómodo. Comparte lo que puedas compartir. Y no te preocupes si seguirá siendo mendigo o no; tú has hecho lo que has podido. Y esto te cambiará. Esto te dará un nuevo ser, más cercano al corazón y más alejado de la mente. Ésta es tu transformación interna; y éste es el único modo.

Si los individuos van cambiando en este sentido, quizá algún día llegue una sociedad en la que las personas sean tan sensibles que no puedan explotar, que se hayan vuelto tan alertas y conscientes que no puedan oprimir, que se hayan vuelto tan amorosas que sea imposible pensar en la pobreza, en la esclavitud.

Haz algo desde el corazón y no seas víctima de las teorías.

La pregunta continúa:

**Tú has dicho que tenemos que movernos al polo opuesto;
que tenemos que elegir ciencia o religión, racionalidad o
irracionalidad, Oriente u Occidente, tecnología y**

**espiritualidad. ¿Puedo elegir yo política y meditación?
¿Puedo elegir cambiar el mundo y cambiarme a mí
mismo al mismo tiempo? ¿Puedo ser revolucionario y
sannyasin a la vez?**

Es cierto, he dicho una y otra vez que uno tiene que aceptar las polaridades. Pero la meditación no es un polo. La meditación es la aceptación de las polaridades, y a través de esa aceptación, uno va más allá de las polaridades. Por lo tanto, la meditación no tiene opuesto.

Intenta entenderlo. Estás sentado en tu habitación llena de oscuridad. ¿Es la oscuridad lo opuesto a la luz, o tan sólo es ausencia de luz? Si fuera lo opuesto a la luz, tendría su propia existencia. ¿Tiene la oscuridad su propia existencia? ¿Es real por sí misma o sólo es la ausencia de luz? Si tuviera una realidad propia, cuando encendieras una lámpara, se resistiría. Intentaría apagar la lámpara. Lucharía por su propia existencia. Sin embargo, no ofrece ninguna rebeldía. Nunca lucha, no consigue apagar ni una pequeña lámpara. La oscuridad es enorme y la lámpara pequeña, pero esa vasta oscuridad no puede derrotar a la lámpara. La oscuridad podía llevar siglos reinando en esa casa, pero si metes una pequeña lámpara, la oscuridad no puede decir: «Tengo cientos de años y te opondré una dura resistencia». Desaparece, simplemente.

La oscuridad no tiene realidad positiva; es sólo la ausencia de luz, así que cuando traes luz, desaparece. Cuando apagas la luz, aparece. En realidad, ni se va ni viene, porque no puede. La oscuridad no es nada más que la ausencia de luz. Presente la luz, no está; ausente la luz, está. Es ausencia.

La meditación es la luz interior, no tiene opuesto, sólo ausencia.

Toda la vida, tal como la vives, la vida mundana, la vida de poder, prestigio, ego, ambición, egoísmo, es una ausencia de meditación. Y eso es la política.

Política es una palabra con un gran contenido. No sólo incluye a los llamados políticos, sino a todas las personas mundanas porque cualquiera que sea ambicioso es un político y cualquiera que esté luchando por llegar a alguna parte es un político. Donde hay competición, hay política. Treinta estudiantes, estudiando en la misma clase, se llaman a sí mismos compañeros; sin embargo, son enemigos de clase porque todos ellos están compitiendo. Todos ellos están intentando sobrepasar a los demás. Todos ellos tratan de conseguir la medalla de oro, ser el primero de la clase. La ambición está ahí; ya son políticos. Donde hay competición y lucha, hay política. Por lo tanto, toda la vida ordinaria está orientada a la política.

La meditación es como la luz; cuando la meditación viene, la política desaparece. Así que no se puede ser meditativo y político; eso es imposible. Estás pidiendo lo imposible. La meditación no es un extremo de una polaridad; es la ausencia de todo conflicto, de

toda ambición, de todas las proyecciones del ego.

Déjame que te cuente una famosa historia sufí.

—Nadie puede entender al hombre —sentenció un sufí—, a no ser que comprenda la conexión entre codicia, imposición e imposibilidad.

—No logro entender esta adivinanza —intervino su discípulo.

—Nunca busques comprensión por medio de adivinanzas cuando puedes conseguirla directamente por la experiencia —explicó el maestro.

Se llevó al discípulo a una tienda del mercado cercano donde vendían túnicas.

—Muéstreme su mejor túnica —pidió el sufí al dependiente—, me apetece despilfarrar.

Le enseñaron la prenda más hermosa, por la que le exigieron un precio extremadamente alto.

—Se parece mucho a lo que quiero —dijo el sufí—. Pero me gustaría que tuviera algunas lentejuelas en torno al cuello y una tira de piel de corte.

—Nada más fácil —respondió el vendedor de túnicas—, tengo una prenda así en el taller de mi tienda. Desapareció un rato y regresó con la misma prenda a la que había añadido la tira de piel y las lentejuelas.

—Y, ¿cuánto cuesta ésta?—preguntó el sufí—. Veinte veces el precio de la primera —contestó el dependiente.

—Excelente —replicó el sufí—. Me llevo ambas.

¡Está claro que eso es una imposibilidad porque era la misma prenda! El sufí estaba demostrando que en la codicia hay cierta imposibilidad; la imposibilidad es intrínseca a la codicia.

No seas codicioso, porque querer ser a la vez político y meditador, ambas cosas juntas, es la mayor codicia que existe. Ésa es la mayor codicia posible. Estás pidiendo ser ambicioso sin tensarte; estás pidiendo luchar, ser violento y codicioso y, a la vez, estar tranquilo y relajado. Si eso fuera posible, no se necesitarían *sannyas*, no se necesitaría la meditación.

No se pueden tener ambas cosas. En cuanto comienzas a meditar, la política empieza a desaparecer. El estado tenso, la preocupación, la ansiedad, la angustia, la violencia, la codicia; todas esas cosas desaparecen. Son producto de la mente política.

Tendrás que decidir: puedes ser político o puedes ser meditador. No puedes ser ambas cosas porque cuando llega la meditación, la oscuridad desaparece. Este mundo, tu mundo, es una ausencia de meditación. Y cuando viene la meditación, este mundo

desaparece simplemente como la oscuridad.

Por eso los que han sabido siguen diciendo que este mundo es ilusorio, no es real. Ilusorio como la oscuridad: parece real, cuando está ahí, pero en cuanto enciendes una luz, de repente, te das cuenta de que no era verdad. Fíjate en la oscuridad, lo real que es, lo real que parece. Te envuelve por todas partes. No sólo eso, te produce miedo. Lo irreal crea miedo. ¡Puede matarte y ni siquiera existe! Trae luz. Pon a alguien en la puerta para ver si la oscuridad sale o no sale. Nadie ha visto nunca a la oscuridad saliendo o entrando; parece que existe pero no es así. El llamado mundo del deseo y la ambición, la política, sólo parece existir pero, en realidad, no existe. Una vez que meditas, empiezas a reírte de todo el disparate, de toda la pesadilla que ha desaparecido.

Pero, por favor, no intentes hacer dicha cosa imposible. Si lo intentas te meterás en un gran lío del que no podrás salir; te convertirás en una personalidad dividida. «¿Puedo elegir la política y la meditación? ¿Puedo elegir cambiar el mundo y cambiarme a mí al mismo tiempo?». No es posible. En realidad, tú eres el mundo. Cuando te cambias a ti mismo estás empezando a cambiar el mundo, y no hay otro modo. Si te dedicas a cambiar a los demás, no podrás cambiarte a ti mismo, y alguien que no es capaz de cambiarse a sí mismo no puede cambiar a nadie. Lo único que puede hacer es seguir creyendo que está realizando un gran trabajo, como los políticos.

Todos a los que llaman revolucionarios son personas enfermas, tensas, locas, dementes; pero su demencia es tal que si se les dejara a su aire se volverían completamente locos, así que ponen su demencia en alguna ocupación. Se dedican a cambiar la sociedad, a reformar la sociedad, a hacer esto y aquello... a cambiar al mundo entero. Y su locura es tal que no se dan cuenta de lo estúpida que es. No te has cambiado a ti mismo; ¿cómo vas a cambiar a nadie más?

Empieza más cerca de casa. Primero, cámbiate a ti mismo, primero trae la luz a tu interior, entonces serás capaz... De hecho, decir que entonces existirá alguna capacidad para cambiar a los demás no es correcto. En realidad, cuando te cambias a ti mismo, te conviertes en una fuente de energía infinita y esa energía, por sí sola, cambia a los demás. No es que vayas a esforzarte y convertirte en un mártir intentando cambiar a la gente, no, nada por el estilo. Sencillamente permaneces en ti mismo y la propia energía, su pureza, su inocencia, su fragancia, se va expandiendo en olas. Llega a todas las orillas del mundo. Sin esfuerzo alguno de tu parte, comienza una revolución sin esfuerzo. Y la revolución, cuando es sin esfuerzo, es hermosa. Cuando es con esfuerzo, es violenta, impones tus ideas a los demás.

Stalin mató a millones de personas porque era revolucionario. Quería cambiar la sociedad, y a todo aquel que obstruyera su camino había que matarlo y apartarlo. Algunas veces ocurre que aquellos que quieren ayudarte empiezan a ayudar incluso

contra ti. Les da igual que tú quieras ser transformado o no. Ellos tienen una idea para cambiarte y te cambiarán a pesar de ti. No te escucharán. Este tipo de revolución acabará siendo violento, sangriento.

Y una revolución no puede ser violenta, no puede ser sangrienta, la revolución ha de ser desde amor y el corazón. Un verdadero revolucionario nunca va a llevarse a nadie a ninguna parte. Él se mantiene arraigado en sí mismo y las personas que quieren ser cambiadas van a él desde tierras muy lejanas. La fragancia los alcanza de maneras sutiles, de maneras desconocidas, para que quien quiera transformarse a sí mismo vaya y busque un revolucionario. El verdadero revolucionario permanece en sí mismo, disponible. Como un pozo de agua fresca; quien esté sediento, buscará; el pozo no va a ir a buscarte. El pozo no correrá tras de ti. Y el pozo no te va a ahogar porque estés sediento, no es que el pozo te vaya a ahogar si no le obedeces y bebes.

Stalin mató a muchísimas personas. Los revolucionarios han sido tan violentos como los reaccionarios, a veces incluso más.

Por favor, no intentes hacer lo imposible. Simplemente cámbiate a ti mismo. De hecho, es tan improbable que si consigues cambiarte en esta vida puedes estar agradecido. Puedes decir: «Ha ocurrido suficiente, más que suficiente».

No te preocupes por los demás. Ellos también son personas, tienen conciencia, alma. Si quieren cambiar, nadie les obstaculiza el camino. Sé un pozo de agua fresca. Si están sedientos, irán. Tu frescura será la invitación; la pureza de tu agua será la atracción.

«¿Puedo ser un revolucionario y un *sannyasin* a la vez?» No. Si eres un *sannyasin*, eres una revolución, no un revolucionario. No necesitas ser un revolucionario; si eres un *sannyasin*, eres una revolución. Intenta entender lo que estoy diciendo. Entonces no vas a cambiar a la gente, no vas a hacer una revolución en ninguna parte. No lo planeas; lo vives. Tu propio estilo de vida es una revolución. En todo lo que mires, en todo lo que toques, habrá revolución. La revolución será tan espontánea como respirar.

Me gustaría contarte otra historia sufí:

—¿Qué es la invisibilidad? —le preguntaron a un conocido sufí.

—Responderé a eso cuando surja una oportunidad para mostrarlo — contestó él.

Los sufíes no hablan mucho. Crean situaciones. No dicen mucho; muestran a través de situaciones. Por eso el sufí afirmó: «Cuando surja una oportunidad, te lo mostraré».

Algún tiempo después, un grupo de soldados detuvo al sufí y al discípulo que le había formulado la pregunta, los soldados les informaron:

—Tenemos órdenes de detener a todos los *derviches* porque según el rey

de este país no obedecen sus leyes y propagan ideas que no inducen a la tranquilidad de pensamiento del pueblo. Así que nos han dado la orden de arrestar a todos los sufíes.

Siempre que hay una persona verdaderamente religiosa, una revolución, los políticos se aterran porque su mera presencia los enloquece. Su mera presencia es suficiente para provocar el caos, el desorden, la muerte de la vieja sociedad. Su mera presencia es suficiente para crear un nuevo mundo. Él se convierte en un vehículo. Ausente, completamente ausente en lo que respecta al ego, se convierte en un vehículo de lo divino. Los gobernantes, los astutos, siempre han temido a los religiosos porque no existe un peligro mayor que una persona religiosa. A los revolucionarios no les temen porque utilizan el mismo lenguaje, la misma terminología. Son el mismo tipo de personas.

Sólo hay que ir a cualquier parlamento y observar a los políticos. Todos los políticos, los que están en el poder y los que no están en el poder, son el mismo tipo de persona. Los que están en el poder parecen reaccionarios porque han alcanzado el poder, y ahora quieren protegerlo. Ahora quieren mantenerlo en sus manos, así que parecen el sistema. Los que no están en el poder hablan de revolución porque quieren echar a los que están en el poder. En cuanto estén en el poder, se volverán reaccionarios y los que estaban antes en el poder y fueron expulsados, se volverán revolucionarios.

Un revolucionario que triunfa es un revolucionario muerto, y un gobernante expulsado de su poder se convierte en revolucionario. Y siguen engañando a la gente. Elijas a los que están en el poder o a los que están en la oposición, no estás eligiendo gente distinta. Llevan diferentes etiquetas pero no son diferentes en lo más mínimo.

Una persona religiosa es un verdadero peligro. Su mera existencia es peligrosa, porque trae nuevos mundos.

Los soldados rodearon al sufí y su discípulo y les anunciaron que estaban buscando sufíes, y que todos tenían que ser encarcelados porque el rey así lo había ordenado. El rey dice que los sufíes, los derviches, predicán cosas que no le gustan y crean patrones de pensamiento que «no son buenos para la tranquilidad de la población».

—Y deben hacerlo —dijo el sufí a los soldados—, tienen que cumplir su deber.

—Pero, ¿ustedes no son sufíes? —preguntaron los soldados.

—Ponnos a prueba —replicó el sufí.

El oficial sacó un libro sufí.

—¿Qué es esto? —inquirió.

El sufi miró la portada y anunció:

—Algo que quemaré delante de usted, ya que usted no lo ha hecho todavía. Le prendió fuego al libro y los soldados se alejaron satisfechos.

—¿Por qué has hecho eso? —quiso saber el acompañante del sufi.

—Para hacernos invisibles —dijo el sufi—. Para el hombre del mundo, eres visible si tu aspecto se ajusta al que él espera que algo o alguien tenga. Si tienes un aspecto diferente, tu verdadera naturaleza se vuelve invisible para él.

Un hombre religioso vive una vida revolucionaria, pero invisible; porque hacerse visible es volverse tosco, volverse visible es caer al peldaño más bajo de la escalera. Una persona religiosa, un *sannyasin*, crea una revolución en sí mismo y se mantiene invisible. Y esa fuente invisible de energía va haciendo milagros.

Por favor, si eres un *sannyasin* no hace falta ser un revolucionario. Tú ya eres una revolución. Y digo una revolución porque un revolucionario ya es alguien muerto, un revolucionario ya tiene ideas fijas; un revolucionario ya tiene una mente. Digo revolución; es un proceso. Un *sannyasin* no tiene ideas fijas; vive momento a momento. Responde a la realidad del instante, no desde ideas fijas.

Simplemente observa. Habla con un comunista y verás que no está escuchando. Puede que esté asintiendo con la cabeza pero no está escuchando. Habla con un católico, no está escuchando. Habla con un hindú, no está escuchando. Mientras estás hablando, él está preparando su respuesta; la respuesta de sus antiguas y fijas ideas del pasado.

Puedes ver en su cara que no hay respuesta sino embotamiento y apatía.

Habla con un niño: él escucha, escucha con atención. Si escucha, lo hace con atención. Si no escucha, está ausente, pero es total. Habla con un niño y verás la respuesta, pura y fresca.

Un *sannyasin* es como un niño, inocente. No vive desde sus ideas, no es esclavo de ninguna ideología. Vive desde la conciencia, vive desde la atención. ¡Actúa aquí, ahora! No tiene ayeres ni mañanas, sólo hoy.

Cuando Jesús fue crucificado, uno de los ladrones a su lado, le dijo: «Nosotros somos criminales. Es justo que seamos crucificados; lo comprendemos. Tú pareces inocente. Pero me alegro de ser crucificado a tu lado. Estoy inmensamente feliz. Yo nunca he hecho nada bueno».

Me había olvidado por completo de algo. Cuando Jesús nació, sus padres estaban huyendo del país porque el rey había ordenado matar a todos los niños nacidos durante un determinado período. Por medio de sus sabios, el rey se había enterado de que iba a nacer una revolución y que sería peligrosa. Era mejor evitarla antes de que ocurriera. Así que ordenó un asesinato en masa.

Una noche, fueron rodeados por un grupo de ladrones, este ladrón formaba parte de aquel grupo, e iban a robarlos y matarlos. Pero aquel ladrón miró al niño Jesús, y era tan hermoso, tan inocente, tan puro, como la propia pureza... y lo rodeaba un aura de luminosidad. Y aquel hombre detuvo a los otros ladrones, les ordenó: «Déjenlos ir. Fíjense en el niño». Todos miraron al pequeño y se quedaron como hipnotizados. No podían hacer lo que querían hacer, y los dejaron en paz.

Éste era el ladrón que había salvado a Jesús, pero no sabía que el niño era él. Le dijo a Jesús:

—Nunca he hecho una buena obra. No encontrarás a un criminal mayor que yo. He llevado una vida pecaminosa; robos, asesinatos y todo lo que puedas imaginarte. Sin embargo, estoy contento. Estoy agradecido a Dios por estar muriendo al lado de un hombre tan inocente.

—Sólo por esa gratitud —repuso Jesús—, hoy estarás conmigo en el reino de Dios.

Esa declaración dio pie a que los teólogos cristianos estuvieran discutiendo de manera interminable sobre a qué se refería con «hoy». Simplemente se refería a ahora. Un hombre religioso no tiene ayeres ni mañanas, sólo hoy. Este momento lo es todo. Cuando le dice al ladrón: «Hoy estarás conmigo en el reino de Dios», en realidad está diciendo: «¡Mira! Ya lo estás. En este mismo momento, por tu gratitud, por tu reconocimiento de la pureza y la inocencia, por tu arrepentimiento, el pasado ha desaparecido. Estamos en el reino de Dios».

Un hombre religioso no vive de ideologías y conceptos fijos y filosofías pasadas. Vive en este momento. Responde desde su conciencia. Siempre es fresco como una primavera, siempre fresco, incorrupto por el pasado.

Así que si eres un *sannyasin*, eres una revolución. Una revolución es más grande que todos los revolucionarios. Los revolucionarios son aquellos que se han detenido en alguna parte. El río se ha congelado, ya no fluye. Un *sannyasin* siempre está fluyendo. El río nunca se queda quieto; sigue y sigue, fluye y fluye. Un *sannyasin* es un flujo.

CINCO

¿QUÉ PUEDO HACER?

Si la humanidad permanece dormida, si permanece inconsciente e hipnotizada, el político puede seguir en el poder y el sacerdote puede seguir explotándote. Si la humanidad despertara, no serían necesarios esos sacerdotes y políticos. No sería necesario que existiera ningún país o Estado, ni sería necesario que existiera ninguna iglesia, ningún Vaticano, ningún Papa. Desaparecerá toda necesidad. La conciencia humana será cualitativamente distinta.

Esa cualidad está por nacer. Hemos llegado a un punto de la evolución de la conciencia humana en el que esa nueva sabiduría es inmensa y desesperadamente necesaria; esa nueva conciencia que libera al hombre de la política y la religión.

**¿Cómo puedo ayudar a hacer del mundo un lugar mejor?
Tal como son las cosas ahora, la acción política parece ser
el único medio para luchar contra la injusticia. ¿Tu visión
transformadora excluye la acción política?**

Yo estoy enamorado de la vida en su totalidad. Mi amor no excluye nada; lo incluye todo. Sí, también incluye la acción política. ¡Es lo peor que se puede incluir, pero no puedo evitarlo! Pero todo lo que incluye mi visión de la vida lo envuelve con una diferencia.

En el pasado, el hombre ha vivido sin conciencia en todos los aspectos de la vida. Ha amado sin conciencia y fracasado en ello, el amor no ha traído más que desdicha. En el pasado ha hecho toda clase de cosas y todas han terminado siendo un infierno. Ése ha sido el caso de la acción política.

Toda revolución se torna antirrevolucionaria. Es hora de que aprendamos cómo ocurre eso, por qué pasa. Toda revolución, toda lucha contra la injusticia, al final, ella misma acaba volviéndose injusta, antirrevolucionaria.

Ha sucedido una y otra vez en el siglo xx; no estoy hablando de un pasado lejano. Ha ocurrido en la Unión Soviética, ha ocurrido en China. Y seguirá sucediendo si continuamos funcionando de la misma forma. La inconsciencia no puede traer más que eso.

Cuando no tienes poder, es fácil luchar contra la injusticia. En cuanto tienes poder, te olvidas por completo de la injusticia. Entonces se imponen los deseos reprimidos por

dominar. En tal caso, tu inconsciente toma el mando y empiezas a hacer las mismas cosas que antes hacían los enemigos que has combatido. ¡Apostaste tu vida en ello!

Lord Acton dice que el poder corrompe. Sólo es verdad en un sentido, en otro sentido es absolutamente falso. Es verdad si miras las cosas de manera superficial: el poder, por cierto, corrompe, todo aquel que adquiere poder se corrompe. Es verdad si nos limitamos a los hechos, pero si profundizas en el fenómeno, no lo es.

El poder no corrompe: son las personas corruptas las que se sienten atraídas por el poder. Son las personas a las que les gustaría hacer aquello que no pueden hacer si no están en el poder. En el momento que están en el poder, toda su mente reprimida se impone. Ahora no hay nada que los detenga, que se los impida; ahora, tienen el poder. El poder no los corrompe, sólo hace que su corrupción emerja. La semilla de la corrupción ya existía; ahora, ha germinado. El poder sólo ha resultado ser la época adecuada para que se desarrolle; el poder es el germen de las venenosas flores de la corrupción y la injusticia en sus seres.

El poder no es la causa de la corrupción, sólo la oportunidad para su expresión. Por eso digo que, básicamente, en lo fundamental, Lord Acton se equivoca.

¿A quién le interesa la política? Sí, la gente entra en ella con bonitos eslóganes pero, ¿qué les ocurre a esas personas? Joseph Stalin luchaba contra la injusticia del zar. ¿Qué sucedió? Él mismo se convirtió en el mayor zar que el mundo haya conocido. ¡Peor que Iván el Terrible! Hitler solía hablar de socialismo. A su partido lo llamó Partido Nacional Socialista. ¿Qué fue del socialismo cuando llegó al poder? Desapareció por completo.

En India sucedió lo mismo. Mahatma Gandhi y sus seguidores hablaban de la no-violencia, el amor, la paz, todos los grandes valores que siempre han sido admirados. Y cuando llegó el poder, huyó. El propio Mahatma Gandhi huyó porque se dio cuenta de que si aceptaba tomar el poder, dejaría de ser el mahatma, el santo. Y todos sus seguidores que llegaron al poder demostraron ser tan corruptos como cualquiera, y antes de llegar al poder, todos ellos eran buenas personas, grandes servidores del pueblo. Sacrificaron mucho. No eran malos en ningún sentido; eran buenos en todos los sentidos. Pero incluso las buenas personas se transforman en malas; es fundamental que esto se entienda.

Me gustaría que la gente viviera de una forma plena, pero con una condición indispensable, una condición categórica, esa condición es: conciencia, meditación. Primero, entra profundamente en la meditación para limpiar tu inconsciente de todas las semillas venenosas, para que en tu interior no haya nada que corromper, nada que el poder pueda sacar. Luego, puedes hacer lo que te apetezca.

Si quieres hacerte pintor, hazte pintor. Tus pinturas serán diferentes, no se parecerán a las de Picasso. Las pinturas de Picasso son demenciales; ¡él es demencial! De hecho, si

no lo hubieran dejado pintar, habría acabado en un manicomio. A través de sus pinturas tiene su catarsis, derrama su demencia sobre el lienzo, se deshace de ella. Sí, se siente mejor. Es como vomitar. Después de vomitar te sientes mejor pero, ¿qué hay de los que te están viendo? Pero el mundo es tan estúpido que si Picasso vomita, la gente dice: «¡Qué gran pintura; es algo nunca visto, algo único!».

Vincent Van Gogh se volvió loco de verdad, tuvo que ser hospitalizado, y luego se suicidó. Y sólo tenía 37 años. Pues bien, ¿qué clase de pintura estaba haciendo este hombre? Por cierto, tenía el arte, la pericia, pero el arte y la pericia estaban en manos de un loco, un suicida. Mirando sus cuadros te sientes inquieto, incómodo. ¡Pon un cuadro de Picasso en tu alcoba y tendrás pesadillas!

Alguien que medita puede hacerse pintor, pero de él saldrá algo completamente diferente, algo del más allá, porque será capaz de captarlo. Puede hacerse bailarín; su danza tendrá una cualidad nueva, permitirá que se exprese lo divino. Puede hacerse músico, o dedicarse a la acción política, pero su acción política estará arraigada en la meditación. Por eso no habrá miedo de que surja un Joseph Stalin, un Adolf Hitler o un Mao Tse-tung; eso será imposible.

Yo no le digo a nadie que vaya en una determinada dirección; yo le doy completa libertad a mi gente. Sólo les enseño meditación. Les enseño a estar más alerta, más conscientes, luego depende de ellos. Ellos encontrarán su potencial natural cualquiera que éste sea; pero será con conciencia. Entonces no hay peligro.

Yo no soy contrario a la acción política; no soy contrario a nada. No niego la vida; afirmo la vida, estoy totalmente enamorado de la vida. Y, por supuesto, habiendo en la Tierra millones de personas, tiene que haber algún tipo de política. La política no puede desaparecer, simplemente. Significaría disolver la policía, correos, el ferrocarril; se produciría un caos. Yo no soy anarquista, ni soy partidario del caos. Sólo quiero que el mundo sea hermoso, más armonioso, más de un cosmos que de un caos.

Algunas veces elogio el caos, pero sólo con el fin de destruir lo que está podrido. También elogio la destrucción, pero sólo con el fin de crear. Sí, algunas veces soy muy negativo, estoy en contra de las convenciones, de las conformidades, de las tradiciones, sólo para liberarte y que puedas crear nuevas visiones, nuevos mundos, para que no tengas que seguir siendo cautivo del pasado, para que puedas tener un futuro y un presente. Pero no soy destructivo. Mi único propósito es ayudarte a ser creativo.

Algunos de los míos entrarán en la acción política, pero sólo los apoyaré cuando hayan cumplido la condición básica: cuando estén más alerta, sean más conscientes, cuando su ser interior esté lleno de luz. Entonces que hagan lo que quieran; no le pueden causar ningún mal al mundo. Sólo pueden producir algo bueno, algo hermoso; serán una bendición para el planeta. Sin esa conciencia, aunque hagas algo bueno, acabará

convirtiéndose en algo perjudicial.

La madre Teresa de Calcuta ha recibido el Premio Nobel. Pues bien, ¡eso es una estupidez de un enorme calibre! El comité del Premio Nobel nunca había cometido tamaño disparate; pero, aparentemente, es algo hermoso. Recibieron elogios del mundo entero, habían hecho una gran elección.

J. Krishnamurti no ha recibido un Premio Nobel; y es uno de esos raros seres humanos, de esos pocos budas que en realidad están forjando los cimientos para la paz mundial. ¡Y le conceden el Premio Nobel de la Paz a la madre Teresa! Yo no veo qué ha hecho ella por la paz mundial. George Gurdjieff no recibió un Premio Nobel y trabajó sin descanso en transformar el núcleo de los seres humanos; Raman Maharshi no recibió el Nobel. Eso se debe a que su trabajo es invisible; su trabajo es traer más conciencia a la gente. Cuando le das pan a la gente, es visible; cuando le das ropa, es visible; cuando le das medicamentos, es visible. Cuando le das divinidad, es absolutamente invisible.

La madre Teresa estaba haciendo algo bueno sólo en la superficie; ayudando a los pobres de Calcuta, los débiles, los enfermos, los viejos, las viudas, los leprosos, los mutilados, los ciegos. ¡Era muy obvio que estaba realizando algo bueno! Pero básicamente lo que estaba haciendo era consolar a esa gente. Y darle consuelo a los pobres, a los ciegos, a los leprosos, a los huérfanos, es un acto antirrevolucionario. Pero los gobiernos, los ricos, los poderosos están contentos, porque, en realidad, no está sirviendo a los ciegos y a los pobres. Está sirviendo a los intereses privados, está sirviendo a los sacerdotes, a los políticos y a los poderes; los está ayudando a mantenerse en el poder. Está creando una atmósfera en la que pueda continuar lo viejo.

En India, nunca ha habido una revolución contra los poderosos, los ricos, los adinerados; por la sencilla razón de que, supuestamente, es un país religioso y hay muchos consoladores. Hay cientos de miles de monjes hindúes animando a la gente, dándoles explicaciones de por qué son pobres, de por qué son ciegos, de por qué son inválidos: ¡es debido a sus karmas pasados! Están sufriendo por haber hecho algo malo en sus vidas pasadas. Estos monjes se dedican a predicar a la gente: «Sufre en silencio, no reacciones, porque si reaccionas, si vuelves a hacer algo, volverás a sufrir en tu próxima vida. No pierdas esta oportunidad, deja que la cuenta se cierre. ¡Esta vez, pórtate bien!». Y, por supuesto, ser revolucionario no es algo bueno. Sé obediente: eso es bueno, no seas desobediente; la desobediencia es mala, es pecado. Para los cristianos, es el pecado original.

¿Cuál fue el pecado de Adán y Eva? Sólo desobedecer a Dios. No parece algo muy pecaminoso. Comer la fruta del árbol de la sabiduría no es ningún pecado. ¿Por qué habría de llamarse pecado original? Se llama pecado original por su desobediencia. Desobedecer es el mayor de los pecados a los ojos de los sacerdotes.

En India, los sacerdotes y los monjes llevan diez mil años predicando a la gente: «Sé obediente con el sistema en el poder. No desobedezcas; porque si no, sufrirás en el futuro». De ahí que no haya habido ninguna revolución, y esos monjes y sacerdotes sean muy elogiados.

Ahora, los misioneros cristianos están haciendo lo mismo por todo el mundo: servir a los pobres, a los inválidos. A esas personas les dicen: «Sufre en silencio; puede que sea una prueba que te ha puesto Dios. Tienes que pasar por este fuego, sólo entonces te convertirás en oro puro». Los misioneros cristianos son antirrevolucionarios.

¿Por qué están sirviendo a las personas pobres? Lo hacen por codicia. Quieren ir al paraíso y la única forma de ir al paraíso es a través de la caridad. Algunas veces me planteo qué ocurriría si no hubiera inválidos, ciegos, pobres; ¿qué sería de los misioneros cristianos? ¿Cómo irían al paraíso? ¡La escalera desaparecería! Perderían el barco, no tendrían ninguna posibilidad de llegar a la otra orilla del río. A estos misioneros cristianos les gustaría que la pobreza continuara, les gustaría que siguiera habiendo pobres en la Tierra. Cuantos más pobres haya, más oportunidades de servir habrá y, por lo tanto, más gente podrá ir al cielo.

Darle el Premio Nobel a la madre Teresa es dárselo a actos antirrevolucionarios.

Pero es lo que ha ocurrido siempre: se elogia a aquellos que de alguna forma confirman lo viejo, lo muerto, aquellos que ayudan a la sociedad a seguir tal como es.

Mi trabajo es invisible. De hecho, les estoy mostrando, de una forma directa, la mayor revolución posible. Les estoy enseñando rebelión, y esta rebelión es multidimensional. Dondequiera que vayas, esta rebelión tendrá su impacto. Si entras en la poesía, escribirás poesía rebelde. Si entras en la música, crearás un nuevo tipo de música. Si danzas, tu danza tendrá un sabor diferente. Y si entras en política, cambiarás por completo el sentido de la propia acción política.

Yo no estoy en contra de la acción política, pero tal como ha sido hasta ahora, carece del más mínimo sentido. De ahí que en la superficie nadie pueda ver que está implicado en alguna actividad política ni en algún tipo de actividad mundana. Yo enseño a la gente a sentarse en silencio, a observar sus pensamientos, a salirse de sus mentes. El revolucionario estúpido pensará que estoy en contra de la acción política, que soy un reaccionario. El caso es justo lo contrario. Desde esa estupidez, aunque hable de revolución, todo lo que haga será reaccionario. Hará retroceder a la sociedad.

Yo no estoy haciendo nada que pueda considerarse político, social. No estoy a favor de la reforma social o la acción política. A primera vista, puede parecer que soy un escapista y que estoy ayudando a huir a la gente. Sí, estoy ayudando a la gente a escapar de ellos mismos.

Huye de todo tipo de actividades no inteligentes. Primero, aguza tu inteligencia. Deja

que surja una gran dicha en ti. Vuélvete más observador, hasta el punto de que no quede ningún rincón oscuro en tu ser. Deja que tu inconsciente se transforme en conciencia.

Luego haz lo que quieras. Si quieres ir al infierno, ve con mis bendiciones, porque serás capaz de transformar el propio infierno.

No es que quienes practican la meditación vayan al cielo, no: estén donde estén, están en el cielo y hagan lo que hagan, es divino. Pero este enfoque es tan nuevo que necesitará tiempo para ser entendido.

¿Qué diferencia hay entre un rebelde y un revolucionario?

Entre un rebelde y un revolucionario no sólo hay una diferencia cuantitativa, también hay una cualitativa. El revolucionario forma parte del mundo político. Su enfoque es político. Él cree que cambiar la estructura social es suficiente para cambiar al hombre.

El rebelde es un fenómeno espiritual. Su enfoque es absolutamente individual. Su visión es que si queremos cambiar a la sociedad, tenemos que cambiar al individuo. La sociedad en sí no existe; es sólo una palabra, como «muchedumbre», pero si te pones a buscarla, no la encontrarás en ninguna parte. Siempre que encuentres a alguien, encontrarás un individuo. Sociedad es sólo un nombre colectivo, sólo un nombre, no una realidad; no tiene sustancia. El individuo tiene un alma, tiene una posibilidad de evolución, de cambio, de transformación. Por eso la diferencia es enorme.

El rebelde es la propia esencia de la religión. Trae al mundo un cambio de conciencia; y si la conciencia cambia, la estructura de la sociedad la seguirá. Pero no ocurre lo mismo a la inversa; y lo han demostrado todas las revoluciones, porque todas han fracasado.

Todavía ninguna revolución ha conseguido cambiar al hombre; pero parece que el hombre no se da cuenta. Aún sigue pensando en términos de revolución, de cambiar la sociedad, el gobierno, la burocracia, las leyes, los sistemas políticos. El feudalismo, el capitalismo, el socialismo, el fascismo, a su modo, todos son revolucionarios. Todos ellos han fracasado y han fracasado rotundamente, porque el hombre ha continuado igual.

Un Gautama Buda, un Zaratustra, un Jesús, ellos son rebeldes. Su confianza está en el individuo. Tampoco ellos tuvieron éxito pero su fracaso es muy diferente al del revolucionario. Los revolucionarios han intentado aplicar su metodología en muchos países, de muchas formas, y han fracasado. Pero un Gautama Buda no ha tenido éxito porque no se ha intentado. Un Jesús no ha tenido éxito porque los judíos lo crucificaron y los cristianos lo enterraron. No se ha intentado; no se le ha dado una oportunidad. El rebelde es una dimensión no experimentada aún.

Mi gente tiene que ser rebelde, no revolucionaria. El revolucionario pertenece a una

esfera muy mundana. El rebelde y su rebeldía son sagrados. El revolucionario no puede mantenerse solo, necesita una masa, un partido político, un gobierno. Necesita poder y el poder corrompe; y el poder absoluto corrompe de manera absoluta.

Todos los revolucionarios que han obtenido el poder han sido corrompidos por el poder. No pudieron cambiar al poder y sus instituciones; el poder los cambia a ellos y sus mentes, corrompiéndolos. Sólo cambian los nombres, la sociedad permanece igual.

La conciencia del hombre no ha aumentado en siglos. Sólo de vez en cuando, florece un hombre, pero el florecimiento de un hombre entre millones de personas no es la regla, es una excepción. Y como está solo, la masa no puede tolerarlo. Se convierte en una especie de humillación; su mera presencia se vuelve insultante, porque te abre los ojos, te hace consciente de tu potencial y tu futuro. Y a tu ego le duele que no hayas hecho nada para crecer, para ser más consciente, más amoroso, más creativo, más silencioso, en éxtasis; para crear un mundo hermoso a tu alrededor.

No has aportado nada al mundo, tu existencia no ha sido una bendición sino una maldición. Sólo aportas tu ira, tu violencia, tu envidia, tu competitividad, tu ansia de poder. Conviertes al mundo en un campo de batalla; estás sediento de sangre y vuelves a otros sedientos de sangre. Privas a la raza humana de su humanidad. Ayudas al hombre a caer por debajo de la humanidad, algunas veces incluso por debajo de los animales.

De ahí que un Gautama Buda, o un Kabir, o un Chuang Tzu te hieran, porque ellos han florecido y tú estás ahí, de pie. La primavera viene y se va, nada florece en ti; ningún pájaro viene a hacer su nido en ti y a cantar sus trinos a tu alrededor. Es mejor crucificar a un Jesús y envenenar a un Sócrates, sólo para quitártelos de encima, para no sentirte en modo alguno inferior espiritualmente.

El mundo ha conocido sólo a unos pocos rebeldes.

Pero ahora es el momento: si la humanidad se muestra incapaz de producir un mayor número de rebeldes, un espíritu rebelde, nuestros días en la Tierra están contados. Entonces este siglo puede acabar siendo nuestro cementerio. Nos estamos acercando mucho a ese punto.

Tenemos que cambiar nuestra conciencia, producir más energía meditativa en el planeta, producir más cariño. Tenemos que destruir al antiguo hombre y su fealdad, sus ideologías podridas, sus estúpidas discriminaciones, sus necias supersticiones, y crear un hombre nuevo, con ojos nuevos, con valores nuevos; una discontinuidad con el pasado; eso es lo que significa rebeldía.

Esas tres palabras te ayudarán a entender...

Reforma significa modificación. Lo antiguo se mantiene, lo reformas, le das un carácter distinto; una especie de renovación del edificio antiguo. Su estructura original se mantiene; le das un lavado de cara, lo limpias y le pones unas cuantas ventanas y unas

cuantas puertas nuevas.

La revolución profundiza más que la reforma. Lo antiguo se mantiene, pero se introducen más cambios, incluso en su estructura básica, no se limita a darle una mano de pintura y a abrir unas cuantas ventanas y puertas, sino, tal vez, construir más niveles, elevarlo hasta el cielo. Pero lo antiguo no se destruye, se mantiene oculto tras lo nuevo; en realidad, se mantiene como los cimientos de lo nuevo. La revolución es una continuidad con lo antiguo.

La rebelión es una discontinuidad. No es reforma, no es revolución; es simplemente desconectarte de todo lo anquilosado. Las religiones antiguas, las ideologías políticas añejas, el hombre rancio; te desconectas de todo lo viejo. Empiezas a vivir de nuevo, desde cero. Y a no ser que preparemos a la humanidad para comenzar la vida de nuevo; una resurrección, una muerte de lo antiguo y un nacimiento de lo nuevo...

Es muy importante recordar que la madre de Gautama Buda murió el día que él nació; según él salía de su vientre, su madre abandonaba la existencia. Puede que eso sea verídico, porque fue criado por la hermana de su madre; nunca vio a su progenitora en vida. Y ha quedado como una idea tradicional en el budismo que cuando nace un iluminado, su madre muere inmediatamente, no puede sobrevivir. Yo lo tomo como una indicación simbólica muy significativa. Quiere decir que el nacimiento de un rebelde es la muerte de lo antiguo.

El revolucionario intenta cambiar lo añejo; el rebelde simplemente se sale de lo viejo, igual que la serpiente se desprende de su antigua piel. Y nunca mira atrás. A no ser que sembremos toda la Tierra de rebeldes, el hombre no tiene futuro. El hombre antiguo ha llevado a la humanidad a su muerte definitiva. Es la mente anquilosada, las ideologías caducas, las religiones vetustas; todas ellas se han combinado para llegar hasta esta situación de suicidio global. Sólo un hombre nuevo puede cambiar a la humanidad y a este planeta, a la hermosa vida de este planeta.

Yo enseño religión, no revolución. Para mí, la rebeldía es la cualidad esencial de un hombre religioso. Es espiritualidad en su más absoluta pureza.

Los tiempos de revolución han pasado. La Revolución Francesa fracasó, la Revolución Rusa fracasó, la Revolución China fracasó. En India hemos visto naufragar la revolución de Gandhi, y falló ante los propios ojos de él. Gandhi predicó la no-violencia toda su vida y, ante su propia mirada, el país fue dividido; millones de personas fueron masacradas, quemadas vivas; millones de mujeres fueron violadas. Y el propio Gandhi fue asesinado a tiros. Ése es un extraño final para un santo no-violento.

Y Gandhi mismo olvidó todas sus enseñanzas. Antes de que su revolución estuviera asegurada, un pensador estadounidense, Louis Fischer, le preguntó:

—¿Qué va a hacer con las armas, los ejércitos y los diferentes tipos de bombas

cuando India sea un país independiente?

—Arrojaré todas las armas al mar —contestó Gandhi—, y enviaré a todos los ejércitos a trabajar en los campos y las huertas.

—Pero, ¿no es consciente de que alguien podría invadir el país? —insistió Louis Fischer.

—Le daremos la bienvenida —aseguró Gandhi—. Si alguien nos invade, le aceptaremos como un invitado y le diremos: «Tú también puedes vivir aquí, igual que nosotros. No hace falta que luchemos».

Pero olvidó por completo toda su filosofía; por eso fracasan las revoluciones. Es muy bonito decir esas cosas, pero cuando el poder cae en tus manos... Primero, Mahatma Gandhi no aceptó ningún puesto en el gobierno. Por miedo, porque, ¿cómo iba a responder ante el mundo? ¿No iba a arrojar las armas al mar? ¿No iba a enviar a los ejércitos a trabajar en los campos? Viendo que le iba a generar enormes problemas, huyó de la responsabilidad por la que había estado luchando toda su vida; habría tenido que contradecir su propia filosofía.

Pero el gobierno fue constituido con sus propios discípulos, elegidos por él. No les pidió que disolvieran los ejércitos, todo lo contrario. Cuando Pakistán atacó India, no le dijo al gobierno indio: «Vayan a la frontera, den la bienvenida a los invasores y tráiganlos como invitados». En vez de eso bendijo los primeros tres aviones que se disponían a bombardear Pakistán. Las tres aeronaves sobrevolaron la villa donde él vivía en Nueva Delhi y salió al jardín a bendecirlos. Y, con su aprobación, marcharon a destruir al propio pueblo indio, pues tan sólo unos días antes eran nuestros hermanos y hermanas. Sin avergonzarse, sin siquiera darse cuenta de la contradicción...

La Revolución Rusa fracasó ante los propios ojos de Lenin. Él predicaba, en la línea de Karl Marx, que «Cuando llegue la revolución, disolveremos el matrimonio, porque el matrimonio es una forma de propiedad privada; cuando desaparezca la propiedad privada, también desaparecerá el matrimonio. Las personas podrán ser amantes, podrán vivir juntas; la sociedad se ocupará de los niños».

Pero cuando la revolución ganó la batalla, se dio cuenta de la enormidad del problema: ocuparse de tantos niños... ¿Quién se iba a ocupar de esos pequeños? Y disolver el matrimonio... por primera vez se dio cuenta de que su sociedad depende de la familia. La familia es la unidad básica; sin la familia, su sociedad se disolvería. Y sería peligroso para la creación de la dictadura del proletariado, porque sin las responsabilidades familiares, la gente se volvería más independiente.

Puedes ver la lógica. Si la gente tiene las responsabilidades de una esposa, de un padre anciano, de una madre anciana, de los hijos, lleva tal carga que no puede ser rebelde. No puede enfrentarse al gobierno, tiene demasiadas ocupaciones. Pero si la

gente no tiene compromisos, si el gobierno se ocupa de los ancianos, como habían prometido antes de la revolución, si el gobierno se ocupa de los niños y la gente puede vivir junta durante el tiempo que se amen, no necesitan permiso para casarse ni necesitan divorciarse; es asunto privado suyo y el gobierno no tiene por qué interferir...

Pero cuando el Partido Comunista tomó el poder, siendo Lenin el líder, todo cambió. En cuanto el poder cae en sus manos, las personas empiezan a pensar de forma diferente. La idea era que hacer a la gente tan independiente de responsabilidades era peligroso; se volverían demasiado individualistas. Así que es mejor que lleven la carga de una familia. Mantendrán su esclavitud por una madre anciana, un padre anciano, una esposa enferma, o los niños y su educación. Así, no tendrán el tiempo ni el valor para enfrentarse al gobierno en ningún asunto.

La familia es una de las mayores trampas de la sociedad y lleva milenios utilizándola para mantener al hombre esclavo. Lenin se olvidó por completo de la promesa de disolver las familias.

Es muy extraño cómo se han malogrado las revoluciones. Han fracasado a manos de los propios revolucionarios, porque cuando asumen el poder empiezan a pensar de forma diferente. Entonces se aferran demasiado al poder. En ese momento, su única preocupación es cómo mantener el poder en sus manos y cómo mantener a la gente esclava.

El futuro no necesita otras revoluciones. El futuro necesita un nuevo experimento que todavía no se ha intentado. Aunque durante miles de años ha habido rebeldes, estuvieron solos, individualmente. Quizá no había llegado su tiempo. Pero, ahora, no sólo es el momento... si no te das prisa, el tiempo se ha terminado.

En las próximas décadas, o desaparecerá el hombre, o aparecerá en la Tierra uno evolucionado con una nueva visión. Será un rebelde.

¿Significa la iluminación que a uno ya no le interesan los problemas que afronta la humanidad, como el hambre, la pobreza, las condiciones de vida miserables, la falta de espacio para desarrollar las propias habilidades y talentos de cada uno?

De hecho, hasta que no hayas abandonado tus propios problemas, no puedes tener la perspectiva correcta para entender los problemas del mundo. Tu propio hogar es un gran caos, tu ser interior es un gran caos, ¿cómo vas a tener la perspectiva para entender problemas enormes? Ni siquiera te has comprendido a ti mismo; empieza desde ahí, porque cualquier otro comienzo será un mal inicio. Hay gente que está en un tremendo

estado de confusión y empieza a ayudar a los demás, empieza a proponer soluciones. Esas personas han creado más problemas en el mundo de los que han resuelto. Estos son los verdaderos alborotadores: los políticos, los economistas, los llamados servidores, los misioneros. Ellos son los verdaderos alborotadores; todavía no han resuelto su propia conciencia interna y están dispuestos a ponerse a solucionar los problemas de todos los demás. De este modo, de hecho, están eludiendo su propia realidad: no quieren afrontarla. Quieren seguir ocupados en alguna otra parte, con cualquier otro; eso les proporciona una buena ocupación, una buena distracción.

Recuerda: tú eres el problema del mundo, tú eres el problema y hasta que no esté resuelto, hagas lo que hagas, complicarás más las cosas. Primero, pon tu casa en orden; crea un cosmos allí; ahora es un caos.

Hay una antigua fábula india, una historia muy antigua pero de gran importancia:

Un rey, tan grande como necio, se quejaba de que el duro suelo dañaba sus pies, así que para protegerlos ordenó que todo el reino fuera cubierto con piel de vaca. Pero el bufón de la corte se rio de él; era un hombre sabio.

—La idea del rey es, simplemente, ridícula —dijo.

El rey se enfadó mucho y amenazó al bufón:

—Si no me muestras una alternativa mejor, haré que te maten.

—Majestad —propuso el bufón—, ¿no sería más sencillo cubrir sus pies con unas pequeñas piezas de cuero?

Y así nacieron los zapatos.

No hace falta cubrir toda la Tierra con piel de vaca; cubriendo tus pies, has cubierto toda la Tierra. Y ése es el comienzo de la sabiduría.

Sí, existen problemas, estoy de acuerdo. Existen grandes problemas. La vida es casi un infierno. Existe miseria, pobreza, violencia, aparecen todo tipo de locuras, eso es verdad; pero aun así, insisto en que el conflicto surge en el alma del individuo. El problema existe porque los individuos están en un caos. El caos total no es más que un fenómeno combinado: todos hemos vertido nuestro caos en él.

El mundo no es otra cosa que una relación entre nosotros. Si yo estoy neurótico y tú estás neurótico, la relación se vuelve muy, muy neurótica; no sólo se duplica, sino que se multiplica. Y como toda la gente está neurótica, el mundo está neurótico. Adolf Hitler no sale de la nada; lo creamos nosotros. Vietnam no salió de la nada; lo creamos también nosotros. Es nuestra pus saliendo; es nuestro caos cobrándose el peaje. Hay que empezar por ti: tú eres el problema del mundo. Así que no eludas la realidad de tu propio ser; eso es lo primero.

Preguntas: «¿Significa la iluminación que a uno ya no le interesan los problemas que afronta la humanidad?».

No, de hecho, sólo entonces uno se interesa realmente. Pero su interés será por completo distinto: mirarás a la causa raíz de ello. Tal como eres ahora, cuando te interesas, te interesas por los síntomas.

Cuando un Buda o un Cristo se interesan, se interesan en la raíz. Puede que no estés de acuerdo porque no puedes ver la cepa, sólo ves el síntoma. Estás interesado; pero ahora sabes dónde está la raíz, e intentas cambiar esa base con determinación.

La pobreza no es la raíz, la raíz es la avaricia. La pobreza es el resultado. Tú sigues luchando con la pobreza; no sucederá nada. La avaricia es la raíz; hay que arrancar la avaricia. La guerra no es el problema, el problema es la agresividad individual; la guerra sólo es el total. Por muchas marchas de protesta que hagas, la guerra no cesará. Eso no importa, tus marchas de protesta o lo que sea, puedes disfrutarlas. Hay personas a las que les divierte; puedes encontrártelas en cualquier mitin; van por todo el mundo de revuelta en revuelta, protestando contra todo. Es entretenido; a la gente le fascina.

Cuando era niño, me divertía mucho. Estaba en todas las procesiones, y hasta los ancianos de mi pueblo se empezaron a preocupar. Me decían:

—Estás en todas partes; ya sea una manifestación comunista o socialista o anticomunista... estás ahí siempre.

—Me gusta —respondía yo—. No me interesa la filosofía política; gritar es muy divertido; me gusta el ejercicio.

Puedes disfrutar, da igual; la guerra continúa. Y si te fijas en esos manifestantes, verás que muchos de ellos son muy agresivos; no verás paz en sus rostros. Están dispuestos a pelear. Las marchas de protesta por la paz pueden convertirse en revueltas en cualquier momento. Son personas agresivas; en nombre de la paz, están mostrando su agresividad. Están dispuestos a luchar: si tuvieran poder, si tuvieran la bomba atómica la arrojarían para conseguir la paz. Eso es lo que sostienen todos los políticos; dicen que están luchando para que la paz prevalezca.

El problema no es la guerra, y los Bertrand Russell no servirán de nada. El problema es la agresividad dentro de los individuos. La gente no está en paz en su interior, por eso existen las guerras, si no, la gente se volvería loca. Cada década se necesita una guerra para descargar a la humanidad de su neurosis. Te sorprenderá saber que en la Primera Guerra Mundial, los psicólogos se dieron cuenta de un fenómeno muy raro, muy extraño. Mientras hubo guerra, el porcentaje de personas que se volvieron locas descendió casi hasta cero. No había suicidios, no se cometían asesinatos, y la gente dejó de volverse loca. Eso era extraño, ¿qué tenía que ver con la guerra? Puede que no se produjeran asesinatos porque los asesinos estaban en el ejército; pero, ¿y los que se suicidaban?

Quizá también se hubieran alistado en el ejército; pero, ¿y los que se volvían locos? ¿Es que, también, dejaron de volverse locos? Y luego, en la Segunda Guerra Mundial sucedió lo mismo, en una gran proporción; entonces se conoció la conexión, la asociación.

La humanidad va acumulando una determinada cantidad de neurosis, de locura. Cada década tiene que deshacerse de ella. Por eso en tiempos de guerra, “guerra” significa que la humanidad se ha vuelto loca en conjunto, no es necesario volverse loco en privado. ¿Qué sentido tiene? Todo está loco, así que no tiene sentido intentar volverte loco en solitario. Cuando una nación está asesinando a otra y hay tanto suicidio y homicidio, ¿qué sentido tiene que te pongas a hacerlo tú? Puedes mirar la televisión y disfrutar, puedes leerlo en el periódico y sentir la emoción.

El problema no es la guerra, el problema es la neurosis individual.

Un hombre que se ha iluminado se fija en las raíces profundas de las cosas. Buda, Cristo, Krishna, ellos veían la raíz, e intentaban decirte: «Cambia de fondo; hace falta una transformación radical; las reformas corrientes no servirán». Pero puede que tú no entiendas; porque yo estoy aquí, estoy hablando de la meditación, y no puedes ver ninguna relación, no la ves.

Yo tengo la seguridad de que si el uno por ciento de la humanidad se volviera meditativo, desaparecerían las guerras; y no hay otro modo. Hay que liberar esa cantidad de energía. Si el uno por ciento de la humanidad, lo cual significa una de cada cien personas se vuelve meditativo, las cosas serán muy diferentes. Habrá menos avaricia y, por lo tanto, menos pobreza. La pobreza no concurre porque haya escasez de cosas; existe porque la gente está acumulando, porque la gente es avariciosa. Si vivimos ahora mismo, hay suficiente, la Tierra tiene mucho que darnos. Pero planeamos para el futuro, acumulamos; entonces surgen los problemas.

Imagínate a los pájaros acumulando... entonces algunos serían ricos y otros serían pobres; los pájaros americanos serían los más ricos, y todo el mundo sufriría. Pero no acumulan, así que no hay pobreza. ¿Has visto alguna vez un pájaro pobre? De los animales en el bosque, ninguno es pobre, ninguno es rico. De hecho, ni siquiera se ven pájaros obesos o pájaros flacos, delgados. Todos los cuervos son casi iguales; no se puede distinguir a unos de otros. ¿Por qué? Ellos disfrutan, no acumulan.

Incluso engordar significa que estás acumulando dentro de tu cuerpo, que tienes una mente avara. Los tacaños se vuelven estreñidos; no pueden soltar ni sus propios excrementos. Ellos almacenan; controlan incluso la defecación, acumulan incluso basura. Es un hábito.

Vivir en el momento, vivir en el presente, vivir amorosamente, vivir en amistad, preocuparse... entonces el mundo será totalmente diferente. El individuo tiene que cambiar, porque el mundo no es otra cosa que un fenómeno proyectado del alma

individual.

No, una persona iluminada estará interesada, pero su interés será diferente, de otra dimensión. Quizá ni siquiera seas capaz de entenderlo. La gente viene y me dice: «¿Qué estás haciendo? Con la pobreza y la fealdad que existe, tú te dedicas a enseñar meditación. Déjalo. Haz algo contra la pobreza». Pero por la pobreza no se puede hacer nada directamente. Sólo hay que liberar energía meditativa para que la gente pueda disfrutar el momento. Entonces no habrá pobreza. El comunismo no acabará con la pobreza; no lo ha hecho en ninguna parte. Ha generado nuevas formas de pobreza, mayores y más peligrosas: ahora el ruso es mucho más pobre, porque además ha perdido su alma. En realidad, ahora no es, para nada, un individuo; ni siquiera tiene la libertad de rezar o de meditar.

Eso no servirá de nada, es destructivo. Éstos son los hacedores de bien; evítalos.

Y dices: «¿Faltarán espacio para desarrollar las propias habilidades y talentos de cada uno?». En realidad no hará falta desarrollarlos, empezarán a desarrollarse por sí solos. Cuando un hombre medita, comienza a florecer. Si es pintor, se convertirá en un gran pintor. Si es poeta, de repente, de su alma empezará a surgir una poesía formidable. Si es cantante, por primera vez cantará una tonada cercana al deseo de su corazón. No, no es necesario hacer ningún esfuerzo. Cuando estás en silencio, arraigado en tu ser, centrado, tus talentos empiezan a funcionar de manera automática. Tú empiezas a funcionar como la existencia siempre ha querido que funciones. Comienzas a ser aquello para lo que has nacido, a desempeñarte de la manera que el destino quiere que lo hagas. Te vuelves espontáneo. Comienzas a hacer tus cosas, y ahora no te preocupa si eres valorado o no, si te haces más respetable o no. Eres feliz y eso es suficiente. Te sientes enormemente dichoso y eso es más que suficiente.

La meditación libera tus energías; entonces no hay ninguna otra necesidad. Y un hombre que ha llegado a la iluminación, a lo último, ¿qué más puede haber? Funciona como un dios. Su existencia es plena. Ha llegado al florecimiento supremo; ahora no necesita nada. Cada uno de sus momentos es creativo, cada uno de sus gestos es creativo, su propia vida es gracia.

Pero hay personas a las que les agrada dar un gran rodeo: les gustaría cambiar el mundo entero antes de llegar a ellos mismos. Pero déjame que te diga, si te vas tan lejos nunca te alcanzarás a ti mismo.

He oído... Un anciano estaba sentado cerca de Delhi, y un joven conductor se detuvo a su lado y le preguntó:

—¿Cuánto falta para Delhi?

—Si sigues en esa dirección, mucho, muchísimo —contestó el anciano—. Tendrás que dar toda la vuelta al mundo, porque has dejado Delhi atrás, a dos minutos.

Si te das la vuelta, no está muy lejos; a unos dos minutos. Si vas a cambiar el mundo entero y crees que *luego* te cambiarás a ti mismo, nunca lo lograrás; nunca conseguirás regresar a casa. Empieza donde estás. Tú formas parte de este feo mundo. Cambiándote a ti mismo, estás cambiando el mundo.

¿Qué eres tú? Una parte de este feo mundo. ¿Por qué intentar cambiar al vecino? Puede que no le guste, que no quiera, que no le interese. Si tú te has dado cuenta de que el mundo necesita un gran cambio, entonces tú eres el mundo más cercano a ti: empieza por ahí.

Pero hay personas que son muy filosóficas. Estudian y van dando rodeos.

He leído un hermoso libro de Leo Rosten, *The Joys of Yiddish*. Habla de un gran filósofo judío, el señor Sokoloff, que cenaba con regularidad en un determinado restaurante de la Segunda Avenida, comenzando cada comida con una sopa de pollo. Una noche, el señor Sokoloff llamó al camarero:

—Venga aquí y pruebe esta sopa.

—Después de veinte años —objetó el camarero—, ¿cuestiona la perfección de nuestra maravillosa sopa de pollo?

—Venga y pruébela —repitió el señor Sokoloff.

—De acuerdo, de acuerdo —accedió el camarero—, la probaré; pero ¿dónde está la cuchara?

—¡Ajá! —exclamó el señor Sokoloff.

Él solo quería decir que no tenía cuchara. Pero va dando tal rodeo: «Pruebe esta sopa...».

No des tantos rodeos, no seas tan filosófico. Si no tienes cuchara, di simplemente que necesitas una cuchara. La cuchara servirá.

Lo único que uno necesita es una cucharada de meditación.

Te he oído decir que la religión y la política son dimensiones opuestas; que un verdadero hombre religioso no puede estar interesado en la política, y que un político nunca puede volverse religioso mientras sea político. Si eso es verdad, ¿no hay posibilidad de un mundo mejor?

Lo he dicho y lo repito una vez más: la verdadera persona religiosa no puede estar interesada en la política. Y el político, mientras sea político, no puede tener ninguna experiencia religiosa, ninguna experiencia de ese vuelo a lo desconocido. Pero nunca he dicho que no haya ninguna esperanza de un mundo mejor.

Es cierto que los políticos no pueden volverse religiosos, por la sencilla razón de que

la política, toda la política, la política como tal, es política de poder. Es voluntad-de-poder. Uno quiere dominar, uno quiere poseer, uno quiere ser el factor decisivo en la vida de la gente. Éstas son las cualidades del ego. Es evidente que este tipo de persona no puede ser religioso, porque la verdadera religión es, básicamente, la experiencia de la ausencia de ego.

En religión no hay lugar para la voluntad-de-poder. En realidad, en religión ni siquiera hay lugar para la voluntad. La voluntad-de-poder está muy lejos; ni siquiera existe la voluntad-de-ser. Uno está en manos de la existencia, en un profundo estado de abandono. Este estado de abandono es lo que yo llamo religiosidad. Por eso digo que la religión y la política son dimensiones opuestas.

Pero no te preocupes; eso no significa que no haya esperanza para la humanidad, que no haya esperanza para el futuro.

Yo soy un hombre que mantiene la esperanza contra toda esperanza. Para mí es imposible perder la esperanza. Y cuando hay esperanza, siempre puedes encontrar un camino. El proverbio dice: «Donde hay una voluntad hay un camino». No creo que sea cierto. Hay voluntad por todas partes y, sin embargo, no hay camino. Este proverbio debe habérselo inventado algún idiota. Pero donde hay esperanza, siempre hay un camino.

Me gustaría cambiar el proverbio. Yo no tengo ningún derecho a cambiar nada, pero como estoy loco, no puedo evitarlo. Cambio el significado de las palabras porque creo que ninguna palabra tiene ningún significado supremo. Todos los significados son dados. Si otro puede darles un significado, ¿por qué no puedo hacerlo yo también? Las palabras en sí mismas son sólo sonidos. Una palabra quiere decir lo que tú quieras; depende de ti. Así que me gustaría cambiar ese viejo proverbio.

Para las personas que me entienden, la voluntad es veneno porque, finalmente, conduce a la política. Voluntad significa: «Quiero ser algo, estar en algún lugar, ser alguien». Yo te enseño falta de voluntad; ése es el significado que yo le doy a dejarse ir. La voluntad se aferra, la voluntad intenta imponer su forma; quiere que la existencia la siga.

Cuando digo falta de voluntad, te estoy diciendo que no impongas tu forma. Deja que la naturaleza tome su propio curso. Simplemente sé una nube. Las nubes van donde las lleva el viento, sin resistencia, sin enfadarse: «Yo quería ir al sur y, ¿qué ocurre?; estoy yendo al norte, ¡lo odio! Yo iba hacia el sur, soñaba con el sur, y este viento lo ha estropeado todo».

No, la nube simplemente se mueve con el viento.

No hay conflicto, no hay resistencia. El viento y la nube no son dos. Si de repente el viento cambia su movimiento, y en vez de ir hacia el norte empieza a ir hacia el este o el

oeste, la nube ni siquiera dice: «Esto no es coherente. Íbamos hacia el norte; yo estaba de acuerdo, con independencia del hecho de que yo me dirigía al sur. He sacrificado mi meta sólo para estar contigo. ¡Esto ya es demasiado! De algún modo, conseguí que me agradara la idea de ir al norte. ¡Pero tú pareces estar loco! Has empezado a ir hacia el este o el oeste, esto no es coherente. Esto no es amigable, los amantes no se comportan así. Esto es un divorcio. Yo no puedo ser siempre un seguidor que tenga que ir donde tú vayas. No soy un tonto. ¡Si quieres ir al infierno, vete! Yo no voy».

No, ni siquiera se plantea que el viento no sea coherente. La nube no tiene voluntad; de ahí que no haya ningún conflicto, ninguna pregunta, ninguna duda. El camino del viento es aceptado como el camino de la existencia, es lo que quiere la existencia. La nube está en un profundo estado de abandono, no tiene voluntad propia. La nube no es ni puede ser política.

El hombre religioso no puede estar en la política por la sencilla razón de que no tiene dónde llegar; él ya ha llegado. Él está donde el político está intentando llegar y nunca llega; no puede llegar por la propia naturaleza de las cosas.

La persona religiosa ya está allí. No ha llegado allí, ha descubierto que siempre ha estado allí, siempre, siempre, desde el principio; nunca ha estado en ningún otro lugar. Aunque se quiera mover, es imposible. Sólo puede estar donde está, no puede moverse a ninguna otra parte.

¿Cómo te vas a mover de ti mismo, de tu ser? No hay nada más elevado que eso, nada más hermoso.

Tampoco hace falta.

De ahí que el hombre religioso no pueda estar interesado en la política, porque el camino va contra el flujo, contra la corriente. El político está intentando elevarse por encima de las cabezas de todos los demás; cueste lo que cueste, no importan los medios que tenga que utilizar ni lo perversos que sean. Lo único que le importa es que está decidido a llegar a ser alguien importante; tiene que dejar su nombre en las páginas de la historia, aunque nadie lea esos nombres.

Y según va creciendo la historia, y va creciendo día a día, los grandes nombres van empequeñeciéndose. Como es natural, los que eran muy prominentes van deslizándose hacia las notas al pie. Una vez gobernaron el mundo entero.

Gengis Kan fue uno de los mayores emperadores de todos los tiempos. Gobernó desde un extremo de Asia hasta el extremo opuesto de Europa; ambos continentes estaban a sus pies. Pero en la actualidad, si repasas la historia del mundo verás su nombre referido en alguna nota al pie. La historia se hará más grande tarde o temprano. Primero, te deslizas a las notas y, luego, empiezas a desaparecer de las notas. Dejar tu nombre en la historia es como escribir tu nombre en la arena.

Uno de mis profesores, un maestro de historia, solía decir una y otra vez, y es algo que se lo han dicho a casi todo el mundo: «Deja tu nombre en las páginas de la historia. Escribe tu nombre en letras doradas. Tienes que dejar la marca de que has estado aquí».

Por supuesto, el primer día que entré en su clase, el primer día, el profesor estaba en su mejor momento. Se esforzaba por impresionar, porque la primera impresión es perdurable. Así que estaba en su cima; no hablaba, tronaba. No pude tolerar más cuando afirmó:

—Tienes que dejar tu nombre en la historia, tiene que quedar escrito en letras doradas. Tienes que dejar alguna marca de que has estado aquí.

Me levanté y dije:

—Está gritando demasiado; y sólo somos cuarenta estudiantes. ¿Está usted dejando su marca en las paredes, las mesas y las sillas de esta clase? ¡Está tronando como si estuviera dando un mitin para por lo menos diez mil personas! ¿Le puedo preguntar algunas cosas?

»Lo primero, yo nunca he visto un libro de historia escrito con letras doradas. Así que de todos los que han vivido hasta ahora, nadie ha conseguido escribir su nombre con letras doradas. ¿Está proponiendo que se escribirá un libro con letras doradas especialmente para mí? Y aunque se escriba con letras doradas, yo no estaré aquí para verlo; luego, ¿qué más da que mi nombre se escriba o no en ese libro?

»De hecho, cuando vine a este mundo no tenía nombre. El nombre me fue dado; el nombre es algo arbitrario, no es mío. Por lo tanto, que esté escrito o no en los libros de historia me da igual.

»En segundo lugar, está diciendo: “Deja tu marca aquí, para demostrar que has estado aquí”. Está hablando como lo haría un perro.

—¡Cómo! —exclamó él.

—Sí —asentí—, porque los perros dejan su marca allá donde van. Levantan una de sus patas y dejan su marca. Cuando digo esto, estoy expresando un hecho biológico, simplemente. Puede preguntarle a los científicos por qué hacen eso lo perros. Dejan su marca: «He estado aquí y éste es mi territorio». Y la orina es dorada, está haciendo historia.

Eso es lo que están haciendo todos los políticos, orinando y pensando que dejan marcas doradas. Sí, la orina es un poco amarilla, pero yo no diría que es dorada, eso sería exagerar. Y lo único que está haciendo el perro cuando deja su marca es declarar a la existencia que: «Éste es mi territorio; ¡apestá!».

—Toda la historia apestá —continué—, y todos sus políticos también apestan. Por favor, deje de tronar y de decirnos tonterías. Siga adelante y empiece la historia de todos los idiotas del pasado, y por favor perdónenos por no ser añadidos a esa lista.

El político padece un tremendo complejo de inferioridad. En el fondo, sabe que él no es nada y quiere demostrarle al mundo que es enorme, poderoso. Quiere ser el primero en la fila de toda la humanidad. Pero el problema es que la humanidad sigue una ley universal general. Una de las leyes fundamentales del universo es que las cosas se mueven en círculos. La tierra gira alrededor del sol, la luna gira alrededor de la tierra, el propio sol está girando alrededor de algún sol mayor que todavía no hemos descubierto. Pero todo se mueve en círculos, y eso también incluye a la humanidad.

Estamos sobre un círculo y moviéndonos en él, así que siempre hay alguien delante de ti. Ése es el problema, no puedes deshacerte de él; siempre hay alguien delante de ti. Sí, también hay alguien detrás de ti; eso te produce una pequeña satisfacción. ¡Pero la persona que está delante de ti la mata inmediatamente! Estás intentando jalarlo de la pierna para ponerte delante de él. Él intentará evitarlo como sea, te pateará con todas sus fuerzas. Pero aunque lo consigas...

Si fracasas, fracasas; pero aunque tengas éxito, también fracasas, ése es el problema, descubrirás que sigue habiendo alguien delante de ti. Y siempre te ocurrirá eso, porque es un círculo.

Según vayas teniendo éxito y más éxito y más éxito, un día descubrirás que una persona que antes estaba detrás de ti, ahora está delante de ti. Ése es el fracaso definitivo. Cuando alguien llega a presidente, a primer ministro, acaba sabiendo: «¡Dios mío! El hombre que está delante de mí es el mismo que estaba detrás de mí cuando empecé el viaje». En Estados Unidos puede verse cada cuatro años, y en India cada cinco; el presidente está mendigando el voto del hombre que estaba detrás de él en la última vuelta. Ahora tiene que pedirle y mendigarle su voto, ahora su presidencia, su cargo de primer ministro, depende del voto de ese hombre; ahora ese hombre está delante.

He repetido una y otra vez que los líderes son los seguidores de sus seguidores. Es un juego muy extraño. Tienes que fingir ser el primero, no obstante, sabes que la última persona de la fila tiene el poder de mantenerte ahí o remplazarte por otro.

La vida del político es una vida de constante lucha, de constante angustia. Él intenta por todos los medios dejar atrás esas contiendas, pero si sigue siendo político, no es posible. Todos estos sufrimientos y desdichas son parte importante de su juego político.

Un ministro de Educación solía venir a visitarme. Era un hombre muy rico y con una gran cultura. Antes de ser ministro había sido director de una universidad. Siendo rector, me había escuchado en una conferencia, y nos hicimos amigos. De vez en cuando venía a verme, sólo para relajarse un día o dos lejos del mundo de la capital y de los políticos.

Él me decía una y otra vez:

—Tú le enseñas a la gente métodos de meditación, para estar en paz, en silencio. Y

puedo entender que lo que predicas es correcto, que a no ser que estés en silencio y en paz no puedes esperar ser dichoso. Tienes que crear las bases para que la dicha suceda. Pero nunca has hablado de ello conmigo.

—Sólo hablaré contigo —respondía yo— cuando abandones la política, porque tu política y mis enseñanzas juntas te harían aún más desdichado. Ya eres bastante infortunado. Si además empiezas a intentar estar en paz, estar en silencio, aunque sólo sea algunos momentos, meditar cada día media hora, acabarás siendo más infeliz de lo que hayas sido jamás, porque no puedes tener éxito. Es mejor para ti aceptar que lo único que hay en la vida es sufrimiento, adormecimiento y un continuo alboroto.

»En cierto modo, es mejor que la vida sea sólo eso. Si te das cuenta que la vida es más y empiezas a intentarlo, estarás multiplicando tu sufrimiento sin necesidad. Tú no puedes estar en paz, no puedes meditar, no puedes sentarte en silencio. Y ésa sería una derrota muy dolorosa; un gran político con éxito que ha llegado a ministro del gobierno de un país como India, grande, vasto, la mayor democracia del mundo, y que está al frente de una de las carteras más importantes, Educación. ¿Un hombre de tanto éxito no puede sentarse en silencio ni siquiera por un momento? Eso sería muy preocupante.

Pero no me escuchó. Empezó a meditar y a leer mis libros. Y ocurrió lo que supuse que pasaría; una crisis nerviosa total. Me lo trajeron.

—Ya te lo había advertido —le dije—, estas dos cosas no pueden ir juntas. Estás intentando correr hacia el Este y el Oeste al mismo tiempo; así que una pierna irá hacia el este y la otra hacia el oeste y te desgarrarás en dos. Es algo muy simple: si estás en la política, estate sólo en la política. Para ti no existe la meditación, la religión.

Un político, mientras siga siéndolo, no puede ser religioso. Recuerda la premisa.

La persona religiosa está en un viaje fantástico, ¿qué más le da ser el presidente de un país, o el primer ministro, el rey o la reina? De hecho, en el mundo sólo hay cinco reyes: cuatro en las cartas de la baraja y uno en Inglaterra. Y tienen un valor similar, que no es mucho. ¿Quieres ser el sexto rey?

Los políticos llevan siglos viviendo un infierno por la sencilla razón de que piensan que a través de este infierno, alcanzarán un día la posición y el poder más elevados. Pero, ¿qué van a hacer con la posición y el poder más elevados?

Un día, este ministro de Educación estaba sentado conmigo en su coche; íbamos a dar una vuelta, y un perro empezó a correr tras el auto.

—Ve un poco más despacio —le pedí al conductor—; el pobre perro está jadeando y resoplando, ve un poco más despacio. Deja que alcance al coche y veamos qué ocurre.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó el político.

—Ya lo verás —contesté—; es lo mismo que le ocurre a los políticos.

El conductor aminoró la velocidad. El perro se acercó a nosotros y se quedó como

alelado, porque, ¿ahora, qué?

—Corriendo tras el coche, el perro era más feliz —le expliqué a mi amigo el ministro de Educación—. Al menos había algo que hacer, un gran reto. Pero cuando alcanza al coche, se siente ridículo, porque ahora el reto ha desaparecido. Y mira a todas partes: tiene que ser muy tonto, si no, ¿por qué lo estás mirando? Nunca se había parado a pensar por qué perseguía al coche, qué iba a hacer si lo alcanzaba. Aunque se sentara en el asiento del conductor, ¿qué haría?

Estos grandes políticos que ostentan un gran poder en la Casa Blanca y en el Kremlin; simples perros sentados en un coche mirando a todas partes, sintiéndose ridículos, pensando: «¿Éste es el final?». No hay ningún otro lugar al que ir. Una vez que has llegado a la Casa Blanca, ya no tienes dónde ir. Estás realmente cautivo, y por tu propio esfuerzo, en una prisión.

El político no puede ser religioso porque la verdadera religión es comprensión, conciencia, silencio, armonía y un profundo estado de abandono en la existencia, un sentimiento de estar en paz con todas las cosas tal como son. Ningún deseo de ser ninguna otra persona, ni deseo de estar en ninguna otra parte, ni deseo para mañana. Todo está completo en este momento. El político no puede permitirse eso. Y para el hombre religioso que está en esta situación, en este supremo estado de ser, los políticos son sólo necios, aunque puede que por educación no lo diga.

Yo no soy un hombre de formalidades, yo no sé de modales. Yo llamo a una espada: una jodida espada, porque eso es lo que es. El proverbio dice: «Una espada es una espada». No suena muy importante. Claro que una espada es una espada: ¡y qué! Eso no dice nada de la espada. Así que yo simplemente digo que todos éstos son idiotas.

Pero todavía hay esperanza para la humanidad. La esperanza no es que las personas religiosas se vuelvan políticos, o que las personas religiosas empiecen a sentir interés por la política, no. Pero las personas religiosas pueden, deben, volverse rebeldes contra toda estupidez política. Ahí está la esperanza. La persona religiosa no debe contentarse con su bendición y permitir que estos idiotas sigan dañando a la inocente humanidad.

Para mí ésta es la única compasión: rebelarse contra toda la historia de la humanidad.

La persona religiosa debería ser rebelde. En el pasado no ha sido así. Por eso digo que en el ayer la religión fue inmadura. Incluso las más grandes personalidades religiosas del pasado parecían pigmeos comparadas con la auténtica persona religiosa que ha de nacer, porque la auténtica religión es básicamente rebelión; rebelión contra toda superstición, contra toda estupidez, contra todo el sinsentido que continuamente se le está imponiendo a la mente humana.

Un hombre religioso rebelde es fuego; sus palabras serán palabras encendidas. Su silencio no será el silencio de un cementerio. Su silencio será el silencio de una canción,

de una danza. Su silencio será el silencio de dos amantes que se encuentran y no son capaces de encontrar palabras para expresar su amor. Su amor los deja mudos.

El hecho de que los amantes empiecen a hablar demasiado significa que el amor ha desaparecido. La conversación ha comenzado; el conflicto no está muy lejos. La conversación es el principio, pronto vendrán las discusiones. ¿A qué otro lugar puede conducir la conversación excepto a la controversia? Pero cuando realmente están enamorados y vibrando con una nueva energía, los amantes se sienten de repente atascados, sin palabras. Incluso decir «te amo» parece difícil, parece estar muy por debajo del hecho del amor. De algún modo, parece sacrílego poner palabras a algo que es tan silencioso y tan esplendoroso en silencio, tan vivo en silencio.

La persona religiosa está en silencio, pero su silencio no es el de un cementerio, su silencio no es el de un muerto. Es el silencio de alguien que está real, plena e intensamente vivo.

Esta vitalidad se convertirá en su rebelión.

¿Qué he hecho en treinta años? Luchar por todo tipo de tonterías. ¿Había alguna recompensa, buscaba alguna retribución en toda esa lucha? No, no era por ninguna recompensa, era simplemente la forma de afirmar que tenía mi vitalidad. No estaba orientado a ninguna meta, no había motivación; sólo estaba siendo yo mismo. Disfrutando de toda esa lucha. De hecho, la gente que entraba en conflicto conmigo se sorprendía mucho porque para ellos era una agonía. ¡Para mí era un éxtasis! No podían entender cómo podía disfrutarlo.

Y por todas partes estaba rodeado de enemigos. Solo, sin ayuda, me movía entre millones de personas y contra ellas, diciendo cosas muy hirientes para sus creencias.

Incluso un *shankaracharya* me preguntó:

—¿Qué vas a sacar de esto? Estás haciendo muchos enemigos, simplemente. Los políticos son tus enemigos, cualquier tipo de persona religiosa es tu enemigo. Los ricos son tus enemigos, los pobres son tus enemigos, los capitalistas son tus enemigos, los comunistas son tus enemigos. Es extraño; los musulmanes, los hindúes, los budistas, los parsis, los sijes, los cristianos; todos son tus enemigos.

—Voy a escribir un libro —le anuncié—: *Cómo impresionar a la gente y crearse enemigos*. Ésta es justo una experiencia para ser incluida.

—Nunca eres serio —replicó él—. Me estaba empezando a preocupar.

Era un hombre joven, recién nombrado *shankaracharya*; nos conocíamos desde antes de que lo fuera. Estaba realmente preocupado.

—No veo qué puedes sacar de esto —insistió—, excepto convertir a todo el mundo en enemigo. ¡Sin embargo parece disfrutarlo!

Estábamos en Faridabad, un lugar cerca de Nueva Delhi, donde se celebraba un gran

congreso mundial hindú. Este *shankaracharya* continuó:

—Hay peligro —todavía estaba siendo amistoso conmigo—. En público no puedo apoyarte, pero en el fondo siento tu autenticidad, tu sinceridad. No puedo decir esto en público porque no tengo el valor suficiente. Pero quiero prevenirte porque se habla de que hay una conspiración en marcha. La gente dice: «Hoy mismo hay que hacer algo con este hombre porque está atacando todas nuestras creencias, toda nuestra herencia, todas nuestras instituciones. Nadie parece tener una respuesta para él, nadie parece tener poder para rebatirlo». Así que los muy idiotas están pensando: «¿Por qué no matar a este hombre, por qué no acabar con él?». Así que la conferencia de hoy puede ser fatal, esa gente quiere hacerte daño.

—No te preocupes —lo tranquilicé en seguida—. Cualquier momento es fatal porque en cualquier momento puede llegar la muerte. Y sería grande: ¡con cincuenta mil personas, incluso yo disfrutaría mi muerte!

—Eres incorregible —afirmó—. Te estoy hablando como amigo, estoy seguro de que están tramando algo.

—Si estás seguro, confío en ti —asentí—. Haré lo que esté en mi mano para dejar que ocurra.

En la conferencia de la tarde debía haber al menos cien mil personas. En la reunión de la mañana sólo habían asistido cincuenta mil; el número de asistentes se había duplicado, porque por todas partes corría el rumor de que iba a suceder algo, de que se estaba cociendo algo. Eso trajo muchos más público al encuentro vespertino.

Cuando iba a empezar a hablar, observé que tres individuos, hombres fuertes, se acercaron y se sentaron detrás de mí. Tenían aspecto de criminales profesionales. Puede que fueran contratados para esta ocasión. Antes de comenzar mi conferencia, los señalé:

—Quisiera decir algo sobre estos tres robustos caballeros sentados detrás de mí.

Se hizo un profundo silencio en el escenario. Todos eran monjes hindúes muy conocidos, tres *shankaracharyas*, políticos destacados; allí había al menos cincuenta personas. Estaba cerca de Delhi, así que podían contar con políticos prominentes, ellos no se pierden tales concentraciones. ¡Cien mil personas... que te vean en el escenario ya es suficiente!

Aquellos tres criminales no esperaban que hablara de ellos. ¿Y cómo sabía de ellos?

—Estas tres personas —continué— han venido a matarme, así que todos ustedes tienen que estar atentos; al menos, deberían tener paciencia. No hay problema, pueden matarme, pero antes déjenme acabar lo que quiero decirles. Si me matan y lo dejo a medias, no lo entenderán; se perderán lo que iba a decirles.

»Así que quiero preguntarles una cosa. ¿Quieren que diga todo lo que tengo que decir? Si es así, por favor, levanten la mano. Si no es así, ¿qué sentido tiene que me

quede a medias? Media verdad es mucho peor que una mentira. En ese caso, preferiría quedarme en silencio y dejar que estas tres personas me maten.

Cien mil manos se dispararon, con gritos de: «Queremos oírlo, veamos quién se atreve a atacarlo». Y mucha gente, cientos de personas, se pusieron detrás de mí para que esos tres no pudieran hacer nada. Y luego hablé como hablo siempre, dije las cosas con tanta energía como puede. ¡Y lo más sorprendente era que estaba hablando en contra de las creencias de aquellas personas! Pero en algún lugar, en lo más profundo, el hombre sigue siendo inocente. Sólo tienes que conocer el truco para alcanzar ese punto, para tocar su corazón.

Todos aquellos *shankaracharyas* y políticos, poco a poco, empezaron a abandonar el escenario. Me habían concedido sólo veinte minutos para hablar... pero el presidente se había marchado y los demás organizadores se habían ido al ver la situación y darse cuenta de que les había salido el tiro por la culata. Pero la gente no dejó que esas tres personas se fueran, los sujetaron. Toda la reunión acabó siendo mi reunión. Hablé durante casi dos horas y media, no había nadie más para exponer sus ideas y nadie me dijo que parara. El presidente no estaba; todos habían huido porque todos habían participado en la conspiración. Y aquellos tres hombres se postraron a mis pies y suplicaron:

—Haga algo, sálvenos. Si nos deja aquí, esta gente nos matará.

—Déjenlos en paz —pedí a la muchedumbre—, porque no han hecho nada; además son profesionales, no tienen nada personal contra mí. Habrán recibido algún dinero y eso no me parece mal. ¿Han recibido algún dinero? —les pregunté a ellos—. ¿O no lo han recibido todavía?

Y éstos son los momentos en los que ves realidades que normalmente no se presentan. No podían mentir. Eran asesinos profesionales, criminales, ya habían sido acusados de asesinato, habían estado muchas veces en la cárcel, pero no podían mentir. Viendo mi verdad, hubo una sincronía. Les tocó algo por dentro.

—Nos han dado la mitad —respondieron—, nos prometieron la otra mitad después de haberlo matado.

—Así que —les comenté— perderán la mitad. Pueden matarme y cobrar la otra parte.

—No queremos matarlo —me dijeron—. No tenemos ni idea de quién es usted. ¡Escuchándolo nos entraron ganas de matar a los que querían asesinarlo!

—Suéltelos —le insistí a la gente—, son personas sencillas e inocentes en paz, no los molesten, sería mejor que se marcharan antes que yo porque no sé... aquí hay mucha gente y parecen muy enfadados.

La conferencia iba a durar tres días y ése era el primero, así que concluí:

—La conferencia continuará. Ahora es mi conferencia. Todo está preparado, así que continuaré los tres días.

Y continuamos los tres días. Aunque te sorprenda, aquellos tres hombres vinieron cada jornada a escuchar y se sentaban en frente de mí con lágrimas en los ojos.

Cuando partía de Faridabad, entre la gente que vino a despedirse estaban aquellos tres hombres. Y me dijeron:

—Has cambiado por completo nuestras vidas. Siempre habíamos sido manejados como marionetas en manos de los políticos y los sacerdotes. No somos criminales; esta gente nos ha hecho criminales, nos pagan para asesinar. Si somos capturados, ellos intentan librnos; nos proporcionan todo el apoyo legal, pagan a los jueces los sobornos necesarios. Hacen todo lo necesario para librnos porque necesitan criminales para sus carreras políticas, para sus carreras religiosas.

—Sí —afirmé—, un sacerdote no es un hombre religioso, es un hombre que tiene una carrera religiosa. Es un profesional.

Llevo treinta años golpeando lo más fuerte posible. Y me he dado cuenta de algunas cosas: por espeso que pueda ser el condicionamiento al que ha sido sometida la humanidad en el pasado, podemos romperlo. Sólo necesitamos unas cuantas personas religiosas auténticas; no sacerdotes, no profesionales, sino gente que haya experimentado. Se convertirán en antorchas encendidas en la oscuridad de la noche.

No se convertirán en políticos, pero pueden acabar con toda la estructura política del mundo; y eso es lo que hace falta. No estarán interesados en la política, pero sin duda estarán interesados en la humanidad que los políticos han estado explotando durante siglos. No se harán con el poder, simplemente acabarán con esos parásitos y dejarán que el poder esté con todo el mundo.

En realidad, el poder debería ser distribuido a todo el mundo. Debería ser descentralizado. Concentrado, el poder acabará corrompiéndose. Si está repartido, todo el mundo es poderoso a su manera.

¿Qué necesidad hay de que haya políticos?

El animal llamado «político» tiene que desaparecer de la Tierra. Ésa es la esperanza. Y yo sé que ahora, y sólo ahora, es posible. Antes no ha sido viable por dos razones: en primer lugar, no había personas religiosas auténticas, y en segundo lugar, el político todavía no había llegado a lo peor. Ahora ambas cosas son posibles. La religión sincera, auténtica, está naciendo entre ustedes. Y el político ha llegado al final de su cuerda. Ha llegado a lo peor, ya no puede hacer más. ¿Qué más puede hacer aparte de producir una guerra nuclear que destruya el mundo entero?

Antes de que el político y sus armas nucleares destruyan a toda la humanidad, las pocas personas religiosas auténticas tienen que llevar el fuego a cada corazón, un fuego

que consuma todo el juego político. Y con el juego político acabado, el político desaparecerá. Ésa es la única esperanza.

La Tercera Guerra Mundial es una gran esperanza porque revelará la verdadera cara de los políticos.

Hasta ahora ha habido guerras, grandes guerras; la Primera, la Segunda y otras miles, pero no eran totales. Unos las ganaban y otros las perdían. La Tercera será total: no se ganará ni se perderá. Se acabará todo.

Es la guerra suprema, la idiotez suprema. ¿Qué sentido tiene luchar si ambos bandos van a acabar destruidos? Sólo tenía sentido porque podías vencer, porque había alguna posibilidad de que ganaras. Lo peor que puede suceder es que pierdas, pero el otro triunfará; alguien saldrá victorioso.

En la Tercera Guerra Mundial nadie saldrá con la mano en alto porque nadie la sobrevivirá. Ni la democracia ni el comunismo, ni Estados Unidos ni Rusia; nadie la sobrevivirá, por lo tanto, ¿qué sentido tiene? Pero el político ha llegado a un estado desde el que no puede volver atrás. Tiene que seguir adelante, teniendo la seguridad de que acabará en la destrucción final de todo este planeta, esta hermosa Tierra.

En el universo hay millones de planetas, pero quizá la Tierra sea el más hermoso. Todos esos astros carecen de vegetación, de flores, de pájaros, de animales, de seres humanos; no hay poesía ni música, ni danza ni celebración. Están muertos; la Tierra está muy viva.

No sólo está en juego el futuro de la humanidad. También está en juego la pérdida del planeta más precioso de la historia. Es una cuestión existencial, no sólo es planetaria. Es una cuestión que atañe al universo infinito, porque de todo este universo ha sido este pequeño planeta el que se ha convertido en un oasis de conciencia. Y existen más posibilidades; no deberían ser bloqueadas.

Por eso digo que hay esperanza; pero la esperanza reside en la rebeldía de la persona religiosa.

Miles de veces me han preguntado: «Tú enseñas religión, meditación, está bien; pero, ¿por qué mezclas la religión con la rebelión? Eso crea un problema».

Uno de los primeros ministros de India, Lal Bahadur Shastri, era un hombre muy bueno, todo lo bueno que un político pueda ser. He conocido a muchos políticos, y puedo decir que quizá él fuera la mejor persona entre todos esos criminales. Él me pedía:

—Si fueras un poco menos sincero, un poco más diplomático, podrías llegar a ser el mayor mahatma del país. Pero vas diciendo la cruda verdad sin preocuparte de que ello te cree nuevos enemigos. ¿No puedes ser un poco diplomático?

—¿Me está pidiendo que sea diplomático? —respondía yo—. Eso significa ser un hipócrita; saber una cosa y decir otra. Voy a seguir igual. Puedo dejar de ser religioso si

es necesario, pero no puedo dejar de ser rebelde, porque para mí eso es la verdadera alma de la religión. Puedo dejar todas las demás cosas consideradas religiosas, pero no puedo dejar la rebelión, que es la verdadera alma.

El día que consideré que ya tenía suficiente gente que podía ir hacia ese Everest al que he estado apuntando toda mi vida, abandoné por completo mi contacto con las masas para poder dedicarle todo mi tiempo, el que me quedara, para poder imprimir toda mi energía, en la medida que la existencia me lo permitiera, a un grupo pequeño, concentrado. No se necesitan millones de personas religiosas, no. Sólo hacen falta unos cuantos elegidos.

Si consigo iniciar el fuego en mi gente, habré hecho mi trabajo. Luego, cada uno de los míos será capaz de hacer lo mismo que yo habré hecho. Y podremos encender toda esta Tierra, producir una nueva humanidad y un nuevo amanecer.

Cuando te escucho hablar sobre tu visión de un nuevo tipo de ser humano, un nuevo hombre, no puedo evitar sentir que unas pocas personas intrépidas a tu alrededor vivirán para experimentarlo. Pero tengo la sensación de que a la humanidad en general tardará cien años en ver y vivir el genio de tal visión. ¿Eso es cierto?

Es cierto.

Aunque sucediera dentro de cien años, sería pronto. Pero la pregunta es significativa en un sentido completamente distinto. Lo más importante no es la realización de la visión, la llegada del nuevo hombre, una nueva humanidad, eso vendrá a su tiempo; sino ser capaz de visualizarlo.

Todos los grandes acontecimientos que han ocurrido en el mundo han sido primero ideas. Algunas veces necesitaron cientos de años para hacerse realidad, pero la dicha de tener una visión del futuro es inmensa. Deberías estar contento de poder vislumbrar una posibilidad de que desaparezca el viejo mundo podrido y tome su lugar una humanidad nueva y fresca.

La visión, al menos, te cambiará a ti, cambiará tu ser del pasado al futuro. En cierto modo, empezarás a vivir el nuevo hombre que aún no ha llegado. Empezarás a vivir el nuevo hombre en pequeñas cosas, y cada momento que lo vivas será una bendición. Y mientras te vas familiarizando contigo mismo y la irrupción de lo nuevo y la destrucción de lo viejo, estás cambiando, estás yendo a través de una revolución.

Me interesas tú. ¿Qué importa lo que vaya a ocurrir dentro de cien años? Algo pasará, pero no es asunto nuestro. Cuando hablo sobre el hombre nuevo, estoy hablando

en realidad de ti, para que te hagas consciente de la posibilidad, porque esa misma conciencia te cambiará. No me interesa el futuro; solamente me importa el presente inmediato.

El futuro seguirá eternamente, pero si puedes limpiar tu mente de los desechos del pasado y puedes ver el lejano sol naciente... A mí no me interesa el sol, me interesa tu visión, tu capacidad de ver, tu comprensión, tu esperanza de que es posible. Esa misma esperanza se convertirá en una semilla en ti.

El hombre nuevo llegará cuando tenga que llegar. Pero la nueva visión puede venir ahora mismo. Y con la nueva visión, participas de un modo sutil en el hombre que aún no ha llegado, en la humanidad que todavía está gestándose. Empiezas a tener cierta sincronía, cierta relación. Tus raíces en el pasado empiezan a desprenderse y empiezas a desarrollar tus raíces en el futuro.

Pero mi interés, repito, está básicamente en ti. No estoy interesado en el pasado ni en el futuro. Hablo del pasado para que puedas deshacerte de él; hablo del futuro para que te mantengas abierto a él. Pero tú eres el centro de mi énfasis. •

Sobre el autor

Osho desafía las clasificaciones. Sus miles de charlas cubren todo, desde la búsqueda individual del significado hasta los problemas sociales y políticos más urgentes que enfrenta la sociedad en la actualidad. Los libros de Osho no han sido escritos, sino transcritos de las grabaciones de audio y video de sus charlas extemporáneas ante audiencias internacionales. Tal como él lo expone: «Recuerden: lo que estoy diciendo no sólo es para ustedes... estoy hablando también para las futuras generaciones». Osho ha sido descrito por el *Sunday Times* en Londres como uno de los «1000 Creadores del Siglo XX» y por el autor estadounidense Tom Robbins como «el hombre más peligroso desde Jesucristo». *El Sunday Mid-Day* (India) ha seleccionado a Osho como una de las diez personas —junto con Gandhi, Nehru y Buda— que han cambiado el destino de la India. Con respecto a su propia obra, Osho ha declarado que está ayudando a crear las condiciones para el nacimiento de una nueva clase de seres humanos. Él con frecuencia caracteriza a este nuevo ser humano como «Zorba el Buda», capaz tanto de disfrutar los placeres terrenales de un Zorba el Griego, como la serenidad silenciosa de un Gautama el Buda. Un tema principal a través de todos los aspectos de las charlas y meditaciones de Osho es una visión que abarca tanto la sabiduría eterna de todas las eras pasadas como el potencial más alto de la ciencia y la tecnología de hoy en día (y del mañana). Osho es conocido por su contribución revolucionaria a la ciencia de la transformación interna, con un enfoque en la meditación que reconoce el paso acelerado de la vida contemporánea. Sus Meditaciones Activas OSHO® están diseñadas para liberar primero las tensiones acumuladas del cuerpo y la mente, de tal manera que después sea más fácil emprender una experiencia de quietud y relajación libre de pensamientos en la vida diaria.

Una de sus obras autobiográficas disponible es:

Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto.
Barcelona: Kairos, 2001.

OSHO Internacional Meditation Resort

Ubicación: ubicado a 100 millas al sureste de Mumbai en la moderna y floreciente ciudad de Pune, India, el Resort de Meditación de OSHO Internacional es un destino vacacional que hace la diferencia. El Resort de Meditación se extiende sobre 40 acres de jardines espectaculares en una magnífica área residencial bordeada de árboles.

Originalidad: cada año, el Resort de Meditación da la bienvenida a miles de personas provenientes de más de 100 países. Este *campus* único ofrece la oportunidad de una experiencia personal directa de una nueva forma de vida: con mayor sensibilización, relajación, celebración y creatividad. Está disponible una gran variedad de opciones de programas durante todo el día y durante todo el año. ¡No hacer nada y simplemente relajarse en una de ellas!

Todos los programas se basan en la visión de OSHO de «Zorba el Buda», una clase de ser humano cualitativamente diferente que es capaz tanto de participar de manera creativa en la vida diaria como de relajarse en el silencio y la meditación.

Meditaciones: un programa diario completo de meditaciones para cada tipo de persona, incluye métodos que son activos y pasivos, tradicionales y revolucionarios, y en particular, las Meditaciones Activas OSHO®. Las meditaciones se llevan a cabo en lo que debe ser la sala de meditación más grande del mundo: el Auditorio Osho.

Multiversidad: las sesiones individuales, cursos y talleres cubren todo: desde las artes creativas hasta la salud holística, transformación personal, relaciones y transición de la vida, el trabajo como meditación, ciencias esotéricas, y el enfoque zen ante los deportes y la recreación. El secreto del éxito de la Multiversidad reside en el hecho de que todos sus programas se combinan con la meditación, la confirmación de una interpretación de que como seres humanos somos mucho más que la suma de nuestras partes.

Spa Basho: el lujoso Spa Basho ofrece una piscina al aire libre rodeada de árboles y prados tropicales. El espacioso *jacuzzi* de estilo único, los saunas, el gimnasio, las

canchas de tenis... todo se realiza gracias a su increíble y hermoso escenario.

Cocina: hay una variedad de diferentes áreas para comer y que sirven deliciosa comida vegetariana occidental, asiática e hindú, la mayoría cultivada en forma orgánica especialmente para el Resort de Meditación. Los panes y pasteles también se hornean en la panadería propia del centro.

Vida nocturna: se pueden elegir diversos eventos en la noche entre los cuales bailar ¡es el número uno de la lista! Otras actividades incluyen meditaciones con luna llena bajo las estrellas, espectáculos de variedades, interpretaciones musicales y meditaciones para la vida diaria.

O simplemente puede disfrutar conociendo gente en el Café Plaza, o caminar bajo la serenidad de la noche por los jardines de este escenario de cuento de hadas.

Instalaciones: puedes adquirir todas tus necesidades básicas y artículos de tocador en la Galería. La Galería Multimedia vende una amplia gama de productos multimedia OSHO. También hay un banco, una agencia de viajes y un cibercafé en el *campus*. Para aquellos que disfrutan las compras, Pune ofrece todas las opciones, que van desde los productos hindúes étnicos y tradicionales hasta todas las tiendas de marcas mundiales.

Alojamiento: puedes elegir hospedarte en las elegantes habitaciones de la Casa de Huéspedes de Osho, o para permanencias más largas, puede optar por uno de los paquetes del programa Living-in. Además, existe una abundante variedad de hoteles y apartamentos con servicios incluidos en los alrededores.

www.osho.com/meditationresort

Para mayor información

www.OSHO.com

Página web en varios idiomas que incluye una revista, los libros de OSHO, las charlas OSHO en formatos de audio y video, el archivo de textos de la Biblioteca OSHO en inglés e hindi, y una amplia información sobre las meditaciones OSHO. También encontrarás el plan del programa de multiversidad OSHO e información sobre el OSHO INTERNATIONAL MEDITATION RESORT.

Páginas web:

<http://OSHO.com/resort>

<http://OSHO.com/magazine>

<http://OSHO.com/shop>

<http://youtube.com/user/OSHOInternational>

<http://OSHolibros.blog.OSHO.com>

https://twitter.com/OSHO_espanol

<https://www.facebook.com/OSHOespanol>

<http://www.flickr.com/photos/OSHOInternational>

<http://www.OSHO.com/todosho>

Para contactar a OSHO International Foundation:

www.OSHO.com/OSHOInternational,

OSHOInternational@OSHOInternational.com

Acerca del código QR

En la solapa izquierda de este libro encontrarás un código QR que te enlazará con el canal de Youtube OSHO Español facilitándote el acceso a una amplia selección de OSHO Talks, las charlas originales de Osho, seleccionadas para proporcionar al lector un aroma de la obra de este místico contemporáneo. Osho no escribía libros; sólo hablaba en público, creando una atmósfera de meditación y transformación que permitía que los asistentes vivieran la experiencia meditativa.

Aunque las charlas de Osho son informativas y entretenidas, éste no es su propósito fundamental. Lo que Osho busca es brindar a sus oyentes una oportunidad de meditar y de experimentar el estado relajado de alerta que constituye la esencia de la meditación.

Estos videos incluyen subtítulos en español y se recomienda verlos sin interrupciones. Éstos son algunos de los consejos de Osho para escuchar sus charlas:

«El arte de escuchar está basado en el silencio de la mente, para que la mente no intervenga, permitir simplemente lo que te está llegando.»

«Yo no digo que tengas que estar de acuerdo conmigo. Escuchar no significa que tengas que estar de acuerdo conmigo, ni tampoco significa que tengas que estar en desacuerdo.»

«El arte de escuchar es sólo puro escuchar, factual, sin distorsión.»

«Y una vez que has escuchado entonces llega un momento en el que puedes estar de acuerdo o no, pero lo primero es escuchar.»

Si no dispones de un Smartphone, también puedes visitar este enlace:

<http://www.youtube.com/user/OSHOespanol/videos>

ÍNDICE

Introducción

uno

[Las variedades del poder](#)

dos

[Ahora o nunca](#)

tres

[El poder de la política y la religión](#)

cuatro

[El desafío del cambio](#)

cinco

[¿Qué puedo hacer?](#)

Sobre el autor

OSHO Internacional Meditation Resort

Para mayor información

Acerca del código QR

Índice

Introducción	7
1. Las variedades del poder	12
2. Ahora o nunca	45
3. El poder de la política y la religión	75
4. El desafío del cambio	106
5. ¿Qué puedo hacer?	129
Sobre el autor	158
Osho Internacional Meditation Resort	160
Para mayor información	162
Acerca del código QR	164
Índice	165